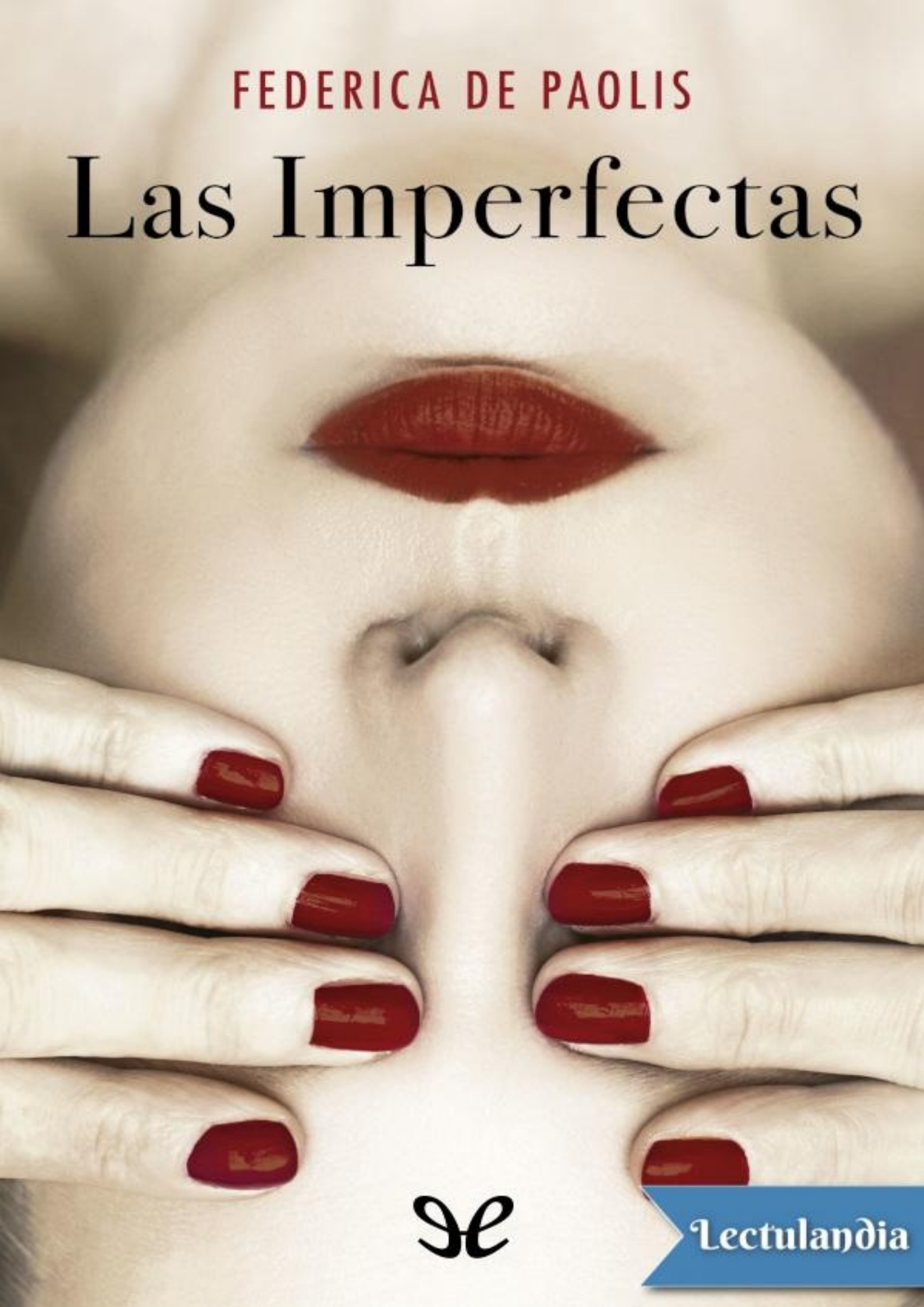




FEDERICA DE PAOLIS

Las Imperfectas



Lectulandia

Anna está interpretando un papel, pero no lo sabe. O tal vez no quiere saberlo, porque entonces tendría que preguntarse quién es realmente y qué quiere de la vida. Tiene dos hijos maravillosos, y Guido, su esposo cirujano plástico, acaba de ser nombrado jefe de Villa Sant'Orsola, la clínica privada familiar, por Attilio, el padre de Anna, quien haría cualquier cosa por su amada hija.

Así que ¿qué va mal? La verdad se revela cuando la familia se ve envuelta en un escándalo: los dos cirujanos están acusados de haber implantado prótesis dañadas. El matrimonio aparentemente perfecto de Anna y Guido salta por los aires, y todo comienza a derrumbarse a su alrededor como una avalancha implacable.

Federica de Paolis

Las imperfectas

ePub r1.0

Titivillus 22.09.2021

Título original: *Le imperfette*
Federica de Paolis, 2020
Traducción: Maribel Campmany

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Las imperfectas

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mi madre,
con los ojos abiertos y los ojos cerrados*

Hay que volver a los pasos ya dados, para repetirlos y para trazar caminos nuevos a su lado.
Hay que comenzar de nuevo el viaje. Siempre.

JOSÉ SARAMAGO

El viento ululaba contra los cristales y, sin embargo, más abajo, en la autopista, Anna lo había oído silbar como si fuera un cántico. Casi le daba miedo salir del coche, pensaba que una ráfaga se la llevaría. La rueda delantera izquierda estaba bloqueada, metió la marcha atrás y pisó el acelerador, pero el hielo no ofrecía ninguna resistencia: el motor retumbó en el vacío como si el coche estuviera en punto muerto.

Abrió la puerta de golpe y puso un pie en el suelo; la bailarina de terciopelo se hundió en un charco de agua helada. Volvió a cerrar la puerta y echó un vistazo a su alrededor. Vio la bolsa con los pañales de Natalia y la cogió para envolverse el pie empapado; con el plástico del paquete se cubrió el otro. Miró el móvil, pero no había cobertura; había desaparecido en cuanto empezó a ascender por la montaña. El corazón le latía deprisa desde hacía un buen rato. Tenía miedo.

Pensaba que le estaba bien merecido. En el fondo, Anna sabía que, si hubiera estado más atenta, presente, alerta, no se encontraría allí. Seguro que no.

Cuando bajó del coche el frío la embistió. Al agacharse vio que la rueda estaba desencajada, empotrada en la valla de protección. Pasó una furgoneta blanca. Empezó a mover los brazos y a dar saltos, «¡Ayuda!», gritó, pero su voz rasposa se perdió en el vacío. El vehículo se esfumó en una curva cerrada. Corrió tras él, dando unos pasos inconexos; el frío y la cuesta le cortaron la respiración. Se puso en cuclillas para descansar, tenía la garganta seca. Observó las luces más abajo: no tenía ni idea de cuánto faltaba para llegar al hotel. No era capaz de calcular la distancia. Miró de nuevo el Panda; se había dejado los faros encendidos. Se acercó, sacó la llave del contacto y puso las luces de emergencia. Si alguien subía, el coche abandonado llamaría la atención, tal vez la buscarían.

Guido la estaba esperando.

Se caló la capucha y, con las manos en los bolsillos, echó a andar a paso ligero por el margen de la carretera; poco después se vio obligada a deshacerse de las bolsas que cubrían sus zapatos: el plástico resbalaba sobre el asfalto helado. El ruido de un coche a lo lejos se fue haciendo evidente, vio

acercarse lentamente un jeep con los esquís cargados en el techo. Abrió los brazos avanzando por el centro de la calzada y los faros quedaron apuntando directamente hacia ella. Cuando el coche se detuvo, salió del cono de luz. El hombre que iba al volante era rubio, llevaba el pelo muy corto, tenía una mirada dura y la barbilla hundida en una braga polar. Bajó un poco la ventanilla.

—Ayúdeme, por favor, necesito que alguien me lleve. ¿Puede recogerme?

El hombre ladeó la cabeza con una expresión menos displicente. Se asomó ligeramente y echó un vistazo a las bailarinas mojadas.

—*Ist das Auto deins?*

—¿Qué?

Se había cogido al cristal con los dedos, los dientes le castañeteaban. Él siguió estudiándola sin decir una palabra. A continuación hizo un gesto con la cabeza que ella no comprendió y al final desbloqueó las puertas. Anna subió por el lado del copiloto y se sentó con cautela. Le dio las gracias, él metió la marcha atrás y, entrecerrando los ojos, arrancó.

—¿Qué haces?! —gritó ella, pero el hombre le pidió con un gesto que guardara silencio y señaló con la mirada el asiento posterior. Anna se volvió y vio a una mujer que sostenía a un niño dormido en su regazo; el pequeño tenía un brazo colgando y la boca medio abierta. Debía de tener cuatro años, más o menos la edad de su hijo. Anna tragó saliva para sofocar el llanto. La mujer la observaba estupefacta. Tenía la piel clara y el rostro serio.

El hombre siguió retrocediendo. Anna le puso una mano en la pierna, no pudo resistirse.

—¿Por qué vas hacia atrás? Tengo que subir, llévame arriba, arriba...

—*Ist es deins?* —dijo él cuando paró. Señalaba el Panda pegado al guardarraíl.

—Sí, es mi coche, pero no puedo recogerlo ahora, tengo que subir. Llévame arriba, por favor. —Frunció el ceño y, a continuación, volviéndose, buscó implorante los ojos de la mujer. La cabeza del niño se balanceaba, la madre la escrutaba con una expresión indescifrable—. *Please, bring me up* —se atrevió a pedir en inglés, pero el hombre ya se disponía a abrir la portezuela. Ella insistió—: *Go on! Go on!* —Le señalaba la carretera, apuntando con el índice hacia la oscuridad. Tenía la sensación de que la cara se le estaba deformando. Se frotó los ojos con la muñeca—. *Go on!* —repitió llorando, como si estuviese sola.

—*Lass es uns zu den Pflanzen bringen...* —oyó que decía la mujer.

Inmediatamente después el jeep empezó a avanzar despacio. Fuera solo había curvas cerradas y hielo. Anna, precavida, se abrochó el cinturón de seguridad y permaneció erguida en el asiento, sin apoyar la espalda. El hombre la observó un par de veces. Su mirada era insoportable. Todo lo era. La incertidumbre. El desaliento. El sentimiento de culpa.

De repente, la mujer salió de la oscuridad y le dijo:

—*Was ist los?*

Anna se volvió, vio que el niño se había despertado, estaba en posición fetal y la examinaba. Le habría gustado responder, pero no entendía la pregunta.

La carretera era recta, ligeramente en subida. Había dos refugios a pocos centenares de metros de distancia entre ellos, con las ventanas iluminadas y las chimeneas humeantes; un hotel, un pequeño supermercado y una farmacia.

Un helicóptero, que se utilizaba en raras ocasiones, pasó escupiendo luz sobre la nieve haciéndola resplandecer. El hombre se detuvo cuando oyó acercarse la sirena de una ambulancia. Anna se llevó las manos al pecho, el corazón le dio un vuelco. Pensó que se moría. Vio la luz intermitente impactar en el rostro del hombre, leyó el asombro en sus ojos. No se imaginaba lo que estaba sucediendo; ella, en cambio, lo sabía a la perfección. Siguió a la Cruz Roja con la mirada, que se paró a unos cien metros y apagó la sirena. Anna exhaló un suspiro de alivio. Vislumbró el final de la carretera. Los remotes. Decenas y decenas de personas. Y una valla. Una línea de plástico naranja que solo cruzaban hombres uniformados. Las quitanieves subían por el valle salpicado de bosques tupidos y distantes.

—*Stop!* —gritó Anna.

El hombre, asustado, pisó el freno con todas sus fuerzas, ella abrió la puerta y salió de cualquier manera. Caminó a buen paso entre cuerpos desconocidos con los rostros cubiertos por bufandas, gorros, gafas de esquí. El aire olía a contaminación y a quemado, los motores de los coches estaban en marcha, los tubos de escape escupían veneno. Se subió el cuello del abrigo y avanzó hacia la valla. Buscaba a Guido desesperadamente. Se quedó quieta observando a esa gente que se movía deprisa, parecía que todos tenían una tarea. Intentó acercarse a una chica vestida con ropa de camuflaje.

—Disculpe...

Pero ella no le prestó atención.

—No se puede estar aquí, tiene que alejarse —la reprendió.

Por fin lo divisó. Guido. Su marido. Iba completamente equipado, estaba irreconocible, pero los gestos eran los suyos: decididos, tajantes. Se lanzó por

debajo de la cinta naranja para llegar hasta él. Ya no sentía los pies, pero se hundió en la nieve hasta las rodillas. Notó un calambre en la espalda y algo que la agarraba: al levantar la vista vio a un *carabiniere*. Se dirigió a ella en tono autoritario:

—Señora, no se puede traspasar la valla... Estamos buscando a dos niños perdidos y a la madre, regrese al hotel.

Ella lo miró durante unos instantes y entonces dirigió la vista hacia Guido, hacia la montaña.

—Señora, ¿me ha entendido?

Anna se volvió aturdida y con voz tenue murmuró:

—Yo soy la madre, déjeme pasar.

La tarde en la que se celebraba el ascenso de Guido en la clínica Sant'Orsola fue el mismo día en el que cargó con «la culpa». Anna no lograba recordar muchos detalles de aquella fiesta, y no porque se tratara de un acontecimiento lejano, hacía apenas dos meses, sino porque esa mañana había hecho el amor con Xavier. Deprisa, con la respiración entrecortada, como dos ladrones. Su mente seguía rebobinando la cinta, volvía a los gestos, revisaba cada movimiento. Tenía la sensación de que el engaño podía leerse en su rostro. Había sido la primera vez. Por eso permaneció en silencio durante casi todo el evento. El único que notó algo fue su padre, Attilio. «¿Va todo bien, Anna?», le preguntó tendiéndole una copa de champán, con la mirada indulgente enmarcada por las enormes cejas blancas y agrestes.

Un olor dulzón inundaba el aire, la fiesta se celebraba en el jardín de la parte trasera. La clínica era una casita de campo de los años cuarenta, decadente pero encantadora, plantada en la gravilla y rodeada de palmeras y adelfas. Para caldear el ambiente habían colocado unas estufas tipo hongo que hacían levitar los aromas de los dulces; también había mesitas redondas con orquídeas, velitas y vino blanco. Los presentes eran médicos, enfermeras, el personal de administración, pacientes. Y, naturalmente, el nuevo jefe de servicio: Guido, su marido. Llevaba un traje azul de raya diplomática con una corbata de nudo grueso de color púrpura, y se movía entre las mesas como si fuera el día de su boda, haciendo los honores: con su mandíbula cuadrada y la nariz de emperador romano, los ojos grandes y vigilantes, su porte elegante. Anna lo observaba sin reparar ya en su buen ver.

A la pareja se le había oxidado la atracción, había masticado la curiosidad; ahora era solo su marido. Y, sin embargo, hubo un tiempo en que Guido la tenía hechizada, sobre todo cuando lo veía moverse en ese ambiente; le gustaba saber que estaba casada con una persona importante, un cirujano excelente, un profesional impecable, igual que su padre, venerado por un

nutrido número de mujeres. No era tanto por el prestigio como por la sensación de haber «reencontrado» a Attilio en un hombre joven; porque el sentimiento edípico de Anna era sólido, un músculo involuntario que había orientado su vida.

Vio que Guido le lanzaba una mirada de complicidad mientras le tendía una copa a una morena provocativa, un gesto que no tenía nada que ver con la espontaneidad, más bien con una forma de tranquilizarla que Anna buscaba continuamente en esas circunstancias. Ella le devolvió una sonrisa, pero sin aquella acostumbrada gratitud que tiempo atrás habría sentido. No. En ese momento el gesto de su marido hacía que todavía estuviera más incómoda, y es que, para Anna, lo que había ocurrido por la mañana era como un apocalipsis. Le pareció percibir los latidos del corazón de Guido entre la gente, como un metrónomo acompasado, un sonido perfecto. Vislumbró su sonrisa poco auténtica, forzada, eficiente. Reconoció la ceja derecha levantada, su expresión más seductora. Sintió una extraña ternura, una emoción anómala. Como si fuera un guardián. ¿Cuándo había dejado de quererlo? ¿Y por qué? El deseo había sido sustituido por la costumbre, la escucha por lo ya dicho, la curiosidad por la indiferencia. Hay amores que mueren un poco cada día. Sin escapatoria. Anna no lo sabía; ni siquiera sabía por qué había acabado en la cama con otro.

Fue a sentarse, para apartar los ojos de su marido, al lado de Gigliola Capotondi, una mujer de unos ochenta años que trabajaba en la administración desde hacía más de treinta. Attilio la había operado varias veces, liposucción y *minilifting*. La consideraban una amiga de la familia.

—¿Qué tal están los niños? —le preguntó la mujer, envuelta en una chaqueta de zorro color miel.

—Bien, gracias —farfulló Anna. Y una cuchilla se le clavó en el estómago.

Pensar en sus hijos era lo que más le dolía de todo. Esa tarde, cuando había vuelto a casa para cambiarse de ropa, se metió enseguida debajo de la ducha. Era la primera vez que no corría hacia ellos; la primera vez que al llegar a casa se escabullía a su habitación. Pensaba que la ducha lavaría el pecado, borraría los olores a bosque mojado (olores obscenos), hasta hacerla resucitar en la realidad. Pero, en lugar de eso, se puso a pensar. No podía quitarse de la cabeza ciertos detalles. Su tobillo pronunciado, las axilas como flores carnosas, el abdomen tirante. Se miró desnuda en el espejo del baño, evaluando su cuerpo como si fuera Xavier quien la mirase. Metió barriga: tenía que adelgazar, y además deprisa; los dos embarazos habían dejado

huella. Aun así, Xavier había hundido la cara en su vientre, metido la lengua en su ombligo, ceñido sus caderas blandas.

Mientras se vestía fue creciendo en ella una excitación palpable, ese coito apresurado empezaba a asumir proporciones formidables al recordarlo, como si los gestos se ralentizaran y se amplificaran. Se comprimió el sexo con la mano, como para aprisionar el deseo. Para retenerlo. Después entró en el cuarto de sus hijos. Natalia estaba sentada en la cuna parque; Gabriele construía una torre de cubos de madera; Cora, la asistenta filipina, quitaba el polvo de un estante. Les dijo: «Hola». Solo un gesto, sin acercarse. Desde que los niños nacieron, Anna siempre se sentía inadecuada, siempre llegando tarde, siempre en otra parte. No tenía claro de dónde surgía esa sensación. Ella había sido hija única y esposa joven. Se había pasado la vida dedicándose exclusivamente a sí misma. Ni siquiera Guido, antes de que llegasen los niños, requería ningún esfuerzo, ni práctico ni emocional. Aquella había sido una época feliz: Anna sentía que en todo momento estaba donde quería estar, nunca en otra parte. Su presente había coincidido con sus deseos, sus escasas ambiciones, tangibles y sencillas. Fue la llegada de los hijos lo que había hecho que de repente se sintiera falible. Como si la responsabilidad de esas dos criaturas fuese demasiado. Cada instante que Anna se dedicaba a sí misma parecía que se lo arrancara a Natalia y Gabriele: sabía a equivocación o, peor aún, a condena. El desayuno, la ducha, una llamada telefónica con una amiga, todo lo hacía a la velocidad de la luz. Cuando llegaba a casa corría a abrazarlos con el abrigo puesto y el bolso colgando; aupaba a Natalia y hundía la cara en la pelusa fina y suave de su cabeza, que olía a caramelo, mientras que con Gabriele hacía el saludo esquimal, frotando nariz con nariz por lo menos cinco veces. La presencia de sus hijos apaciguaba la misma ansiedad que ellos mismos le generaban. Una paradoja que, sin embargo, la confinaba a una prisión.

Ese día, en cambio, no toleró la idea del contacto: le pareció que una línea imaginaria le impedía entrar en la habitación. Una habitación blanca, incontaminada. De repente le dieron ganas de echarse a llorar. Un nudo en la garganta le cortó la respiración. Más que nada, sentía que los había engañado a ellos, a los niños. No protestaron y ella salió, guardándose de nuevo el dolor en el bolsillo.

La pregunta de Gigliola había hecho que se le fuera la cabeza, de tal modo que, cuando creyó emerger de sus pensamientos, la oyó decir:

—Yo sugerí un chardonnay, pero tu padre siempre quiere hacer las cosas a lo grande...

—¡Anna, ya has llegado! —le dijo Guido, acercándose—. ¿Te gusta cómo ha quedado? —A su lado, aunque un paso detrás de él, había una chica rubia, esbelta, elegante, con el cabello rizado y unos zapatos de tacón de aguja.

—Adorable —comentó Gigliola—. Parece mayo.

—Pensé que sería mejor hacerlo en el jardín. Papá estuvo de acuerdo.

—Es fantástico —manifestó Anna.

La mujer de detrás de Guido dio un paso adelante, y él dijo:

—Anna, te presento a Maria Sole Meli, nuestra nueva ayudante.

—Buenas tardes, señora...

—Encantada. —Anna le tendió la mano y la chica se la estrechó decidida, bajando los ojos; a continuación se escurrió de nuevo detrás de Guido que, mientras tanto, se había vuelto para saludar a Casati, el arquitecto con el que soñaba hacer resucitar Villa Sant'Orsola.

Desde que Attilio había dejado de operar, Guido siempre estaba ausente, y no solo físicamente. Regresaba a casa extenuado y se derrumbaba en el sofá, en el sillón o en la cama. Los fines de semana se los pasaba delante del móvil, los mensajes llegaban a raudales. Había adelgazado, se le veía más exuberante, infinitamente más seguro de sí mismo. Autoritario.

Un detalle de la mañana surgió, de forma involuntaria, como un retortijón: Xavier agarrándola por las nalgas con sus dedos fuertes, huesudos. «Bésame *ici*». Anna se levantó de golpe, sin poder contener su turbación. Tenía miedo de que la ola de sensaciones subiera a la superficie, traicionara la epidermis y se transformara en una emoción visible. Nunca nadie le había dicho cosas como esas. El sexo con Guido era una silenciosa duna en el desierto.

—Disculpad, voy un momento al baño —se justificó.

Se encerró en el lavabo y se desabrochó algunos botones de la camisa, inspirando con fuerza. La exaltación pendía de un hilo, estaba a punto de convertirse en un sentimiento oscuro, y los latidos de su corazón no le daban tregua.

La luz automática del baño se apagó. Debía levantarse para activar de nuevo el sensor, pero permaneció sentada en la oscuridad, intentando recuperar la calma haciendo respiraciones profundas.

Poco después, al salir, se encontró delante a Maria Sole.

—¡Joder!

—Disculpe, ¿la he asustado?

—No, es que no la había oído... —Le dio miedo parecer turbada.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Anna asintió.

Maria Sole llevaba un traje chaqueta gris perla que parecía salido de los años ochenta. Estaba increíblemente delgada. Sus muñecas eran tan finas que las pulseras de oro le caían sobre las manos. Antes le había parecido más atractiva, con un tipo bonito y una cabellera de rizos salvajes, de un rubio cálido y suave. Aunque entonces Anna advirtió algo extraño en ella. Esa delgadez, los ojos afligidos. En su rostro había algo que le era familiar. ¿Se habían visto antes?

—¿Hace mucho que trabaja aquí? —le preguntó, mojándose la frente con agua fresca.

—Sí, bastante...

—¿Y se siente a gusto?

—Sí, muy a gusto, gracias.

Maria Sole abrió el bolso y sacó un brillo de labios. Había un toque eficiente y afectado en sus gestos. Se recogió el cabello en la nuca y lo sujetó con una horquilla con una perla rodeada de brillantes que desapareció en la abundante cabellera. Tenía una fina cicatriz en la tiroides.

Anna intentó recordar dónde podían haberse conocido. No ponía un pie en la clínica desde el verano pasado, y Maria Sole no formaba parte de su círculo de amistades, debía de ser al menos diez años más joven.

—Perdone, pero ¿no nos hemos visto antes?

—No, en absoluto. Quiero decir, me acordaría de usted... —Echó la cabeza hacia atrás y los rizos se recolocaron sobre su espalda. La mirada ya no era triste, parecía más bien asustada.

Anna se arregló el flequillo ante el espejo, le pareció que esa tarde sus ojos de color avellana eran más luminosos: ella ya sabía por qué. El sexo, ese sexo, era como una esfera estroboscópica escondida en su caja torácica que lo irradiaba todo. Se pasó los dedos por los labios y se cerró un pendiente de oro que se le había abierto. Cuando abrió la puerta, Maria Sole la precedió con una sonrisa: estaba demasiado delgada, sí, pero Anna habría pagado por estar como ella. Desde que los niños nacieron siempre tenía hambre, un hambre nerviosa hecha de aburrimiento y de días iguales por aguantar la lata de los hijos. También era culpa de sus comidas: cuando ellos merendaban, se acababa sus manzanas, mordisqueaba los huesos, devoraba parte de sus galletas; al principio, incluso se comía sus potitos.

De regreso en el jardín vio a Guido enfrascado en hacer los honores a un grupo de mujeres: acaudaladas, mayores y también jóvenes, alborotaban mucho, reían y brindaban sin parar, achispadas como estaban. Anna detestaba a las clientas de la clínica Sant'Orsola. «Las imperfectas», las llamaba su

marido. Había algo malévolo en ese apelativo. Guido, a pesar de que le encantaba su trabajo, en el fondo reprochaba a quienes recurrían a la cirugía. Attilio era del sentimiento contrario: para él todas las mujeres eran imperfectas, todas buscaban algo que las completara. Y para el padre de Anna el tema no se limitaba a la belleza: era una inquietud del alma lo que llevaba a las mujeres a intentar mejorarse, como si la condición femenina estuviera destinada a una búsqueda perpetua, a un estímulo constante. Lo vio acercarse con cautela hacia su mesa y Anna se bebió otra copa de vino, esta vez tinto. La ingirió rápidamente y una ligera embriaguez lo arrinconó todo. Gigliola todavía estaba a su lado. La anciana permanecía en silencio mientras se tomaba un whisky y observaba. Attilio se sentó con ellas.

—Gigliola, querida, ¿va todo bien? —susurró, rozándole los dedos con los labios.

—Me aburro como una ostra...

—Y tú, tesoro... ¿Tú también te aburres? —preguntó, dirigiéndose a Anna con una ternura infinita.

Sus ojos buenos le recordaron a los de Natalia, la misma mirada que por la tarde la seguía cuando se marchaba. Había engañado a sus hijos y a su padre. Aún más que a Guido. Attilio había puesto todas sus esperanzas en ese matrimonio, había hecho todo lo posible para que fuera feliz. Era su hija, y había ciertas cosas que una hija «ejemplar» no debería hacer. Y para Anna eso era ley. Nunca había engañado a ningún hombre, menos aún a su marido, y encima... con un desconocido.

—No, papá, al contrario... Este vino es estupendo.

—Pues yo estoy cansadísimo —dijo él, sentándose entre las dos mujeres y estirando las piernas por debajo de la mesa. Llevaba una chaqueta azul marino con botones dorados, parecía un almirante más que un cirujano; aunque tal vez también fuera a causa de su cabello blanco como la nieve.

—La rubita se espabila bastante. Esta tarde va a por todas... Y mira cómo parlotea... —Gigliola señalaba a Maria Sole. Llevaba un llamativo anillo de coral brillante con forma de cangrejo en el dedo anular.

—Sí, esta tarde está espléndida —contestó Attilio.

—Esta tarde está espléndida... —Gigliola repitió sus palabras, en voz baja.

—Qué petulante eres... Celosa y petulante.

Anna observó cómo se picaban, hablaban mientras la rubita se apoyaba en el respaldo de una silla. La vertiginosa altura de sus tacones debía de resultarle incómoda.

—¿Qué hace exactamente? —preguntó Anna con un hilo de voz; las imágenes de Xavier volvían a visitarla.

—Dar coba a los clientes. —La señora Capotondi bebió de nuevo de su Jack Daniel's.

—Recibe a los pacientes, presenta los programas, explica el postoperatorio, controla la hospitalización... Hizo un curso de formación especializado sobre nuevos programas de medicina estética, en Londres. Guido quiere abrir una unidad estética nueva. Y tiene razón, ahora el negocio está ahí: ácido hialurónico, criolipólisis, toxina botulínica, *minilifting* —explicó Attilio.

—En mi opinión, no deberíamos abrir una unidad de ese tipo. Corremos el riesgo de confundir a los pacientes: aquí hacemos cirugía, no depilación con cera.

—No tienes ni idea del dinero que se gana haciendo la cera, querida Gigliola.

—¿Acaso antes trabajaba en un centro de estética? —preguntó Anna. Estaba segura de que la había visto antes.

—¡Qué va, tesoro! Es una profesional con altas capacidades: es cautivadora, afable y muy persuasiva.

—Una lameculos discreta —concluyó Gigliola.

Anna sonrió. Gigliola y su padre mantenían un eterno conflicto, como un viejo dueto que siempre toca la misma canción.

Maria Sole en ese momento estaba hablando con una mujer morena que se señalaba la nariz: había cogido una gabardina de color arena y se la había puesto sobre los hombros. Anna cada vez estaba más convencida de haberla visto antes. Intentó situarla en diferentes escenarios como si fuera una pieza móvil. En el supermercado. En el salón de su amiga Alex. En pilates. En la farmacia. En el parque. Ah, claro, en el parque. Puede que la viera en el parque, con esa misma gabardina de color arena puesta.

Era un parque que estaba lejos de casa, al que había estado yendo con los niños el verano anterior, el tiempo que Cora había pasado en Filipinas durante su mes de vacaciones. El calor se había presentado de repente y ellos iban caminando hasta allí bordeando el lago. Anna llevaba trocitos de pan y los niños los lanzaban desde detrás de la empalizada; los gansos se enzarzaban por cualquier migaja. A Gabriele le encantaba mirarlos, los observaba hipnotizado; Natalia apenas se mantenía en pie, así que Anna la cogía por los bracitos y daban diez, veinte, treinta pasos. Un día la pequeña había salido disparada detrás de una paloma, decidida. Tenía un carácter fuerte y

obstinado, se caía y volvía a levantarse como si nada; una niña de armas tomar. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos minutos? Tres como mucho. Al final consiguió llevarla de regreso al lago, pero Gabriele ya no estaba. Recordaba a la perfección la sensación de aturdimiento, la mirada moviéndose mientras escrutaba a todos los paseantes del parque. Todos tenían la misma cara, los mismos rasgos faciales. Durante un instante cayó en un abismo. Tal vez fuese el cúmulo de miedo lo que le distorsionaba la realidad, porque Gabriele no se había alejado demasiado: se encontraba junto a un árbol secular, de rodillas, mirando al suelo. A su lado había una mujer, se había puesto en cuclillas para estar a su altura. Anna cogió a Natalia en brazos y corrió hacia ellos. Le dio las gracias a la chica casi sin aliento. Esta esbozó una sonrisa mientras se ponía de pie, a continuación, se volvió y se marchó. Y Anna abrazó a su hijo con un sentimiento de profundo desaliento, como si hubiera tardado días en encontrarlo.

¿Podía ser Maria Sole la mujer del parque? Se miraron a los ojos durante solo unos instantes. De hecho, no habían sido sus ojos los que le habían despertado el recuerdo, sino su figura: aquel día había contemplado a la mujer mientras se alejaba, preguntándose por qué no le había dirigido ni una sola palabra. Y es que mujeres así, rubias, con el pelo rizado, delgadas, no hay muchas, pero todas las que hay se parecen.

—¿Nos vamos? —preguntó Attilio, levantándose con esfuerzo de la silla.

—¿Quieres que te lleve, papá?

Se acercaron a Guido, que estaba hablando con el responsable del catering.

—Estoy molido —le susurró, con la boca medio cerrada—. No sabes las ganas que tengo de que termine.

Attilio levantó el brazo para saludar a Maria Sole, y la chica pareció que se ponía firme y los alcanzó hundiendo los tacones en la gravilla.

—Buenas noches, doctor. —Inmediatamente después le tendió la mano a Anna—: Buenas noches, señora.

—Creo que he recordado dónde nos hemos visto... —Anna la miró abriendo los ojos—. En julio, en el parque que está junto al zoo: yo había... —No quería admitir delante de su padre y su marido, ni aunque hubiera sido por un instante, que había perdido a su hijo.

—No puede ser, señora. Yo no estaba en la ciudad en julio.

No había ni una pizca de titubeo en su voz, así que Anna pensó que se había equivocado. Y, sin embargo, algo en su tono no le gustó. O tal vez fuera

solo esa palabra, *señora*, que aquella noche, referida a ella, le producía escalofríos.

Desde que empezó la aventura con Xavier, su vida había dado un giro. La sutil angustia que atenazaba sus días se había disuelto, al igual que la precisión obsesiva con la que llevaba a cabo ciertos rituales: todo parecía más sencillo, fluido, «normal». Ya no sufría por las ausencias de Guido a causa del trabajo y no sentía los celos irritantes que la hacían vivir con tensión, con la sensación opaca de que su matrimonio estaba bajo una continua amenaza. Todas sus inseguridades se habían disuelto, había vuelto a ser la de antes. La de antes, ¿cuándo? Antes de los niños: era su presencia la que la había vuelto vulnerable. Pero en ese momento se sentía bien. Le habían bastado tres semanas para perder cuatro kilos, se le había cerrado el estómago, un aura de ligereza había tomado el control; y no se trataba solo de ligereza física, sino también mental. Había extraviado las llaves de casa, todavía no había recogido las cortinas que le había encargado a la costurera, había olvidado ingresar la cotización de Cora. Y, además, había decidido ayudar a su amiga Valentina en el centro comercial donde vendía bolsos, collares y calcetines de cachemir hechos a mano. Era una manera de salir de casa, la cotidianidad le quedaba pequeña. La tienda no estaba demasiado lejos, iba los sábados por la mañana y cobraba el diez por ciento de la recaudación (prácticamente nada). También había empezado a gestionar el perfil de Instagram de su amiga. Hacía fotos y las subía añadiendo todos los *hashtags* pertinentes. Le estaba cogiendo el gusto, y se le daba bien. Hablaba poco y no le hacía confidencias a ninguna de aquellas mujeres. Debía tener cuidado, pues algunas eran también pacientes de la clínica. Madres, esposas, hermanas, amantes, trabajadoras, algunas acomodadas y otras no tanto. Siempre iban apuradas, se sentían fuera de lugar, como si no lograran abarcarlo todo. Sí, eran imperfectas, como las llamaba su marido, pero no porque desearan corregir un defecto o porque tuvieran la esperanza de prolongar su juventud, sino porque anhelaban una perfección inalcanzable. Anna escuchaba sus conversaciones,

charlas de grupo que se desarrollaban en una sala llena de espejos en los que las mujeres se miraban, la pedrería centelleaba y las palabras se elevaban hacia el techo. En ocasiones eran chismes; a veces, confesiones, risas o llantos. Eran como una tribu. Esas situaciones le hacían bien, sobre todo porque desde el nacimiento de sus hijos Anna se había aislado, y la persona a la que veía más a menudo era Cora: Cora, su marido y los niños. Algunas parecían satisfechas con su vida, en cambio otras tenían el lastre de su carrera, el deseo de viajar, la obsesión por su cuerpo, el terror a que las engañaran con otra, o incluso uno o dos amantes. Y otras, como ella, vivían llenas de sentimientos de culpabilidad a causa de sus hijos.

Durante el transcurso de esos días, Anna sintió que ser madre no significaba necesariamente olvidarse de sí misma. Una noche que estaba sola en casa dejó que Natalia llorase en su cama durante al menos una hora. Solía despertarse hacia medianoche y ella siempre iba a calmarla con un biberón de manzanilla. A pesar de que tenía casi dos años y de que el pediatra le había explicado que no era una buena costumbre, Anna insistía con ese ritual que cortaba el llanto y apaciguaba el sueño agitado de su niña inquieta. De todas las cosas, esa era la más extraordinaria: el hecho de que ya no sintiera la urgencia de ir corriendo a atender a su hija, como si de repente ese lamento se hubiera convertido en un zumbido de fondo que podía soportar fácilmente, convencida de que, al fin y al cabo, era mejor así.

También ella se dormía antes —ya no esperaba a Guido— y su sueño era largo y profundo. Por la mañana se sentía más fuerte y se vestía con esmero para acompañar a Gabriele al colegio. Coincidiría con Xavier. Tenía una niña de la misma edad que Gabriele, Galy.

Las primeras veces que lo vio no sintió por él ninguna atracción. Xavier acompañaba a la niña al colegio andando, Anna lo veía cada mañana quitarle el gorrito, arreglarle los tirabuzones, cogerla de la mano y ponerse en cuclillas para besarle la frente, igual que Attilio hacía con ella. Y veía cómo su mirada acariciaba a Galy mientras la niña cruzaba la puerta del aula. Como si dejarla marchar equivaliera a morir. Los primeros días de parvulario, durante el periodo de adaptación, los padres iban juntos al bar; Xavier, en cambio, permanecía sentado en el suelo al otro lado del umbral. Llevaba mocasines de ante sin calcetines y una chaqueta de lino de rayitas; era joven, parecía un estudiante universitario. Cuando ella regresaba para recoger a Gabriele, lo encontraba allí, siempre era el primero. Galy salía de la clase corriendo a su encuentro, él la alzaba y le levantaba la camiseta, le mordisqueaba la tripa y la niña se tronchaba de risa; o bien la cogía en brazos y la hacía girar,

cubriéndola de besos. Anna se quedaba tan fascinada que a veces incluso se olvidaba de agacharse para saludar a Gabriele: lo cogía de la mano y miraba a padre e hija salir juntos del colegio. Había algo apasionado y totalizador en Xavier que ella, al principio, no identificó. Su carga erótica. Ni siquiera se admitía a sí misma que lo que la excitaba de manera ambigua era la fuerza del abrazo, la intensidad que proyectaban sus ojos, los besos que le daba a su hija. Le gustaba el joven padre solitario que le hacía zalamerías a su niña (Guido con sus hijos era poco entusiasta y a menudo autoritario), le gustaban los nombres exóticos, el idioma de las miradas, le gustaba la ausencia continuada de la madre. Nunca se habría imaginado que se convertiría en Galy (aunque se hubiera identificado con ella), nunca se habría imaginado que la boca de Xavier besaría, mordería y devoraría su tripa, como hacía con la de su hija. Con la misma intensidad, la misma hambre. Y todo sucedió de la noche a la mañana, después de unas pocas palabras y alguna tonta formalidad.

Los lunes y los viernes: siempre los mismos días. Anna no hizo preguntas, pensaba que tal vez eran los días que libraba la asistenta. Se enteró de que Maya, su esposa, trabajaba en la FAO; se habían trasladado siguiéndola a ella. Xavier era el custodio del hogar: era la mamá, el ama de casa, el ángel guardián. Vivían delante del colegio. Desde la ventana del dormitorio se veía el aula donde jugaban los niños. Era una zona del norte de la ciudad. Edificios nuevos de hormigón, grandes cristalerías, plantas domesticadas en parterres cuadrados. La primera vez, Xavier la invitó a tomar un café y ella lo siguió convencida de que iban al bar que estaba al otro lado de la calle, pero después de cruzar se encontró delante de su puerta. Sonrió cohibida. ¿Era una costumbre francesa invitar a gente a casa a tomar café? Él solo dijo: «*Notre maison...*».

«Nuestra».

Después del sexo descubrió que era marsellés. Todas las palabras —pocas — mal digeridas, mezcladas con un inglés elemental, acudían cuando estaban desnudos, esculpiéndose gestos en la piel. Sobre la mesita de noche había una foto de Maya, con el pelo largo que enmarcaba el rostro de una mujer que no podía decirse que fuera hermosa, con los ojos pequeños y la frente alta, pero con una sonrisa magnífica que habría conquistado a cualquiera. Ella y Xavier se parecían: los ojos, el pelo negro y la piel clara y brillante. Pero los ojos de Xavier tenían el color de las piscinas californianas. Anna recordaba haber mirado la foto un buen rato. Y no solo aquel día, sino también en otras ocasiones. Sentía una extraña simpatía por aquel retrato. Se preguntó por qué Xavier la engañaba, pero lo que más le gustaba era la ausencia de

confidencias colmada completamente por el amor que se consumaba entre las paredes de una casa que no exhibía nada demasiado personal. Luminosa, blanca, con muebles modernos, brillantes y limpios. Solo la habitación de Galy emitía algo de calidez: los dibujos pegados con celo, los muñecos de colores, la alfombra de moqueta azul —junto a la que follaron; Anna se agarró con las manos a los pies de la camita— con estrellas en relieve.

Lo hacían dos, tres veces. Sin decirse nada, determinaron entrar y salir del piso por separado. Volvían a recoger a los niños, él siempre después. Anna estaba dolorida por el sexo, el ácido láctico le quemaba las ingles. Xavier le mordía la mandíbula, le apretaba las nalgas y se plantaba dentro de ella. Llevaba consigo ese dolor invisible durante toda la semana y, cuando estaba a punto de recuperarse, él se abalanzaba de nuevo sobre ella.

Anna no se lo había contado a nadie, era un maravilloso secreto guardado en ese piso, desde el que, de vez en cuando, con una sábana sujeta a la cadera, veía a Gabriele jugar, caerse, llorar, reír. Mientras iba a buscarlo se preguntaba si podría notar el olor que impregnaba su cuerpo. Era un olor prohibido y concreto, tan penetrante que Anna mantenía las distancias con su hijo, mientras que Xavier interpretaba con más énfasis aún su papel, levantaba a Galy y hundía la cabeza en sus rizos de color castaño. Solo tenía ojos para su hija, los mismos ojos que hasta hacía unos instantes la habían traspasado a ella y que en ese momento, nada más cruzar el umbral del colegio, dejaban de mirarla, como si se hubiera vuelto invisible. Sin embargo, en vez de ofenderla, esa manera de ignorarla la excitaba. No buscaba nada en Xavier, lo único que deseaba era otra mañana a la semana, o una tarde. No quería salir a pasear, a cenar a un restaurante ni ir al cine: no le interesaba tener una relación. No. El piso blanco era todo lo que pedía.

Empezó a correr por el parque, pues ya no tenía que estar todo el día pendiente de Natalia, Cora se encargaba. Comía con los niños, después los dejaba descansando y ella también dormía un rato, agotada. Salía con ellos por la tarde, aunque no siempre. Había llegado enero, almidonado de frío. Los llevaba a la piscina dos veces a la semana, los dejaba durante horas delante del televisor, a lo que se había resistido hasta hacía unas semanas pero que para entonces, en cambio, se había convertido en un buen aliado. Desde hacía poco tenían permiso para usar el iPhone, que sobre todo manejaba Gabriele: sus ojos se perdían en la pequeña pantalla, coleccionaba puntos, conseguía botines... Natalia observaba sin atreverse a jugar, satisfecha con la destreza de su hermano. Las tardes transcurrían mientras ella pensaba en Xavier.

Una vez a la semana, los jueves, iba al curso de cocina que le había regalado Guido, en un edificio de acero alargado como un palillo cerca de la estación. Iba en taxi y de regreso Guido pasaba a recogerla. Se dedicaban la velada solo para ellos dos. A él le gustaba una prestigiosa *trattoria* del centro, famosa por su pasta a la carbonara. Anna la conocía bien, iba allí con su padre desde que era pequeña; su marido había ocupado el puesto de Attilio en la esquina de la derecha del sofá rojo con leones venecianos. Durante esas cenas no hablaban demasiado, ella solía permanecer callada mirando al vacío y Guido no hacía nada para devolverla a la Tierra. Juntos, pero en otra parte. Las verduras crudas y el pollo a la parrilla eran su único tema de conversación.

El cansancio se había ido comiendo los días. Desde que se quedó embarazada de Natalia, Guido no había vuelto a tocarla. Había tenido un problema durante el primer embarazo, y nada más saber que estaba encinta había comenzado a evitar cualquier contacto. Sí, era médico, y era consciente de que eso no tenía ningún sentido, pero aun así no era capaz de hacer el amor con ella. En periodos alternos Anna pensaba que se trataba de algo fisiológico, pero otras veces le daba por llorar y ahí quedaba todo. Se esforzaba por entenderlo, procuraba ser paciente. La situación se resolvería por sí sola al cabo de unos meses. Pero, mientras tanto, dormían cada uno en su lado de la cama, con el embozo de la sábana bien colocado. Y cuando Guido tenía una operación por la mañana temprano y por comodidad se quedaba en la clínica, ella se sentía aliviada. Se dormía en un suspiro, tendida de costado, y con la mente regresaba al piso de delante del colegio y se olvidaba de quién era. Esposa y madre.

Un domingo por la noche le pareció oír a su marido caminar de puntillas y al abrir los ojos por un momento vio pasar una sombra. Unos instantes después, el resplandor del móvil la despertó de nuevo: Guido estaba a su lado, junto a su mesita de noche. Tuvo el tiempo justo de procesar la información y volvió a dormirse.

Al despertarse por la mañana, él ya iba elegantemente vestido, peinado con la raya a un lado, bien afeitado. El aroma de la loción flotaba en el dormitorio, por el que se filtraba una luz fría. Miró el reloj: las siete. Lunes. A esa hora debería haberla despertado la asistente que, después de llevarle el desayuno, se ocupaba de vestir a Gabriele.

—¿Dónde está Cora? —preguntó sobresaltada.

—No lo sé.

Cogió el teléfono y vio el mensaje de la asistente: le pedía disculpas, iba con retraso y llegaría una hora más tarde.

—¡Oh, no!

—¿Qué ocurre?

—Cora llegará a las ocho y media...

—¿Y qué?

—Tengo que llevar a Gabriele al colegio.

—Es un parvulario, ni que fuera ya al instituto. No pasa nada si llegas más tarde.

—Sí, claro...

—Bueno, pues yo me voy. —Guido se levantó como un resorte y salió de la habitación.

Mientras se duchaba, Anna pensó en que iba a llegar tarde. Tendría que llevarse a Natalia consigo, la maestra estaría dispuesta a quedársela durante unas horas.

Fue al cuarto de los niños, subió las persianas y empezó a vestirlos en las camitas, intentando moverse deprisa. Natalia se puso a llorar. Estaba acostumbrada a tomarse su biberón de leche templada entre las sábanas, pero en cambio Anna la había desnudado y la había dejado así entre los barrotes, ya que no encontraba las camisetas de tirantes de algodón, solo las de lana para ir a la montaña. Al final le puso una de esas con una camiseta interior, el suéter y el pantalón de pana.

Los llevó al salón, encendió el televisor y dejó unas galletas encima de la mesa. Se vistió rápidamente, sin saber qué ponerse. Estaba acostumbrada a presentarse a sus encuentros clandestinos con algo que considerase especial, con lo que se sintiera atractiva, como el jersey de angora y piel. Pero esa mañana no encontraba nada, solo camisetas lisas, braguitas agujereadas y calcetines desparejados. Se rindió ante los vaqueros y las bailarinas sin medias, a pesar de que se iba a morir de frío.

Les puso los abrigos a los niños, que se dejaron vestir con la boca entreabierta delante de la tele, y luego volvió al cuarto de baño para ponerse crema, maquillaje y un poquito de rímel. Cogió el móvil de la mesita de noche y lo encontró desconectado del cargador. ¿Habría sido Guido? Buscó el bolso y las llaves y vio que Natalia se había aventurado por el pasillo con su paso desequilibrado; todavía se agarraba a la pared. De repente se dio cuenta de que no podría dejarla en la clase de Gabri: se rebelaría, lloraría, gritaría. Delante de Xavier. Él no sabía que tenía una hija. Y Anna no quería que lo descubriera. No se avergonzaba de nada delante de él, y tampoco dejaba entrever su sentimiento de culpa, pero dejar que ese hombre descubriera que tenía una niña tan pequeña la incomodaba, hacía que se sintiera como una fulana. Xavier debía seguir creyendo que ambos engañaban al mismo número de personas: una esposa, un marido y un hijo cada uno.

Le quitó el abrigo a Natalia y la llevó a la cocina, la sentó en la trona y le dio el biberón. Le entraron ganas de llorar. Un llanto nervioso y agrio, como una pataleta. Cuando Cora llegó eran las nueve menos cuarto. Gabriele estaba tendido en el suelo, Anna se puso de pie de un salto y lo cogió por la muñeca: «Venga, vamos». Tenía el pelo mojado de lo que había sudado, la frente perlada. Le puso un gorro de forro polar con orejeras de osito. Sin despedirse de Cora, salió a la calle disparada, ató a Gabriele a la sillita y seguidamente arrancó hacia el colegio. Había tráfico, una lluvia lateral y persistente embotellaba la ciudad, creía que iba a enloquecer. Tocaba el claxon una y otra vez dentro del coche inmóvil en el semáforo en rojo.

—¿Mamá?

—¿Qué pasa?

Gabriele no contestaba. Seguía repitiendo «mamá».

Cuando aparcaron delante del colegio, Anna corrió arrastrándolo tras de sí. Xavier no estaba. Llamó a la puerta del aula con la respiración entrecortada y una sonrisa tensa.

—Hemos llegado, disculpe el retraso.

La maestra se puso en cuclillas.

—¡Gabri, ya estás aquí!

El niño se había guarecido detrás de su madre, le clavaba una rodilla, gimoteaba.

—Gabri, déjame. —Anna fue tajante.

—Ven, Gabri... —lo invitaba a su vez la maestra, con las palmas abiertas y la sonrisa de una santa.

Anna se liberó la pierna con un movimiento brusco. Después, arrepentida, se puso también a la altura del niño y le quitó el gorro. Sus ojos le parecieron cargados de tristeza.

—Cariño, ve con la maestra. Vuelvo en un par de horas, quédate, tranquilo.

—¡No! —protestó el niño, con lágrimas cayéndole y sin emitir ni un sollozo.

—Tengo una cita urgente con el médico, llego tarde —mintió.

—Gabri..., vamos, ven, haremos una torre.

—¡No!

—Por favor, Gabri... —Anna seguía secándose la frente con el dorso de la manga.

—Mamá...

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué tienes?

La maestra consiguió hacerlo entrar. Anna se fue rápidamente mientras oía los gritos de su hijo. Cuando estuvo fuera, levantó la cabeza hacia la ventana: Xavier se encontraba allí esperándola, como una evidencia. Cruzó sin mirar, un paso tras otro, rápida. Los pies helados en las bailarinas se hundían en los charcos. La puerta se abrió nada más acercarse, no cogió el ascensor, se apresuró por la escalera. En general, esos estados de ansiedad estaban ligados a los niños, a tener que volver con ellos, a las veces que los observaba en el parque y temía que pudieran lastimarse, al sentimiento de culpa por no haber estado presente en todo el día; en cambio, en ese momento la ansiedad la generaba la situación opuesta: la idea de que su libertad pudiera serle arrebatada, el deseo de deshacerse de ellos. Conforme subía la escalera

le pareció que esa sensación iba creciendo. Cuando vio a Xavier, sus ojos esperándola en la entrada, comprendió que él también había sentido algo muy parecido. La posibilidad de que ese encuentro pudiera no producirse había suscitado consternación a ambos. El mismo miedo.

Ni siquiera le quitó el abrigo, cerró la puerta de la casa y entró dentro de ella, y por fin el tiempo empezó a ralentizarse. Se quedó quieto, sin moverse, defendiendo un espacio que parecía una tabla de salvación. El sexo antes de aquel día, por muy salvaje que fuera, siempre había sido cauto, apacible. Dominado por el deseo, no por la urgencia.

Anna lo estrechó hacia sí, recuperó el aliento y, cuando la respiración volvió a ser regular, le susurró al oído:

—Tengo una hija, una niña de dos años, se llama Natalia, por eso he llegado tarde...

Attilio la había citado para que firmara «unos papeles».

Habían quedado en el despacho del notario de siempre, Leopoldo Vassalli. Anna estaba sentada en un diván de brocado, arrebujaada en su abrigo azul, escrutando, desde detrás de las gafas, el sobrio pasillo salpicado de estatuas romanas. Se preguntó si su padre se habría dado cuenta de lo que estaba sucediendo en su vida. Mientras que Guido se mostraba distraído o ausente, Attilio estaba incluso demasiado pendiente de ella; la conocía mejor que nadie, intuía la maraña de sus pensamientos, leía las transformaciones de su cuerpo.

Llegó con diez minutos de retraso y la besó en la frente.

—¿Va todo bien, tesoro?

—Todo bien, papá.

El notario los hizo sentar en la recargada sala de firmas, con la librería de caoba y la hilera de tomos de jurisprudencia con los lomos granate, donde, salvo por una pequeña luz verde encendida, parecía noche cerrada.

—Has adelgazado —le dijo Attilio al verla desprenderse del abrigo.

—Estás como una rosa, Anna —intervino Leopoldo, que enseguida se acomodó las gafas en la nariz y empezó a leer.

Attilio le acarició la rodilla.

—Pero ¿me podéis decir por qué estamos aquí? —preguntó ella.

Resultó que deseaba poner su piso a nombre de los nietos.

—¿Por qué, papá?

—Si pasara algo, tendrías que pagar una cantidad de impuestos de sucesión exorbitante. Es la casa de la familia... ¿Acaso quieres venderla?

—No, claro que no...

—Es para vosotros, tesoro. —Attilio tenía ya setenta y nueve años, de modo que no era una idea descabellada.

Anna visualizó el suntuoso piso decorado con mármoles de Carrara en el que había crecido junto a su padre. Orsola, su madre, murió cuando tenía dos años. Ella fue quien la encontró aquella noche, pues Attilio estaba operando. Se quedó al lado del cuerpo de su madre y después regresó a su cama. Hasta los seis años no entró más en el dormitorio de sus padres; después, con el tiempo, volvió a pasar por allí. Le encantaba esa casa, pero no acababa de verse en ese espacio enorme con Guido y los niños, a pesar de que la idea alguna vez le había rondado por la cabeza y había imaginado cómo sería ver crecer a Natalia en la habitación que había sido la suya, con la ventana asomada al albaricoque. En ese momento aquella habitación le parecía melancólicamente marchita. ¿Cómo iba a hacerse a la idea de que su padre pudiera morir?

Una vez fuera, una luz cegadora y tersa la agredió.

—¿Tomamos un café? —le propuso Attilio hundiendo la barbilla en la bufanda.

—Gabriele sale a la una, tengo que irme corriendo.

—¿Cómo va todo?

—Bien, papá, va todo bien.

—Guido está hasta arriba, ya lo sé... Debes tener paciencia.

—No pasa nada.

—¿De verdad?

—Estoy acostumbrada. —Le sonrió. Se refería a su vida, la de los dos.

—Me he fijado en que duerme a menudo en la clínica.

—Es más práctico así.

—¿Sí?

—Sí.

—Marido y mujer deberían dormir siempre juntos. El sueño concilia el cuerpo y el amor. —No era un reproche, más bien un consejo.

Le dijo que los esperaba pronto para cenar en familia, después se volvió y echó a andar despacio hacia el coche. Su altura, que tiempo atrás había hecho de él un joven espectacular, destacaba aún más ahora que sus larguísimas extremidades chirriantes parecían de vidrio soplado.

Al subir al coche, Anna pensó de nuevo en Xavier; lo vería durante unos cuantos segundos. Probablemente se ignorarían o, como mucho, se saludarían con un breve gesto de cabeza, y sin embargo el calor de sus cuerpos se expandiría como en el interior de un campo magnético.

Había mentido a su padre, estaba empezando a manchar su vida con embustes y omisiones. Era la primera vez que lo hacía y aun así le salía de

manera natural. Con Guido todavía era más fácil: no le preguntaba nada y él tampoco contaba mucho.

Condujo despacio, con cautela, a pesar de ir con retraso. Después de aparcar en el sitio de siempre, se atusó el pelo. Cerca del colegio localizó a la madre de un compañero de su hijo, un pequeño déspota de tres años que mordía a los otros niños, incluso a Gabriele. Había sucedido hacía algún tiempo. Anna lo detestaba, y la detestaba a ella por no haber dado ninguna importancia al incidente, ni siquiera había pedido disculpas. En cambio, siempre insistía en invitarla a estúpidos encuentros sociales de los que Anna se escabullía con destreza.

—¡Estás aquí! No hay manera de verte, ¿dónde te metes?

—En ningún sitio... —Tenía prisa, quería ver a Xavier.

—Eres la mujer invisible. Bueno, dos cosas importantes. La primera: quería saber si vendréis a la inauguración de Fendi. La segunda: ¿qué te parece si llevamos a los niños a ver *Los cuatro fantásticos*? ¿O es demasiado pronto? Tal vez podríamos merendar... Ya sabes que han abierto un sitio genial, el Nails Kids, detrás de la mezquita. Mientras los niños juegan, nosotras nos hacemos la manicura, ¿qué me dices?

Anna cogió el móvil del bolsillo y fingió contestar a una llamada: «Sí, disculpe, iba a llamarlo...», mientras levantaba los ojos al cielo y le hacía a la otra madre una señal de que ya se llamarían.

De repente vio a Galy brincando delante de la puerta.

—Hola —la saludó, acercándose. Pero un instante después vio que alguien la agarraba y tiraba de ella con fuerza.

Era una mujer de melena corta redondeada, con un peinado estiloso y osado, muy menuda, como una cajita de música, y llevaba un abrigo de piel sintética de color ciruela. Era Maya.

Anna pudo oírla mientras reñía a su hija con voz controlada y suave, en una lengua incomprensible. Tenía una mirada dura, severa. No quedaba rastro de la encantadora benevolencia que afloraba en su foto. Esos ojos afilados la dejaron de piedra.

Maya cogió a la niña en brazos y se la llevó atravesando la calle. Anna miró instintivamente a la ventana: Xavier no estaba. Cruzó la puerta escabulléndose como una ladrona.

Gabriele se había quedado el último. La maestra estaba ordenando el aula y él estaba en el suelo como un muñeco olvidado. Al verla, se puso en pie de un salto y corrió hacia ella sonriendo.

Lo abrazó con todas sus fuerzas y le besó la cara hasta no poder más.

—¿Qué tal ha ido hoy? —le preguntó a la maestra. No se acordaba de si se llamaba Adelaide o Aidi.

—Bien. ¿Verdad, Gabri?

Él no contestó. Mientras le ponía el abrigo, Anna susurró:

—Excelente. —Y acto seguido se disculpó—: Lo lamento, he llegado un poco tarde.

—Buenos, nosotros nos las hemos apañado estupendamente...

«Nosotros».

—Fantástico.

Cuando estuvo de nuevo fuera, a Anna le tentó la idea de volver a levantar la mirada hacia la ventana, pero tuvo la voluntad de esperar a que Gabriele estuviera atado a la sillita y con el motor en marcha, haciendo una torsión con el cuello mientras salía del aparcamiento. Vio a Maya en lugar de a Xavier. Estaba en la esquina de la ventana, con los brazos cruzados. Miraba al mundo.

Por lo general, a la tercera curva Gabriele, mecido por las vibraciones del coche, se quedaba dormido. En cambio, ese día estaba extremadamente alerta.

—Hoy ha venido la mamá de Galy —le dijo, esperando quizá alguna reacción.

El niño parecía absorto en el paisaje.

—¿Has visto que no estaba el papá de Galy, sino su mamá?

—...

—Gabri, ¿me oyes?

—Sí.

Se encontró con su mirada en el espejo retrovisor. Su hijo sabía de qué hablaba, había entendido la pregunta a la perfección. El corazón se le paró. La arritmia era considerable. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba involucrando a Gabriele? No podía ser tan explícita. Es más, no tendría ni que haberlo mencionado.

No dijo nada más durante el resto del camino. En casa saludó a Cora y se llevó a Natalia y a Gabriele a la cama. Tenía frío, como si los huesos se le hubiesen helado. Se quedaron dormidos como troncos.

Al despertar se quedó un buen rato pegada al radiador mientras revisaba el teléfono. Los niños jugaban con los peces magnéticos, tenían que cogerlos con una cuerdecita finita que llevaba un imán en el extremo.

Maya lo sabía, era evidente por la manera en que la había mirado. Anna todavía sentía sus ojos encima. ¿Y por qué no iba a saludarla si su hija lo había hecho? Los había descubierto, por eso. Pero ¿cómo?

La última vez ella y Xavier habían hablado más de lo acostumbrado. Aquella mañana en que se vieron después del miedo de pensar que no se encontrarían ese día, la ropa fue desapareciendo poquito a poco. Él, desnudo con las piernas cruzadas, y ella encima, envolviéndolo como una concha. Movimientos imperceptibles, respiraciones largas.

—Me gustas —había dicho Anna.

—Tú...

—¿Tú?

—Tú me gustas. —Sus primeras palabras en italiano.

Admitirlo fue todavía más fuerte que el sexo. Ambos tuvieron la certeza de que sentían lo mismo, eran como una balanza con dos pesos en perfecto equilibrio. Anna hablaba, él asentía. Estaba de acuerdo.

—Debemos tener cuidado.

—Sí.

—Me gustaría no salir nunca de esta habitación...

—No.

—Sigamos así...

—Sí.

No habían dicho nada, pero lo habían dicho todo. Era un pacto. Por el momento esos encuentros bastaban, pero no podían faltar. El territorio del colegio era suyo, esa calle, el aparcamiento, todo.

Pero ahora estaba Maya.

Natalia no lograba coger los peces, golpeaba con las palmas el cartón, succionaba el chupete con más ímpetu. Gabriele tenía la cuerdecita estirada. No existía ninguna relación entre ellos, eran como amebas.

—Vamos a bañarnos —propuso Anna—. Nos bañaremos los tres juntos.

Tal vez Gabriele lo entendiera, porque sonrió.

—Sí, sí...

No eran aún ni las cinco de la tarde. Anna llenó la bañera con burbujas, patitos y pulpitos brillantes de color azul. Era una celebración, la fiesta del agua. Para ahuyentar el miedo. Para recuperar un poco de calidez.

La bañera era un jacuzzi blanco, redondo, grande como la luna. Entró primero Natalia, después Gabriele y por último Anna. Era la primera vez que se desnudaba delante de sus hijos, normalmente siempre lo hacía en su dormitorio. Xavier, en cierto modo, tenía algo que ver con ello, como si gracias a él se hubiera quitado de encima su atávico recato, el hecho de haberse criado sola con un padre; el pudor era como un manto que la cubría.

Se colocó entre los niños, a Gabriele se le veía emocionadísimo con las burbujas. Sus baños nunca eran tan teatrales, sino más bien rápidos, prácticos. Natalia se le subió a horcajadas a una pierna, le tocó un seno, lo apretó demasiado fuerte, recorrió su pecho señalando los lunares con la punta del índice.

Le vino a la cabeza la imagen de Maya, lo menuda y severa que era. No le gustaba. Observándose las piernas a lo largo de la bañera se dijo que debía de parecer una gigante a los ojos de Xavier. Era tan alta como él, y tenía los músculos tan tersos y esbeltos como los suyos. Sus cuerpos se acoplaban a la perfección, el mismo número de centímetros, los mismos impulsos, ritmos y deseos. Toda esa correspondencia también debía de depender de la ausencia de palabras, como si los cuerpos buscaran otras formas de comunicarse.

—Pero ¿qué hacéis? —Guido apareció en el umbral. Su tono reforzaba su postura rígida. Los miraba sorprendido.

Natalia se volvió de golpe y al instante se echó a llorar, mientras que Gabriele apenas se movió. Anna se cubrió instintivamente, había algo prohibido en aquella situación: el pensar en Xavier, la desnudez compartida con sus hijos, la absoluta falta de vergüenza.

Él desapareció por la puerta y Anna se apresuró a salir, se puso el albornoz y se hizo un nudo en la cintura, como si fuera un castigo. Tenía que justificarse. Pero ¿de qué?

No podía dejar a los niños solos en la bañera, eran demasiado pequeños, pero aun así buscó a Guido en el salón, en la cocina, en la habitación. Lo encontró allí, de espaldas, encorvado sobre su móvil. Estaba husmeando en su teléfono. ¿Por qué? ¿Qué buscaba? ¿La había pillado? ¿Había sido Maya? ¿Se lo había contado?

—¿Qué estás haciendo?

Él no contestó. Anna se escabulló del dormitorio, volvió con los niños y los sacó de la bañera. Las piernas le temblaban. Entonces fue cuando oyó a Guido desde la otra habitación que decía:

—Anna, tengo que hablar contigo.

Cora abrió la puerta. Anna se sorprendió al verla.

—¿Qué haces aquí?

—Me ha llamado el señor...

—¿Ah, sí?

—Sí —intervino Guido. Todavía no se había quitado el chaquetón—. ¿Vamos?

—¿Adónde?

—Tenemos que hablar.

—Voy a ponerme algo.

En otras circunstancias, Anna habría protestado, pero la idea de que su marido lo hubiera descubierto todo la volvió dócil y obediente. Se puso la ropa que llevaba por la mañana y enseguida advirtió que la camiseta todavía tenía dibujados cercos de sudor en las axilas. Encontrarse con Maya la había hecho sudar. Se sentía sucia, arrugada y cansada.

No se despidieron de los niños, bajaron por la escalera y cruzaron la calle a distancia el uno del otro. Soplaban un viento tan fuerte y bajo que parecía el aullido de un lobo. Cerraron con esfuerzo las puertas del coche, Anna se apartó los cabellos de la frente.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A donde quieras. —Guido no puso el coche en marcha y se quedó mirando hacia fuera, entrecerrando los ojos como si quisiera enfocar algo. Temblaba casi imperceptiblemente y estaba pálido.

—¿Va todo bien? —Anna se infundió valor, le daba miedo preguntar.

—No, diría que no...

Esperó a que prosiguiera. Por su expresión no se intuía ninguna animadversión, ninguna rabia. Más que otra cosa, parecía triste.

—Anna, no sé por dónde empezar... —Se volvió hacia ella—. Creo que deberíamos darnos un tiempo.

—¿*Un tiempo* es una manera de decir que deberíamos separarnos?

Guido volvió a mirar hacia fuera.

—Hay demasiadas cosas que ya no funcionan... Nos hemos alejado uno del otro, ya lo sabes. Podríamos seguir así hasta el infinito, yo viviendo en la clínica, tú criando a los niños..., pero las cosas no van bien. Ha pasado demasiado poco tiempo.

—¿Qué quieres decir? —Anna recostó la espalda en el asiento.

—En el fondo, no llevamos tanto casados, y sin embargo nos comportamos como si lo estuviéramos de toda la vida. Entre nosotros no hay alegría.

Solo había escuchado frases parecidas de las mujeres de la tienda.

—Eres tú el que... —intentó replicar.

—Lo sé, lo sé —la interrumpió él—. No quiero acusarte de nada. Pero esa no es la cuestión: la cuestión es que vamos avanzando con el piloto automático y hemos dejado de amarnos. —Bajó los ojos.

Esas palabras no le suscitaron ningún tipo de emoción. «Es cierto —pensó —, hemos dejado de amarnos».

—Tal vez lo hayamos hecho todo demasiado deprisa, no lo sé. Tengo la sensación de que cada día nos alejamos más uno del otro, veo que tú tampoco estás por la labor de... No quiero echarte la culpa, créeme, pero ni siquiera me esperas despierta y no... En fin, no lo sé, me parece que tú también has tirado la toalla. Yo te quiero, Anna, amo a nuestros hijos, y le estoy infinitamente agradecido a tu padre, que ha creído en mí, pero... el trabajo en la clínica me absorbe, también tengo algunas preocupaciones, hay cosas que no marchan bien... y nosotros estamos como... muertos o anestesiados. Pensaba que se trataba de una mala racha..., pero después he visto que estás completamente ausente. A veces me pregunto si no estarás un poco deprimida..., pero luego... tengo la sensación de que ya no nos gustan las mismas cosas... Tal vez nunca nos han gustado. Tal vez estábamos enamorados y al encadenarlo todo, el noviazgo, la boda, los niños, no nos hemos dado cuenta de que...

Parecía que el aire no le llegaba a los pulmones. Anna le dijo:

—Guido, espera, respira... —Pero él seguía intentando respirar con normalidad.

Entonces Anna también inspiró y soltó el aire con un gesto teatral, casi como si se lo enseñara a un niño, invitándolo a hacer lo mismo. Guido la imitó, respiraron juntos. Igual que durante su luna de miel, en Los Roques, en el curso de submarinismo. La instructora era una chica corsa, con dientes de

marfil y unos ojos verdes que brillaban a través de la máscara. Le gustaba Guido, se notaba a un kilómetro. La mirada se le encendía cada vez que él le preguntaba algo. Anna no la soportaba. Debajo del agua vieron aparecer una manta, una especie de alfombra voladora negra que se movía con un ritmo mágico; la chica, después de señalársela a Guido, lo agarró y lo arrastró con ella, mientras el animal proseguía hacia la oscuridad de las profundidades. Anna se sintió morir. En ese momento el recuerdo le parecía muy lejano. Mejor dicho, no era que el recuerdo le quedara lejos, sino que sentía una completa ausencia de emociones. Amor, celos, la necesidad casi vital de estar a su lado. Su marido tenía razón.

—Lo siento, lo siento... Es culpa mía, es culpa mía... —seguía repitiendo Guido. Tenía la frente fruncida y la boca deformada en una mueca terrorífica. No lloraba, y sin embargo a ella le parecía un llanto desesperado. Las últimas frases le sonaron como una de las pataletas atormentadas de su hijo.

Se dejó caer sobre las rodillas y se cubrió la cara con las manos. Anna le acarició la espalda con movimientos lentos y circulares. Al final de la calle, un abeto doblado por el viento rozaba el asfalto y volvía a enderezarse como si fuera de goma. No se rompería, pensó.

También pensó que podría dormir en su cama con Xavier y apoyar la cabeza en su axila. Él la vería con el camisón, el de seda rosa antiguo con los tirantes cruzados a la espalda y la abertura de encaje a la derecha.

Cuando Guido se incorporó, ella le acarició la mejilla.

—Lo entiendo —dijo—. Tienes razón, tomémonos un tiempo.

A continuación bajó del coche, sin golpear la puerta al cerrar, y empezó a caminar contra el viento que la atizaba a su paso. Avanzaba sin saber adónde iba. De haber podido, se habría ido corriendo con Xavier.

Sentía una extraña ligereza. La euforia que la había acompañado hasta ese día se había hecho crónica, ya no era un sentimiento voluble como tantos otros. Anna era feliz, sí. A pesar de que su matrimonio estuviera acabado, a pesar de que le iba a romper el corazón a su padre, a pesar de que sus hijos sufrirían por ello... Ella no. Y ella existía. Era como si se diera cuenta por primera vez en ese momento mientras pisaba los escombros de cinco años de vida conyugal. Sería libre: sin la protección de su padre, sin vivir a la sombra de su marido, sin ser solo la madre de sus hijos, la santa.

Apresuró el paso, embocando las callejuelas del barrio, mirando los escaparates. Su cabeza se fue vaciando ante la visión de los objetos que se materializaban delante de ella: un bolso de piel gris perla, un par de pantalones gris marengo, unas botas hasta la rodilla. La tienda era una

pequeña boutique exageradamente cara pero acogedora. Al entrar se fijó en la pared tapizada con un papel pintado de Fornasetti —llaves ocultas en una selva de palmeras azules—, los pufs de terciopelo de color cacao y el espejo alargado enmarcado con una cadenita de cobre. Dejó que la dependienta le dijera que las botas la estilizaban y que la falda floreada le quedaba preciosa. Incluyó la cabeza, sonriendo, antes de pagar con su tarjeta Visa Oro.

Al salir intentó protegerse bajo las cornisas antes de meterse en la enoteca preferida de Guido. Colocó las bolsas al lado del taburete y pidió una copa de sauvignon. En el reflejo del espejo de detrás de la barra se vio guapa, el frío le había encendido las mejillas. Al fondo del local acababan de sentarse un hombre de unos cincuenta años y una chica morena. Él le recordaba a Guido, no por el físico, sino por su seguridad, el traje de sastrería, la raya a un lado y la barba bien afeitada. La mujer tenía los codos apoyados en la mesa y se sostenía el rostro con las manos, estaba muy interesada en captar la atención de su acompañante. Es increíble cómo hay posturas que lo dicen todo. ¿Guido también tendría una amante? ¿Una mujer más joven que lo halagaba?

El hombre de la mesa empezó a mirarla y Anna se permitió una sonrisa, con cuidado de que la chica morena no la viera. Como una mosquita muerta. Le volvió a la memoria el empapelado de la tienda. Su padre siempre había estado convencido de que era de pobres; Guido, en cambio, opinaba que era de paletos. Un papel pintado rosa, chino, con paraguas y aves y ribetes de oro: eso era lo que ella deseaba para su casa. En la cocina optaría por una isla, estaba segura de que los niños estarían contentos de comer allí con ella. Le pediría a Cora que se quedara a vivir con ellos. Guido siempre se había opuesto categóricamente. «Limita la intimidad», le había dicho una vez. ¿Qué intimidad? Y, además, de ahora en adelante saldría más a menudo, y Cora podía serle de gran ayuda. Pensó que, en el baño de servicio, también podría poner papel pintado, quizá uno de colorines. Cuanto más pequeño era el espacio, más lo resaltaba el empapelado. Así era, sin duda.

El hombre seguía observándola, mientras la chica comía aceitunas con los ojos fijos en las reproducciones de Helmut Newton de las paredes. Ella hizo lo mismo: miró esos cuerpos perfectos realzados por la luz, los senos de las mujeres tan parecidos a los que Guido se esforzaba por recrear en sus pacientes. Le dieron ganas de reír. Pidió una segunda copa de vino sintiendo que los ojos del hombre paseaban por su cuerpo. A ella solo le interesaba la chica morena, su inconsciencia y su audacia. Era una amante. Una amante aplicada, dispuesta a todo, culpable. ¿Culpable de qué? «De nada», le salió en

un susurro. No existen las traiciones, solo los espacios, y es en ellos donde se meten las personas.

Guido había sido valiente al hablar con ella. Aunque se estuviera acostando con otra mujer, había tenido el valor de admitir que las cosas entre ellos no iban bien, mientras que ella habría podido seguir así, sin hacerse preguntas, a saber hasta cuándo. Esa crisis le daría el tiempo y la posibilidad de averiguar lo que deseaba.

Después de dar cuenta de otra copa salió. Estaba achispada, el cuerpo se le había caldeado, le sudaban las axilas, las bolsas se balanceaban. No sabía si iba a encontrar a Guido en casa al volver, pero esperaba que no. Ya había empezado a saborear la libertad.

Caminó decidida, el viento había amainado, la noche engullía los rostros de la gente, embocó la calle que llevaba a su casa. Solo se oía el crujido de las hojas y los coches a lo lejos. Bordeó un jardín vallado y oyó el ruido de la grava, pero no vio a nadie. Un perro, un mestizo con manchas, se encaramó al cercado metálico y se puso a ladrar. La miraba fijamente y gruñía. Era de tamaño pequeño, pero tenía un timbre nervioso y violento. Anna dio un salto hacia atrás, le aterrizaban los perros. De niña, un pastor alemán la había mordido en la pantorrilla en una playa; era un perro grande, movía la cola y ella se había acercado a él con una sonrisa. Se quedó paralizada donde estaba, le pareció que el mestizo olfateaba su miedo y se alimentaba de él. ¿Cuántas veces la había salvado Guido de un perro? ¿Cuántas veces, con su tono tranquilo y sereno, se la había llevado a otra parte? La voz calmada, los movimientos lentos, las palabras tranquilizadoras. Fue solo en ese momento cuando se dio cuenta de que lo había perdido. Y permaneció inmóvil en la oscuridad.

Anna aparcó en el exterior de la clínica. Al entrar en el jardín vio a Natalia y a Gabriele yendo en direcciones opuestas. Ella sonreía, él caminaba con la cabeza inclinada hacia el suelo: iba trazando un mapa de sus propios pasos. A la derecha descubrió a Maria Sole, tenía un codo apoyado en el tronco del almendro y los ojos hundidos en el antebrazo. Contaba:

—¡Once, doce... y trece!

Cuando levantó la cabeza, Anna retrocedió instintivamente. Dio la vuelta y la espió desde detrás de la valla de hierro cubierta de hiedra. Llevaba una bata y unos tacones altísimos, no iba maquillada como la primera vez que la vio. Aquella noche en la fiesta sus ojos, resaltados con sombra oscura, parecían de un azul más claro, luminoso; en ese momento, en cambio, eran de un gris anónimo. Anna pensó que Maria Sole pertenecía a ese tipo de mujeres cuya belleza necesita ser enriquecida con algo excesivo: joyas vistosas, maquillaje pronunciado, tacones altísimos. Su delgadez la hacía andrógina, así que esos detalles le devolvían la feminidad.

Natalia se había escondido al lado de un cubo de basura, Gabriele estaba sentado en un banco, balanceando las piernas. Maria Sole se acercó a él, mirando a su alrededor.

—¿Qué haces, no juegas?

Él no contestó, seguía observando su sombra inclinada.

—Vale, está bien —dijo ella—, eso significa que solo tengo que buscar a una niña... Una niña que sabe esconderse muy bien...

Siguió adelante un poco agachada sobre las rodillas, con aire circunspecto. Se movía lentamente a causa de los tacones. Continuó avanzando con cautela, hasta que divisó a Natalia. Hizo como si nada, rodeó el cubo por el lado opuesto, mientras la niña asomaba la cabeza por la derecha, ahogando la risa y el entusiasmo.

—¡Uh! —la sorprendió por detrás Maria Sole.

Natalia dio un brinco y por poco se cae, pero ella la cogió al vuelo, la dejó en el suelo sujetándola por las escápulas y empezó a hacerle cosquillas.

—¡Quiquiriquí! —Se reía fuerte, y también la pequeña estalló en una carcajada estrepitosa; movía los pies, se le veían los dientecitos en su cara extasiada. Maria Sole, cautivada por su hilaridad, la estrechó entre sus brazos, después cogió su cabeza entre las manos y la besó en la boca.

—Adele... —le susurró. Y la besó de nuevo.

Anna dio un respingo. El gesto le pareció exagerado, promiscuo. Esa mujer no sabía ni cómo se llamaba su hija y se permitía besarla de ese modo. Se dirigió hacia la entrada, pero vio que Maria Sole lloraba. Hasta hacía un segundo estaba riendo, pero luego se había agachado, con los ojos llenos de lágrimas, y observaba a Natalia que, a su vez, la miraba desconcertada. Instintivamente la niña también se echó a llorar. Maria Sole sacó fuerzas, se secó los ojos y le dijo:

—No, cariño, no, no llores...

Se esforzó en sonreír y Natalia hizo lo mismo. Sus caras se transformaron a la vez, el dolor desapareció y se secó en sus rostros, cercanos.

La cogió en brazos, se la colocó hacia un costado, fijándola a la cadera como si fuera su hija:

—Fea, tristeza mala, ¡fuera! —Seguidamente se encaminó hacia Gabriele, que se había quedado al lado del banco y daba patadas a las piedras. Maria Sole se inclinó hacia él y le preguntó—: ¿Vamos? —Él no se movió, ni siquiera volvió la cabeza—. ¡Eh, hablo contigo! —insistió con el brazo tendido y la voz dura.

—¡Maria Sole, el profesor la está buscando! —Era Liliana, la señora mayor de la recepción, que se había asomado a la puerta.

—Voy enseguida —respondió ella, volviéndose hacia la entrada.

Natalia jugaba con su collar de perlas, se lo desabrochó y cayó al suelo.

—¡Bum! —dijo Maria Sole.

La pequeña la examinó un instante, no sabía descifrar si la mujer estaba jugando o se había enfadado. Maria Sole sonrió. Y entonces la niña repitió:

—¡Bum!

—Sole, ¿dónde estás? —La voz de Guido procedía del interior de la clínica.

Ella dejó de inmediato a la niña en el suelo, recogió el collar y se lo puso de nuevo. A continuación se ató el pelo con un solo gesto y se peinó las cejas con la punta de los dedos.

—¡Date prisa! —rugió él.

La señora Liliana volvió a asomarse, esta vez dirigiéndose a los niños.

—Venid, vamos a merendar.

Los esperó sonriendo. Gabriele parecía aliviado. Maria Sole los precedió, contoneándose sobre los tacones con su andar seguro. Vista así, por detrás, a Anna le pareció sin lugar a dudas la misma mujer del parque.

Un minuto después entró en el vestíbulo y se quitó el gorro de lana. El aire frío le heló la cabeza. Liliana no estaba, de modo que enfiló hacia el ascensor. Se cruzó con un par de enfermeras que la saludaron, se metió por el pasillo y la enfermera jefe fue a su encuentro.

—¡Señora Bernabei, buenos días!

—Buenos días, Patricia, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias.

—¿Ha visto a mi marido?

—No, creo que no...

—¿Y a los niños?

—No.

Avanzó hacia el despacho de Guido. El suelo de la clínica era como un espejo y el sol entraba a raudales por las cristaleras.

—¿Se puede? —Llamó, y sin esperar respuesta giró la manilla.

Maria Sole estaba sentada con las piernas cruzadas en un sofá de terciopelo azul oscuro que había estado en la habitación de la madre de Anna. Guido se encontraba detrás del escritorio. A su espalda había un tapiz con un dibujo simétrico que ella no había visto nunca. El despacho era muy cálido, parecía más una habitación que la consulta de un médico.

Maria Sole se puso en pie de un salto.

—Buenos días, señora...

—Anna —puntualizó ella.

—Anna, claro. ¿Cómo está?

Se volvió hacia su marido y lo miró fijamente antes de hablar.

—¿Dónde están los niños?

—Están merendando —dijo él—, con Liliana.

—Con permiso... —Maria Sole se puso el pelo por detrás de las orejas, pasó por al lado de Anna y se escabulló hacia fuera.

—¿Cómo estás? —le preguntó Guido.

—Bien, ¿por qué?

—No, por decir...

—¿Qué han hecho los niños?

—Nada, lo de siempre. Han estado un rato con Liliana, un rato con las enfermeras.

—¿Y papá?

—Esta mañana no ha venido. Es más, ahora que lo pienso, tengo que llamarlo...

—Este sábado debemos ir sin falta a cenar a su casa, ya nos lo saltamos el otro día. No quiero... Bueno, por ahora podemos seguir haciendo como si nada, me parece.

—Claro, estamos de acuerdo. —Apoyó el bolígrafo en la mesa, siempre lo hacía—. Por cierto, quería decirte que a partir de la semana que viene me dan la suite en la residencia, tendré un salón y una cocina americana. Gabriele puede dormir en el sofá cama y Natalia conmigo...

—Yo los haría dormir juntos, así se consuelan. —Anna se movía recorriendo la estancia con los ojos, buscando algo. El qué, ni ella misma lo sabía.

Guido levantó el teléfono.

—Liliana, ¿me sube a los niños? —Y colgó.

—Puedo bajar yo.

—Da igual, no te preocupes. Y bueno, ¿cómo va todo?

—Bien, ya te lo he dicho.

—Sí, estás bien, solo que te veo tan...

—¿Tan qué?

—Delgada.

—Habré perdido tres o cuatro kilos, quizá.

—No son pocos. —Bajó los ojos mientras lo decía—. No tomas nada, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, metanfetaminas, cosas para adelgazar más deprisa.

—No, en absoluto.

—Es que tienen unos efectos secundarios terribles.

—¿Conoces a alguien que las tome? —Y sonrió con aire de complicidad.

—No. —Se puso a la defensiva—. ¿A quién?

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Guido. Primero entró Natalia y después Gabriele. Liliana entreabrió solo un poco, sonrió y se retiró.

—¡Mamá! —Gabriele se le abrazó a una pierna, Anna lo acarició.

—¡Bum! —gritó Natalia.

—Bum... —repitió Anna. Estaba segura de que ese «bum» se refería al collar.

Natalia era fuerte, decidida, quería hablar con su madre a pesar de que todavía no tenía las palabras. Anna pensó, como había hecho siempre, que no se parecía a ella. Gabriele de repente se echó a llorar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Anna.

—Quiero ir a casa...

—¿Ha pasado algo?

Guido se inclinó hacia él.

—Eh, campeón, ¿qué ocurre?

—Quiero ir a casa... —Se metió con más determinación entre las piernas de su madre: esa era su casa.

Anna le acarició la cabeza, pero en su interior advirtió una especie de molestia. Sentía que el bienestar de su hijo estaba ligado a su presencia, y ella, en cambio, últimamente solo quería huir. Volatilizarse. Pero cuando Guido los besó a ambos, con una devoción y un amor que no creía haber visto nunca antes en su marido, Anna notó un dolor oscuro, un malestar tan tangible que lo escupió con un golpe de tos. Vio en él el esmero que a ella parecía faltarle. La familia desmembrada.

Terminó de abotonar el abrigo de Gabriele.

—Vamos, niños.

—Nos vemos el viernes, chicos, ¿de acuerdo? —dijo Guido.

Anna desplazó la vista hacia él. Desde aquel día en el coche no se habían vuelto a mirar a los ojos. Habían pasado unos diez días, en los que había ido a visitar a menudo a sus hijos, pero Anna prefería salir para no coincidir o se quedaba encerrada en su cuarto. No quería enfrentarse de nuevo a él. La provisionalidad la protegía de un dolor que, inexplicablemente, aún no había asomado a la superficie. Se sentía proyectada al futuro, concentrada en mantener un control aparente; había apartado el sufrimiento con pequeñas acciones que le permitían conservar un equilibrio interior. Guido había dejado muchas de sus cosas en casa. Se irían separando poco a poco, eso estaba claro, a pesar de que ninguno de los dos lo había hecho explícito.

Cuando se acercó para besarla en la mejilla, ella se apartó mecánicamente y en ese momento vio en el suelo el collar de perlas, al lado del escritorio. Eso le dolió. Cerró los ojos. Volvió a toser, pero esa vez la tos procedía del corazón.

Xavier nunca comentó nada del encuentro entre Maya y Anna, y Anna tampoco dijo nada. Sus citas se habían ido manchando de breves conversaciones; si al principio las frases se mezclaban con el sexo, ahora en cambio era como si los momentos se hubiesen desligado: las palabras y el amor.

Más de una vez se pusieron a hablar de los hijos. Él le contó que Galy había nacido prematura y que tal vez tuviera un retraso en el crecimiento o una forma leve de autismo. Lo que más le preocupaba era que la notaba distraída, un poco aislada, incapaz de relacionarse. Anna se sorprendió al no verlo angustiado mientras se lo contaba. Xavier tenía una extraña paz en su interior, una tranquilidad que emanaba de su mirada líquida; buscaba las palabras moviendo los ojos turquesa y, entretanto, le besaba el borde de las mejillas y le soplabá en el cuello su aliento a anís. «*Ma petite fleur*», así la llamaba, o también «*papillon*». Incluso cuando se les pasaba la hora y debían ir a recoger a los niños, él se vestía con gestos sinuosos y lentos, recogiendo del suelo los pantalones con sus larguísimos brazos.

La última vez Anna llegó solo cinco minutos antes que él. Gabriele salió gimoteando, mientras Galy corría hacia los brazos de su padre. Él abrazó a su hija levantándola del suelo y, a continuación, volviéndose, preguntó:

—Gabri, ¿qué pasa?

Gabriele se encogió de hombros. Al final bajaron todos juntos.

El día era claro, el sol estaba alto en el cielo ribeteado de nubes de un blanco deslumbrante. Con desenvoltura, Xavier propuso:

—¿Pícnic?

Anna sonrió.

Echaron a andar por la calle principal, Xavier y Galy delante, Anna y Gabriele detrás. Ella quería contemplar su caminar musical, con una mano en el bolsillo y la otra sobre el hombro de su hija. De repente, sin consultar a

nadie, Xavier entró en un supermercado y al cabo de unos minutos salió con una bolsa de plástico.

Cruzaron la calle para dirigirse a un pequeño parque del barrio cercado con un seto bajo, con el suelo de goma, columpios chirriantes y un caminito de troncos y travesaños de madera contiguo a una pista de fútbol sala. Los niños enseguida se fueron corriendo a jugar, y Anna y Xavier se sentaron en un banco y empezaron a comerse los bocadillos de jamón. Los niños iban siguiendo el sendero con los brazos abiertos como aeroplanos manteniendo el equilibrio. Un balón llegó volando de la pista de al lado y al instante oyeron a un chico que gritaba con los dedos metidos en la red:

—¡La pelota!

Xavier se levantó de un salto, alzó el balón con la punta del pie, haciéndolo girar sobre sí mismo, y luego continuó dando toques con la misma intensidad, mientras masticaba un trozo de bocadillo. El balón rebotó de la rodilla a la cabeza y volvió a caer a plomo sobre la punta del pie, y en ese momento Xavier lo envió con un golpe seco de vuelta al otro lado de la red. Anna estaba admirada. Gabriele llevaba un rato aplaudiendo.

—Caramba —exclamó ella—, estás hecho todo un futbolista...

Xavier asintió.

—¿De verdad? —Anna sonrió—. ¿Y dónde juegas? —Viendo esas acrobacias, se había sentido increíblemente orgullosa de él. Y había percibido la misma admiración en los ojos de su hijo.

—*Eh bien*, ya no juego —le dijo encogiéndose de hombros y volviendo a sentarse.

—Ah, ¿estás jubilado? —¿Cuántos años podía tener Xavier? ¿Treinta?

—Claro. —Daba mordiscos grandes y masticaba con ganas—. ¡Galy!

La niña continuaba corriendo con los brazos abiertos, recorriendo el camino del suelo con los ojos.

—¡Galy! —la llamó de nuevo Xavier, esta vez con más decisión.

De repente dio un silbido juntando los labios, un silbido que seguramente había llegado hasta el centro de la Tierra. Nada. Entonces recorrió los cuatro metros que los separaban, la cogió de un brazo y la llevó al banco. Le tendió un bocadillo y ella se lo empezó a comer. Gabriele hizo lo mismo, en una mimesis hipnótica. Observaba a Xavier como si fuera una criatura de otro planeta, hasta el punto de que Anna se preocupó por las consecuencias. Podría decirle a su padre que había ido a un parque con un papá y una niña. ¿Qué había de malo?

—¿Y cuándo dejaste de jugar?

—Hace *deux années*. —Y tragó un bocado. Después se rio.

En ocasiones ocurría que se reía después de haber llegado al orgasmo, lo cual asombraba a Anna, pues en ella la sensación estaba más cerca del llanto que de la alegría, como un dolor que se libera; para él, en cambio, debía de ser todo lo contrario. Pero esa risa era distinta y ella se sintió cohibida. Se acercó a él.

—¿Por qué te ríes? Estás convencido de que sé quién eres, ¿verdad? Pues no sé nada de fútbol. No sé quién eres, no lo sé, de veras...

—Pues claro, no importa —contestó él.

—¿Quién eres? —le preguntó, con un punto de coqueteo, inclinando la cabeza. De eso sí debería preocuparse.

Galy dijo:

—¡Papá!

—Sí, este es tu papá, lo sé...

—Papá...

—¿Sí, *ma chérie*?

—Quiero irme *à la maison*...

—Sí, ahora...

—¿Eres famoso? —Anna ignoró a Galy, igual que había hecho Xavier.

Él juntó los dedos a la altura de sus ojos: un poquito.

—¡Madre mía —exclamó—, eres famosísimo!

El asunto los hizo reír a ambos, se dejaron llevar por la hilaridad, tal vez porque estaban fuera del piso: el sol, el aire, el banco, la ropa y los niños, todo era nuevo para ellos.

—Dime cómo te apellidas.

—Papá —los interrumpió Galy.

—Sí, *chérie*, dime.

—¡Vamos *à la maison*!

—Venga, dímelo, por favor, por favor, por favor —lo apremió Anna.

—¿Y qué me das?

Anna le susurró algo al oído. Gabriele la miró con los ojos muy abiertos. Estaban todos muy cerca: un solo cuadrado de parque los contenía.

—¡Ah, no! Quiero más.

—¿Más? —De tanto reír le entró hipo.

—¡Papá!

—Ay, Galy, ¿qué pasa?

La niña tenía los leotardos mojados, se había hecho pipí encima.

Se levantaron a la vez y él cogió a su hija de la mano. Anna y Gabriele los siguieron. Anna pensó que tal vez Galy era sorda. Se le había pasado por la cabeza cuando su padre la había llamado, y también al observar a la niña cuando se dirigía a sus interlocutores. Miraba los labios. Aunque Xavier también lo hacía con ella, le miraba la boca y después se la comía, succionándole el labio inferior hasta consumirlo.

Cuando estuvieron delante del colegio, Xavier arrastró a Galy hasta el coche de Anna, donde esperaron a que fijara a Gabriele en la sillita. A continuación ella se dirigió a la puerta y él se acercó, apoyó el pubis contra el suyo, se tambalearon. Reían y hablaban como si estuvieran borrachos.

—¡Dime tu apellido! —Anna insistía.

—¿Tú qué me das?

—Lo que quieras —concedió ella.

—¿Estás segura?

—Sí...

—Júralo. —Se llevó la mano al pecho.

—Lo juro.

—Mourchou.

Anna no le quitó los ojos de encima hasta que desapareció en el portal con su hija. Gabriele se quedó dormido enseguida, ella puso la radio y el coche se llenó con una cancioncilla pop con un estribillo fácil que entraba por los oídos y bajaba a la garganta como un cubito de hielo. Intentó cantarla y lo consiguió. No había tráfico.

—Mourchou. —Lo dijo en voz alta—. Mourchou.

Aparcó frente a su casa y cogió a Gabriele en brazos, con la cabeza en el hueco del hombro y las piernas a horcajadas. Subió y giró la llave en la cerradura.

Cora apareció desde la cocina.

—Señora, ¿dónde estaba?

—¡Chisss! —susurró Anna. Atravesó el salón y llevó a Gabriele a su cuarto, lo tendió junto a Natalia y le quitó la chaqueta. Era el sueño de los ángeles.

La mujer la esperaba en la puerta, ya se había puesto el abrigo.

—Señora, ¿dónde se había metido? La he llamado muchas veces...

Se le había olvidado. No se había acordado de nada: ni de ella, ni de Natalia ni de que debía regresar a la una y cuarto.

—Se me ha hecho tarde, Cora, he tenido un contratiempo...

—Señora, ¿por qué no me ha avisado? —Tenía los brazos en las caderas, el cuello estirado como el de un avestruz.

Atacó para no disculparse.

—No he podido, Cora. ¿Por qué te pones así?

—¡Porque eso no se hace! —dijo la mujer—. ¡Señora, no se hace!

—¡Pues mira, yo lo he hecho! —Se volvió y se dirigió a su dormitorio. Solo oyó la puerta al cerrarse. Nunca había pasado, pero por una vez podía suceder, ¿no?

Se quitó los zapatos y con el abrigo puesto se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama, cogió el teléfono y escribió «Xavier Mourchou». El nombre remitía a un administrativo, a un dentista, incluso a un concejal. ¿Futbolista? No. Ninguno tenía su cara. Xavier no existía en Facebook, no tenía perfil en Instagram, ni siquiera estaba en LinkedIn.

Anna se dejó caer en la cama. Le había tomado el pelo y ella había caído de lleno en la trampa. Se echó a reír, como un rato antes en el parque, con el mismo ímpetu.

Se había sentido bien. Le habría gustado volver a verlo fuera del piso; en un restaurante, tal vez, con las luces bajas, el olor a brasa, el tintineo de los cubiertos y una buena botella de tinto. Inspiró y se puso bocabajo, se quitó el abrigo, deslizó los dedos debajo del pantalón. Seguidamente los apartó. Se incorporó y escribió el nombre al revés: «Mourchou Xavier». Nada, así tampoco. Escribió su propio nombre: tal vez él también la estaba buscando. ¿Le había dicho su apellido? Sí. En la web ella era la esposa del doctor Bernabei y siempre aparecía en actos sociales: una subasta benéfica, el Club de Caza, la fiesta de Nochevieja. Excepto en una imagen, en la que había quedado bien, y se acordó del vestido de color ocre que llevaba, bordado con motivos de pavo real. ¿Dónde estaba? Tenía que buscarlo, ahora que había adelgazado le quedaría como un guante. Fue pasando las imágenes y vio una foto de Guido (posaba como un divo hollywoodiense), y después de su padre y de la clínica. En una instantánea, Attilio estaba junto a una hermosa mujer rubia, muy elegante. Esa foto tendría por lo menos veinte años. ¿Cómo podía estar en la red? Lo más curioso era que a continuación había otra: Attilio con Maria Sole. Él estaba en la misma posición que en la imagen anterior. Parecía un fotomontaje; el mismo hombre, unas décadas después. Encontró una foto de su marido que nunca había visto. Clicó encima. Se abrieron más ventanas. Leyó: «Abril 2018. Chicago. Congreso de Cirugía Estética. El doctor Guido Bernabei y Maria Sole Meli». Maria Sole llevaba el pelo liso como una tabla, en un tono más oscuro. Sujetaba un bolso de mano dorado y llevaba las uñas

pintadas de rojo. Miraba a la cámara, segura de sí misma. Agresiva. Estaba todavía más delgada que entonces, si cabía. ¿Cuánto tiempo hacía que Guido y ella se conocían?

Anna se levantó, fue a la cocina y puso agua a hervir. Se le había vuelto a meter el frío en los huesos. Se quedó contemplando el cielo vacío y celeste. Una idea le rondaba por la cabeza, pero no sabía qué era. Estaban Xavier y sus acrobacias con la pelota y Maria Sole besando a su hija en la boca: esos dos cuerpos en movimiento se hallaban con ella en la cocina, como fantasmas elásticos, mientras el agua se encrespaba en el cazo. Apagó el fuego, cogió el teléfono y abrió Instagram utilizando la cuenta de la tienda de su amiga; buscó a Guido, pero no estaba, entonces buscó a Maria Sole: las imágenes que tenían relación con ella eran como mucho treinta. Anna las fue mirando rápidamente. Eran fotos bastante convencionales, en sepia o en blanco y negro, y también polarizadas. Ella en bikini en una playa tropical, ella junto a un majestuoso árbol de Navidad, ella y sus gatos, sus gatos, una foto de sus pies con mocasines Gucci: #shoesaddict #shoes #guccishoes. Imágenes de una puesta de sol, el perfil de la ciudad a contraluz, una naranja en el cielo color petróleo y una frase: «Protégeme de lo que deseo». Tomate, mozzarella y albahaca enfocados desde arriba, en una composición al estilo de un libro de recetas (una porción ridícula). Otra frase: «“Hay días en los que me siento una diosa, otros, una niña alocada y otros frágil y deshecha. Casi todos soy una mezcla de los tres, pero todos, sin excepción, miro hacia delante.” S. C. Lourie». Sus ojos apareciendo detrás de la portada de un libro desconocido: #book #booklover #life. Un bolso Prada envuelto en una gasa de color rosado (tal vez de un escaparate): #Prada #bag #Pradabag #desire. La foto de Chicago con Guido: #work #lovemywork. Excepto en esta última imagen, siempre salía sola. Sus *likes* oscilaban entre los quince y los veinticinco; tenía 74 seguidores y seguía a 2506 perfiles.

Sumergió la bolsita de té en el agua y se sentó en el borde de la silla. Tenía los pies helados. Empezó desde el principio: la cuenta había sido creada hacía trece meses, Maria Sole subía una media de dos fotos al mes; seguía a actores, famosos, cantantes, gente del mundo del deporte, modelos y marcas, entre las que estaban Chanel, Missoni, Yves Saint Laurent, Ralph Lauren y Balenciaga. Las modelos estaban todas delgadas. Eran andróginas, evanescentes. Líneas de piel de las que sobresalían ojos grandes —azules u oscuros— resaltados con lápiz o con rímel negro noche. Abdómenes huecos, brazos y piernas que mostraban huesos protuberantes.

—Mamá... —La voz de Natalia llegó a la cocina.

Anna cerró Instagram y fue corriendo a su habitación. Tal vez no fuera la primera vez que la llamaba, al ir a buscarla notó que tiraban de ella. La niña había despertado a Gabriele, miraba a su alrededor a través de las barras de la cuna, con los ojos perdidos como los de los ciegos. Anna echó un vistazo al reloj: iban con retraso, tenían que apresurarse para ir a la piscina.

—Bueno, chicos, ahora mamá se dará prisa y todo irá bien. Lo conseguiremos, seguro que logramos llegar a tiempo.

Cora había dejado preparada la bolsa de natación. La merienda, en la nevera, también estaba lista: un plátano cortado a rodajas y una manzana. Para Anna la fruta era importante. Le cambió los pañales a Natalia y los abrigó como a dos esquimales.

Metió a la pequeña en el cuco y acomodó a Gabriele en el asiento de atrás. Mientras conducía canturreó el estribillo que se le había quedado en la cabeza, y los niños observaban la calle sin rechistar. Le pareció que el miedo que antes sentía ya no tenía rostro. Llegó al club, entró en los vestuarios y lo hizo todo deprisa. Ninguno se quejó, entre ellos vibraba una armonía luminosa. Allí dentro se estaba caliente, Anna enseguida se sintió bien. Los acompañó a la piscina y los dejó con Manuela, la monitora, una mujer imponente que siempre llevaba un bañador hasta la rodilla. Aupaba a los niños, se los ponía delante de la cara, les soplaba una descarga de aire en el rostro y los pequeños aguantaban la respiración; después, con la pericia de una malabarista, los sumergía en el agua durante cuatro o cinco segundos, y los hacía emerger. Sonrientes y desorientados.

Anna los observó un instante más, luego se situó en una grada, cogió el teléfono y entró de nuevo en Instagram, mientras se desabrochaba los botones de arriba de la blusa. Se dio cuenta de que se le había escapado algo: en la foto junto al árbol de Navidad, Maria Sole llevaba un pantalón turco, cómodo, de color gris; Anna también tenía uno, pero a ella le quedaba muy distinto. La delgadez de Maria Sole hacía resaltar la ropa. Anna recordaba que lo compró en COS, en Londres, después de que naciera Natalia; ese día Guido estaba con ella. ¿Noviembre de 2018? Le dijo: «Cariño, pareces un payaso». La frase la hirió.

Continuó pasando fotos, agrandó un par, estudiando los detalles: Maria Sole solía llevar una cadenita de oro con una estrellita en el centro. Anna se puso a hurgar entre sus seguidores, para ver si conocía a alguno. Leyó los nombres, miró las fotos de los perfiles, no tenía ni idea de quiénes eran. Había una tal Babette que puntualmente le dejaba algún comentario; más que comentarios, eran corazones, caritas, animalitos (la cabeza de un lobo). La

foto de perfil de Babette era una Barbie sin ojos posando delante de un fondo espacial. Horrorosa. Aun así, Anna entró en su perfil. No encontró ni una foto suya. En la frase de la cabecera solo ponía: #bodylove. Babette había subido centenares de imágenes de cuadros de Egon Schiele y Roland Topor, dibujos preparatorios, bocetos. Representaban cuerpos. Cuerpos delgados, maltratados, tristes. Pero también opulentos, flácidos, desagradables. Encandilaban por su esencia infinitamente lóbrega y desesperada. Los rostros no se veían nunca, porque o bien estaban vueltos o bien tenían franjas negras que los ocultaban; a algunos les habían quitado los ojos con Photoshop.

Escondió por un momento el móvil entre las rodillas, no quería que la vieran dos madres que se habían sentado cerca de ella. Volvió a mirar hacia la piscina: los ojos se le llenaron de otros cuerpos, minúsculos y cándidos, que alborotaban en el agua azul cargada de cloro. Contempló las cuatro inmensas cristaleras que rodeaban la piscina: quizá fuera la primera vez que se fijaba en el bosque de árboles de tronco largo y follaje ancho del exterior, a través del que se filtraba una luz dulce y dorada. Ese lugar le pareció maravilloso.

Bajó de nuevo la cabeza hacia el perfil de Babette y pensó que no había nada artístico en esas fotos, sino más bien algo perverso y enfermizo: las imágenes que más la incomodaban mostraban a mujeres muy gordas, una exaltación insensata de la grasa. Después vio la figura de una mujer delgadísima en pose de quitarse la camiseta, el rostro cubierto por el gesto, el cuello apenas visible, los senos minúsculos, las caderas muy estrechas, el sexo como una ranura, los muslos demacrados. Un rizo rubio le caía sobre la clavícula. La cicatriz en la tiroides. La cadenita con la estrella. Las pulseras de oro que llegaban casi hasta el codo. El pie de foto rezaba: #girlinlove; había recibido 1608 *likes*. Estaba fechada el 28 de diciembre de 2018: una semana después de la foto junto al árbol de Navidad, en la que Maria Sole llevaba el pantalón turco.

Anna prosiguió, adelante y atrás, buscando esa vez una cicatriz en la tiroides, una estrella. Encontró seis imágenes, con el cuerpo desnudo y el rostro cubierto. Después otras dos que se remontaban a un año antes, en las que Maria Sole estaba embarazada (más o menos en el sexto mes). Su cuerpo era precioso, había mantenido la delgadez, la tripa sobresalía perfecta y los senos habían aumentado de tamaño, con las areolas más oscuras. La piel, untada de aceite, brillaba. Aparecía de pie, con las manos al lado de las caderas, firme como un soldadito. En la segunda, en cambio, estaba tumbada y acurrucada en posición fetal.

—Disculpe...

—¿Sí? —Anna metió el móvil en el bolso.

Una mujer con los ojos claros le dijo:

—Me parece que se ha acabado la clase...

—Oh, madre mía, gracias. —Apartó la mirada y vio a Gabriele en el borde de la piscina con el albornoz anudado y el gorro sobre los ojos. Anna bajó de la grada y caminó a pequeños pasos, con los pies forrados con los patucos de plástico.

Maria Sole era madre, seguro. Por ese motivo estaba ese día en el parque. Pero ¿por qué lo había negado? ¿No se acordaba? Estaba claro que tenía una aventura con Guido. Anna la recordó jugando con Gabriele y Natalia en el jardín de Villa Sant’Orsola y le pareció que su comportamiento, por extravagante que pareciera, era el de una madre. Tenía buena mano con los niños.

Llevó a sus hijos al vestuario de mujeres y los metió debajo de la ducha. Natalia daba palmas, Gabriele estaba inmóvil, con los brazos a los costados. Anna odiaba ese momento: ducharlos, secarlos, vestirlos. Vio a una chica atlética en la ducha, con una carpa tatuada en el brazo, untarse los pechos con una crema verde, algún tipo de fango. También había una señora mayor desnuda con calcetines. Sintió náuseas.

Se puso delante de su hijo, agachada sobre los talones.

—¿Gabri? —Él ni siquiera levantó la mirada—. Gabri, tienes que enjabonarte. Acércate, que te ayudo. —El niño dio un paso hacia ella, los ojos corrían por los regueros de agua que desaparecían por el sumidero. Anna le pasó el jabón por detrás de las orejas, entre las nalgas.

—Gabri, ¿tú te acuerdas de Maria Sole, la que trabaja en la clínica? —Él daba vueltas sobre sí mismo, salpicaba, se divertía—. Gabri, estate quieto. —Lo cogió dulcemente por las muñecas—. Maria Sole, ¿te acuerdas de ella?

—Sí...

—¿Ella también es mamá?

Gabriele se encogió de hombros, como si no la entendiera. Claro, ¿qué pregunta era esa? ¿Qué le importaba si Maria Sole tenía un hijo? Aunque, en cierto modo, ¿la presencia de otro niño debería haberla tranquilizado? Una mujer con un hijo pequeño no deseaba tener otro enseguida. ¿Era eso lo que la asustaba, que Guido formara una nueva familia?

Anna le dio la vuelta a Gabriele y le frotó la espalda con el jabón, se acercó y lo abrazó, la camisa mojada le oprimió la espalda.

—Gabri, ¿me oyes?

—Sí, mamá.

—¿Habéis estado alguna vez con Maria Sole sin papá?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Es una pregunta fácil, Gabri, piénsalo.

Natalia permanecía a cuatro patas debajo del chorro de agua, inmóvil, como un cachorrito.

—Nati, levántate —le dijo. La niña obedeció al instante; Anna cogió la toalla, la envolvió en ella y le frotó la cabeza.

»Gabri, por favor, ¿me puedes contestar? ¿Habéis estado alguna vez con Maria Sole sin papá?

Gabriele la miró a los ojos y, con la voz dura y clara de un adulto, gritó:

—¡No lo sé, mamá!

Después del pícnic, Xavier la invitó a comer. El viernes siguiente. Anna se organizaría con Attilio, le pediría que fuera a recoger a Gabriele, pero no se planteó ni por un instante quién iría a recoger a Galy. Empezó a preguntárselo mientras tenía las palmas de las manos apoyadas en la resina color crema que revestía la ducha de Xavier, con el agua hirviendo, los poros de la piel dilatados, y él la sujetaba por las caderas: adelante y atrás. Habían empezado a hacer pequeñas variaciones del tema, salieron de la cama, los cuerpos desnudos recorrieron todas las habitaciones de la casa; un día se intercambiaron la ropa y los papeles; otro, hicieron ver que acababan de conocerse en el salón: la sala de espera de un dentista. La ducha la propuso ella, después de que esa mañana se hubieran quedado dormidos entre las sábanas nada más hacer el amor.

Anna tuvo un sueño: le sucedía en raras ocasiones. Caminaba por el borde de una carretera de campo, a su alrededor había plantaciones de cereales mecidos por el viento, las nubes bajas amenazaban tormenta y, aun así, había un sol redondo y dominante. De repente llegaba un camión por su espalda, ella no lo veía, aunque sabía perfectamente que era grande, rápido y que estaba a punto de arrollarla, pero Anna seguía andando sin volverse, con el corazón ligero, como si el miedo no existiera.

Se lo contó a Xavier mientras la envolvía en un albornoz (¿el de Maya?) y él sonrió decretando que el sueño no podía haberla asustado porque estaban durmiendo juntos. Si hubiese estado en su cama, se habría muerto de miedo. Xavier era distinto, no solo de Guido, sino de cualquier otro hombre que hubiera conocido; tenía algo dócil y romántico, como un personaje de una novela del siglo XIX. Contarle el sueño había sido un acto de apertura, un acceso, aunque fuera encriptado, a su intimidad.

—¿Dónde está Maya? —le preguntó.

—*Eh bien...* Está con Galy en París para unas pruebas médicas.

—¿No tenéis a nadie que pueda hacérselas aquí?

—Maya *préfère* París.

—¿Y por qué no has ido tú también?

Xavier sonrió; le cerró el albornoz en el pecho y la rodeó con los brazos. Respondió con el cuerpo. Anna sintió en ese abrazo un calor especial, un luminoso futuro. Salieron del baño y lo liberaron del vapor, caminaron hacia el salón y Anna se acercó a la ventana para echar un vistazo a la clase de su hijo, con cuidado de no dejarse ver, como si el papel de madre y el de amante fueran irreconciliables. Gabriele dibujaba con la cabeza apoyada en un codo mientras la maestra estaba a su lado, de pie, observando a unos niños que entraban en una casita de plástico unos metros más allá.

—¿Quieres un café?

—Sí —dijo Anna, pero siguió andando hasta el dormitorio.

Quería vestirse. Se puso la ropa interior y los vaqueros, y mientras se alisaba la blusa arrugada con las manos oyó que llamaban al timbre. Instintivamente se asomó al salón, y Xavier le hizo un gesto para que guardara silencio. Ella entornó la puerta y se encogió detrás como un cangrejo ermitaño.

—¿Sí?

—Buenas, soy la inquilina del piso de abajo... Se me está inundando la cocina. Tienen un escape. —La voz de la mujer era sosegada y tranquila.

—*Sérieux?*

—¿Cómo, disculpe?

—¿De verdad?

—Claro, de verdad. La semana pasada ya avisé a su mujer de que había salido una mancha de humedad. Me prometió que lo haría examinar por un fontanero, que llamaría al propietario... ¿No le ha dicho nada?

—No...

—¿Quiere bajar un momento? Le enseñaré por dónde pierde.

—Claro... *Cinq minutes*.

—Está bien, lo espero abajo.

Xavier cerró la puerta, se reunió con Anna en el dormitorio y se quitó el albornoz, dejándolo caer al suelo. Se puso el pantalón sin calzoncillos.

—*Merde* —susurró entre dientes.

A ella le hacía gracia. Era como si la larga ducha de una hora que se habían dado hubiera dejado rastro de su presencia. El amor era una huella.

—*Je le savais...*

—¿Cómo?

—Lo del piso...

—Entonces ¿Maya te había avisado?

—*Oui, oui...* —Se puso la camiseta al revés y salió de la habitación sin zapatos—. No te muevas de aquí.

Él también mentía, cómo no. Anna fue al baño y buscó un secador, abrió los cajones de debajo del lavabo; había medicamentos. Franceses. Y preservativos. Verlos la incomodó, así que cerró el cajón instintivamente. No quería saber nada de ellos, incluso le molestaba la pequeña fotografía de la mesita, en la que Xavier y Maya sonreían al objetivo con Galy. La niña debía de tener un mes, estaba en brazos de su madre mientras él la cogía por el hombro. Anna tenía una foto idéntica, todas las parejas tienen una. La primera instantánea que atestigua el nacimiento de la familia. Con los ojos ofuscados por el cansancio y, aun así, orgullosos. Como si siempre envolviera la imagen la misma aureola.

Encontró un secador en un cesto lleno de cepillos y gomas, se secó el pelo cabeza abajo, con los ojos cerrados. Fue a la cocina a hacer café. Primero lo buscó en la nevera, pero no estaba, así que abrió un armario; estaba lleno de alimentos para celíacos: galletas, pasta, tortitas, palitos. La casa hablaba, seguía escupiendo costumbres, contando sus cosas. Anna tenía la sensación de profanar un espacio que no era el suyo. Sirvió café en la taza y se acercó a la ventana. Vio a Gabriele al fondo de la clase, ya solo quedaban él y otro niño, un mulato llamado Louis. Las madres estaban en el pasillo abrigando a los pequeños. Miró el reloj: eran las 13.15. Attilio llegaba tarde. Fue a la habitación y cogió el bolso. Lo llamó, pero no contestó. Permaneció allí, en la esquina de la ventana como un francotirador, observando el pasillo, la puerta de la calle, el aparcamiento. Vio a la madre de Louis bajar del coche y correr, una jamaicana que siempre llevaba amplios vestidos de batik de colores chillones.

Miró de nuevo a Gabriele, que estaba metiendo los juguetes en una cesta al lado de la maestra. Decidió ir, tal vez su padre se hubiera olvidado; aunque no era su estilo, siempre se podía contar con él, era como un reloj suizo. Se movió y vio que, en doble fila, casi delante del colegio, había un coche azul, un monovolumen familiar. Al volante iba Maria Sole y, a su lado, Attilio. Anna dio un paso atrás y siguió observando; ella tenía las manos en el cambio de marchas, los ojos fijos en la calle, y hablaba.

La madre de Louis, mientras tanto, había recogido a su hijo; la maestra estaba dándole una manzana a Gabriele. Attilio continuaba inmóvil en el

coche mientras Maria Sole seguía hablando. Gesticulaba y había llegado a coger el volante para luego soltarlo en dos ocasiones.

Anna volvió a llamar a Attilio, pero él no hizo ni un amago de coger el teléfono, seguía prestando atención a la rubia, hasta que se inclinó hacia ella e intentó acariciarla. La chica apartó la cara como si quisiera esquivarlo, y la cabeza le rebotó hacia atrás.

Attilio bajó del coche y ella arrancó rápidamente. Su padre se quedó parado casi durante todo un minuto, con las manos en las caderas y los ojos escrutando el coche hasta el final de la calle. Después entró despacio en el colegio y subió la escalera sosteniéndose en el pasamanos.

El teléfono de Anna sonó, era un número desconocido.

—¿Diga?

—Anna, buenos días, soy la maestra de Gabriele. —Estaba de pie, ella también asomada a la calle, mientras su hijo, a su lado, curioseaba el mundo.

—Lo sé, es mi padre, está a punto de llegar, solo un minuto. —Lo vio subir los últimos peldaños—. Perdona, es que llega con retraso.

—No hay problema —contestó la maestra mientras Attilio abría la puerta del centro—. Oh, aquí está, ya ha llegado. —Volvió la cabeza al tiempo que Gabriele se encaminaba tranquilamente hacia su abuelo.

—Disculpe de nuevo —dijo Anna en voz baja.

—Adiós.

Lo vio saludar a la mujer y darle un beso apresurado a Gabriele. En el pasillo le dio el anorak sin ayudarlo a ponérselo, y luego la bufanda. A Anna le sorprendió que su hijo fuera capaz de vestirse solo, aunque fuera de manera desmañada. Pensó que Attilio ya había hecho lo mismo con ella, incluso cuando era muy pequeña nunca la había ayudado a vestirse; para él la autonomía de un individuo era esencial.

Bajaron la escalera despacio, el abuelo delante; Gabriele era paciente, acompañaba sus pasos lentos. Los niños siempre saben cómo relacionarse, conocen los límites de los adultos: tienen el olfato de los animales. Cuando estuvieron en la calle, Attilio miró a su alrededor, primero a la derecha, después a la izquierda, como si no supiera hacia dónde ir. Entonces Anna intentó llamarlo de nuevo. Esta vez contestó.

—¿Papá?

—Cariño, perdona, ahora he visto las llamadas.

—¿Dónde estás?

—Llegando a casa, con Gabriele. —No era del todo mentira, Attilio vivía a cinco minutos del colegio—. Estamos dando un paseo.

—Hace mucho frío.

—El frío tonifica el espíritu.

—Sí, ya...

—Hace sol, Anna.

Un sol alto y redondo como en su sueño, una pelota de tenis incandescente.

Pero Attilio se encaminó hacia la dirección opuesta, no iba a su casa.

—A lo mejor nos tomamos un plato de pasta en el restaurante de Alfredo.

—¿A lo mejor?

—Pues claro, cariño, quédate tranquila. —Colgó y se puso en marcha con su nieto, al que hacía llevar la fiambarrera del tentempié.

Anna observó cómo se alejaban y se preguntó por qué su padre habría ido acompañado de Maria Sole, y por qué le había parecido tan airada y él tan paternal y cariñoso. Tal vez al salir de la clínica le pidió que lo llevara, seguramente fue así. Y, sin embargo, parecía que entre ellos había una intimidad excesiva, un traspaso de los límites.

—¡Inundamos la *maison*! —Xavier la sorprendió, había regresado descalzo y la apartó de sus conjeturas.

Ella se llevó las manos al pecho.

—¡Me has asustado!

—¡Todo está mojado! —Llevaba los pantalones enrollados hasta las rodillas y el pelo todavía empapado, gruesos rizos le caían sobre el rostro. Sonreía, sonreía siempre, poseía el don de la alegría, la ligereza de quien acepta lo imprevisto con los brazos abiertos. El hecho de que fuera extranjero era una cortina de humo, Anna tenía menos referentes para situarlo, pero sentía perfectamente que Xavier era transparente. Transparente y sincero.

—¡Hay un centímetro de agua, *incroyable*!

—Menudo desastre —comentó Anna.

Se acercó a ella y se frotó la cara en su hombro como si fuera un gato.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada, ¿por qué?

—Cierra los ojos.

Anna lo obedeció mientras Xavier le ponía las manos en los hombros.

—*Pense à quelque chose d'agréable.*

—No te entiendo.

—Piensa en algo bonito... Pide un deseo...

Attilio le había dicho lo mismo en una ocasión, la única vez que, con nueve años, la operaron de apendicitis. Le había explicado la importancia de

dormirse guardando un pensamiento bonito hasta despertar. Después la había dejado en el quirófano. Cuántas veces se lo habría dicho a sus pacientes.

Fue a él a quien vio con los ojos cerrados, no por tratarse de su pensamiento positivo, sino porque la imagen de su padre con Maria Sole se le había clavado en la mente, como una incógnita, una pregunta sin respuesta.

—Ahora abre.

Anna lo miró, con la cabeza inclinada, la boca marcada en los lados por una arruga profunda.

—*Ma mère* dice que si con los ojos cerrados la *réalité* coincide con los abiertos...

—¿Qué?

—... eso es la felicidad.

—Tu italiano va mejorando.

—*Oui*...

Ella lo acarició, le arregló los rizos mojados.

—Ahora tengo que irme. —Besó su boca. Cogió el abrigo y la bufanda, recogió el bolso del suelo. Miró por la ventana una vez más. Había empezado a lloviznar, el colegio estaba vacío, la calle, desierta.

—Yo te veo con los ojos cerrados.

—Yo también —le contestó Anna dándole la espalda.

Mentir era ya como respirar.

Los niños se quedaron dormidos en el asiento posterior, con la cabeza reclinada bajo las ventanillas. El coche circulaba junto al río, el viento había barrido las nubes, el cielo estaba despejado, y las calles, invadidas de cúmulos de hojas secas.

Enfrente de la casa de Attilio, apagó el motor y llamó a Guido. Habían quedado para que pareciera que llegaban juntos.

—¿Dónde estás?

—Aquí, al lado del portal.

Anna levantó los ojos y lo vio ir a su encuentro. Bajó del vehículo.

Desde que no vivían juntos, cada vez que coincidía con él notaba una sensación benévola que contrastaba con el sentimiento de disgusto que tenía cuando pensaba en él con Maria Sole. La distancia lo había vuelto de nuevo interesante. Cuando se encontraban, Guido era formal pero, al mismo tiempo, amable, solícito. Con pequeños detalles que antes habían desaparecido con el tiempo, atenciones insignificantes que la complacían. Era esa manera suya de saber comportarse en todo momento, incluso en esas circunstancias, durante esa separación fluida que no tenía nada de definitiva; a pesar de haberse ido, seguía estando presente y era atento con los niños. Algo que Anna nunca se habría esperado. Llamaba todas las noches a las ocho, se quedaba más de media hora pegado a la pantalla del móvil (se veían por FaceTime: sus hijos necesitaban un rostro de referencia), mientras ellos jugaban en la habitación a veces sin dedicarle ni un poco de atención. Pero él permanecía allí, con su presencia sólida, las palabras cayendo en el vacío. «¿Qué haces, Gabri? ¿Qué has comido? Mmm, qué rico». Hacía muecas. Cantaba canciones. Buscaba el contacto. Natalia lo echaba de menos. Se acercaba a menudo a su madre y le preguntaba: «¿Papá?». Lo echaba más de menos de lo que Anna se habría imaginado.

Guido la besó en la mejilla.

—Se han dormido.

—Sí.

—Mejor. Así no corremos el riesgo de que le cuenten algo a tu padre.

—Antes o después se lo tendremos que decir.

—Sí, pero mejor que evitemos que se entere por boca de Gabriele.

—¿Y cuándo se lo diremos? —preguntó Anna.

—Pronto. Esta noche, no.

—¿Por qué no?

—Porque no. —Guido fue categórico.

En cambio, a Anna le habría gustado contárselo, pero sin que la situación pareciera definitiva; usarían la palabra *pausa*, o mejor, *una pequeña pausa*. Su padre no haría preguntas, siempre era muy discreto y formal. Se iría acostumbrando a la idea, como estaban haciendo todos, al fin y al cabo.

Cogieron a los niños en brazos, ella a Natalia y él a Gabriele, siguiendo un esquema prefijado. En el ascensor se miraron a los ojos, el uno frente al otro, sus hijos de espaldas. Guido tenía un aire decidido que le quitó las palabras de la boca, sus intenciones.

No les dio tiempo ni de tocar el timbre antes de que Ines, la asistente de su padre, abriera la puerta, como si hubiera estado ahí detrás esperándolos. Los saludó y los guio hacia el dormitorio que había sido de Anna. Mientras tendían a los pequeños en la cama y les quitaban los abrigos, Guido seguía mirándola, como si quisiera decirle algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna.

—Nada.

—¿De verdad?

Él sonrió. Una sonrisa que tenía algo enigmático. La primera vez que Guido la miró así había sido precisamente en aquella casa, en el salón. Cuando empezaron a salir Anna sentía una complicidad que, inevitablemente, excluía a Attilio; después, con el paso del tiempo que duró su noviazgo, la complicidad pasó a ser una cuestión entre los dos hombres. Los tres juntos formaban como un triángulo, y ella desde muy pronto se había sentido en la punta, mientras que ellos estaban en la base, en la misma línea. En ese momento, mientras fingían que su matrimonio todavía podía sostenerse en pie, advirtió que de repente, en la cúspide, estaba de nuevo su padre.

En la mesa del comedor habían dispuesto dos viejos candelabros que Anna hacía mil años que no veía. Attilio estaba de pie junto a la ventana, por la que miraba con los brazos cruzados detrás de la espalda. Parecía que ni siquiera se había percatado de su llegada.

—Papá —lo llamó ella.

Attilio se volvió, con el rostro impasible.

—¿Y los niños?

—Se han quedado dormidos. Nos tomamos una copa de vino y después los despertamos, ¿de acuerdo?

—Mejor, que duerman.

Attilio se recostó en la silla. A Anna le sorprendió su respuesta.

La cena, que se celebraba una vez al mes, seguía un orden ritual: emotivo y práctico. Comían enseguida, siempre el mismo menú, después su padre se dedicaba en cuerpo y alma a sus nietos, como si fuera un ejercicio gimnástico, durante unos diez minutos; les daba un regalito a cada uno y les hacía el truco de quitarse el pulgar. A Gabriele le volvía loco cada vez que lo veía. En ese momento se retiraba al estudio, fumaba en pipa y Guido lo seguía. Anna se quedaba en la alfombra con sus hijos.

—¿Y bien? —dijo Attilio dirigiéndose a su yerno.

—Todo en orden —contestó él. Se sentó a la mesa y se extendió la servilleta sobre las rodillas—. ¿Cenamos?

Ines entró en el comedor con una sopera, la colocó en la mesa y levantó la tapa. El aroma del caldo invadió la sala; era un olor antiguo y tranquilizador. Attilio se sentó con esfuerzo, puso los codos encima de la mesa y Anna sirvió los *tortellini*.

—¿Qué me dices de la señora Patriarca? —Attilio estaba agresivo, severo.

—Operación exitosa.

—Eso no lo dudo. ¿Qué me dices de lo demás?

—Ya hablaremos de eso mañana, no aburramos a Anna con nuestros quebraderos de cabeza.

—Habla ahora.

—No es necesario —rebatía Guido, y buscó los ojos de Anna.

Ella intentaba adivinar el motivo de esa tensión, sus gestos eran controlados.

—¡En mi opinión, Sonia Patriarca es una denuncia asegurada! —Attilio separó los dedos sobre el mantel. Temblaba.

Guido se llevó una cucharada de sopa a la boca, la sopló sin lograr saborearla.

—Nada de eso, Attilio. Intenta no perder el control...

—¡Aquí no se trata de perder el control, sino la cara y el nombre! ¿Crees que puedes manipularlas a todas?

«Manipular». A Anna el término la desconcertó.

—No es una cuestión de manip... —intentó objetar Guido.

—¡Se trata exactamente de eso! —lo interrumpió Attilio—. ¿Quieres convencer a todas esas mujeres de que un rechazo de las prótesis forma parte del postoperatorio?

—Tres. Hablamos de tres mujeres. Y son clientas habituales, confían en mí.

—Ah, sí, claro. Confían en ti y en mí no...

—No he dicho eso. —Guido deglutió el caldo con una mueca—. ¿He dicho eso? —preguntó dirigiéndose a Anna que, inmóvil, intentaba unir las piezas de la conversación.

Sabía que no le estaba permitido hacer preguntas ni pedir aclaraciones.

—Tres mujeres en dos semanas... ¡Eso significa al menos diez en dos meses! —rugió Attilio.

—No tiene por qué —replicó Guido—. Eres exageradamente pesimista.

—Llevo cuarenta años en este oficio, querido doctor Bernabei.

—Ya, y en cuarenta años no has aprendido estadística. —Guido siguió tomándose la sopa con una calma absoluta.

Attilio suspiró.

—Guido, esto no es una guerra entre tú y yo, intenta entenderlo. Esa actitud positiva que muestras... Quien siembra vientos, recoge tempestades, es inevitable...

—No estoy de acuerdo. Es un problema de calendario. ¿Sabes cuántas hemos implantado? Yo te lo diré: treinta y seis. Probablemente las siete últimas no den problemas, son de la partida de 2015, de modo que sin duda no se deteriorarán. Si las complicaciones volvieran a presentarse, y te doy la razón en eso, puede ocurrir, hay que esperar que sea de manera escalonada. Aunque fueran veintinueve las operaciones que hubiera que hacer de nuevo, en un año es factible. Pero debemos mantener la calma, dar una imagen de tranquilidad. La clientela es selecta, nosotros somos la excelencia, recuérdalo. Y la excelencia no se pone en entredicho.

Attilio cogió un pedazo de pan, lo estrujó entre los dedos y, a continuación, lo tiró a la mesa. Ines se acercó para retirar los cuencos, buscando con la mirada a Anna, que asintió. Cuando hubo terminado, Attilio se inclinó hacia su yerno y le dijo:

—Te has pasado, has implantado demasiadas... Se trata de una operación que debe hacerse con tiempo. Te has arriesgado. Y, a propósito de estadísticas, ¿a cuánto ascendía el riesgo de sufrir una infección? Al quince por ciento, si no me equivoco.

—Ni siquiera nos hemos acercado al quince por ciento, probablemente lleguemos al seis o al siete... No más. Hemos tenido suerte, Attilio, lo reconozco. Pero no corremos peligro, asúmelo cuanto antes; si no, nos meterás en un lío.

Attilio estaba abatido, a Anna le pareció que tenía los hombros encogidos de miedo. Ella seguía sin terminar de entender la situación. Sobre todo, le parecía inexplicable la frialdad de Guido. Nunca lo había visto comportarse así con su padre. Claro que tenían una relación particular, sin duda durante esos años la confianza había crecido, y probablemente habían vivido discusiones y enfrentamientos; pero esa dureza por parte de Guido era excesiva. Y Anna se preguntó si en realidad tenía que ver con ella, si esa agresividad tan patente no iba dirigida más a su separación que al propio Attilio. Como si hubiera una especie de saña enterrada bajo esas maneras refinadas de antaño. O tal vez Guido, desde que ya no la amaba, había dejado de tener consideración por su suegro. O mucho más simple: ahora el jefe era él, había logrado su objetivo y ya no necesitaba ir con miramientos con Attilio, como hacía antes, cuando era su subordinado.

—No me hables así, no me lo merezco —dijo su padre.

«No me lo merezco». Anna no podía creer lo que estaba oyendo.

—Voy a decirte lo que pienso, Attilio. Eras del todo consciente de la situación. El jueguecito te gustaba, y bastante. Y si hablamos claro, te lavaste las manos. Por lo demás, ¿quién es el jefe? ¿Quién es el responsable actualmente? ¿Quién va a ir a la cárcel?

El viejo se puso de pie de manera repentina y violenta.

—¡Estás loco! ¡Recuerda que la clínica está mi nombre, yo soy el aval! —Apenas le salían las palabras, la nuez de Adán le subía y bajaba como si estuviese tragando continuamente.

—Papá... —Anna se levantó y se acercó a él—. Papá, cálmate —le suplicó en voz baja.

—¿Te das cuenta de lo que tiene el valor de decirme? —Attilio le apretó los dedos con un ímpetu exagerado.

—Papá... —Anna intentó llevárselo lejos de la mesa, pero él no se dejaba.

—¿Por qué debería calmarme? ¿Estás de su parte? ¿A ti también te ha manipulado?

—Pero si yo... —susurró ella.

Attilio salió dando un portazo. Los lloros de Natalia se oyeron a los pocos segundos. Anna acudió enseguida a la habitación para cogerla en brazos; Gabriele todavía estaba dormido.

Volvió con Guido, se sentó a la mesa mientras la niña, frotándose los ojos, seguía gimoteando.

—¿Qué está pasando? —Anna tenía la voz débil.

—Lo que pasa es que... —Hablabla sin dejar de masticar.

—Para de comer... No me gusta que comas en un momento como este.

Guido soltó los cubiertos y se pasó la servilleta por la boca.

—No hay ningún «momento como este». Tu padre es mayor, y como es mayor, se le va un poco la cabeza. Lo único que hay que hacer es gestionar esta situación. Me molesta que haya sacado el tema delante de ti, hay cosas que no hace falta comentar.

—¿Qué cosas?

—Nada, venga, déjalo estar...

Anna balanceaba las piernas para acunar a Natalia, pero la niña respiraba la tensión y continuaba llorando con los ojos vueltos hacia su madre.

La puerta se abrió de par en par, Attilio irrumpió jadeando.

—¿Sabes lo que pienso? Que se te ha subido a la cabeza, doctor Bernabei...

—¿Cómo? —dijo Guido levantando la voz—. Pero, Attilio, ¿de verdad crees que no sé lo que hiciste con los clavos intramedulares cuando se hacía ortopedia en Villa Sant'Orsola? No, de verdad, ¿lo dices en serio?

Las enormes cejas de Attilio se curvaron.

—Eran otros tiempos...

—Otros tiempos, pero los mismos clavos.

—¡Las prótesis ortopédicas son diferentes!

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? Me interesa oírlo.

Attilio tuvo que sujetarse, la tensión le hacía flaquear, era como un animal herido.

—Un paciente de cirugía estética es más exigente, se ofrece a la intervención espontáneamente, no quiere saber nada de complicaciones. El que se opera por un accidente, una fractura, una hernia, está dispuesto a todo. Se ve obligado a soportar el sufrimiento porque se está salvando del dolor. El dolor es un mal bicho.

Guido movió los ojos por la mesa a una velocidad impresionante. Recorrió el mantel, los candelabros, las largas velas que nadie había encendido.

—Attilio, tienes que hacer entender a estas pacientes que entraron en el quirófano de forma voluntaria, que el problema se lo han buscado ellas. De este modo tienes las de ganar, ¿comprendes?

Había cambiado el tono, de una posición de arrogancia había pasado a las explicaciones. Sus movimientos eran más lentos, su voz más prudente.

Anna se levantó, les dio la espalda a ambos e intentó acunar a Natalia sin moverse del sitio. Lo que decían era espantoso.

—Y hay que insistir en el hecho de que estaban avisadas del riesgo...

—¡Pero no es verdad! —replicó Attilio.

—¿Que no? Todas, y digo todas, conocen el riesgo de que las prótesis se encapsulen, y aun así quieren hacerlo. Punto y final. Perdona, pero ¿acaso tú no omites decirles que cuando les toque someterse a la segunda intervención para sustituir las prótesis tendrán que pagar como en la primera?

—Sí —confesó Attilio.

—¿Lo ves? Siempre es la misma canción. Attilio, mira, deja que yo me ocupe, confía en mí.

—No debería haber pasado.

—¿Nunca antes te había ocurrido nada?

—En absoluto.

—Bueno, pues esta vez ha sido distinto. Esta vez las prótesis caducadas estaban defectuosas. Tres con seguridad, ya veremos las demás... ¡Un poco de esperanza, por Dios!

—¡Has implantado demasiadas, Guido, te has pasado, y, a decir verdad, no tenías mi consentimiento!

—No lo entiendo, ¿soy el jefe o tu yerno? Te estás confundiendo con los papeles...

Habían comprado prótesis caducadas y las habían implantado. Para ahorrar, claro. ¿Cuánto? Anna estaba perpleja. Por un lado, intentaba seguir la conversación y no comprendía cómo era posible que hubieran hecho ese tipo de cosas; por el otro, sentía que había algo de fondo que se le escapaba, algo que tenía que ver con el rol de cada uno, con intenciones ocultas.

—La señora Patriarca me asusta demasiado, no me fío de esa mujer —replicó Attilio.

—¡Pero si ella no representa ningún problema! Es una de las que han defraudado al seguro... Está en manos de Maria Sole.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Es una excelente noticia —manifestó Attilio aliviado, y entonces se sentó. Parecía que Guido hubiese pronunciado las palabras mágicas. Permaneció en silencio mirando la carne, no había comido nada.

—Has de tener fe, Attilio. Confía en mí.

Anna se sentó, Natalia había vuelto a quedarse dormida entre sus brazos cansados.

—¿Habéis usado prótesis caducadas? —preguntó. No miraba a ninguno de los dos, tenía los ojos fijos en el mantel bordado.

—No lo hemos hecho a propósito... No nos dimos cuenta de que habían caducado. —Guido no se rendía.

—¿No os disteis cuenta?

—Así es, cariño...

—¿Papá?

—Deberíamos haber tenido más cuidado, sobre eso no hay nada que decir.

Anna abrazó a su hija. Sabía que no le decían toda la verdad, que hasta ese momento se estaba hablando de otra cosa, pero era infinitamente más reconfortante creerse la versión de que se trataba de un descuido.

—Cómo duerme —afirmó Attilio con un suspiro, refiriéndose a la niña—, qué suerte...

Gabriele apareció en la puerta todavía envuelto en el sueño, con el pelo en una nube descompuesta, tieso y eléctrico.

—Buenos días, campeón. —Guido se palmeó los muslos.

Natalia abrió los ojos por un momento. El niño avanzó arrastrando los pies y su peluche. Subió en brazos de su padre, que le pasó los dedos por el cabello y besó su mejilla rosada.

—¿Tienes hambre?

Gabriele asintió. Guido se acercó con la silla a la mesa, cogió el tenedor, preparó una porción de lomo asado y se la acercó a la boca simulando el vuelo de un avión. Anna advirtió que tenía un sarpullido en el cuello. Se quedó en silencio mientras el niño comía los bocados que le daba su padre, que cerró los ojos como si tuviera un tic y bostezó hasta desencajarse la mandíbula.

Attilio contemplaba a su nieto. Después, para llamar su atención, le hizo el truco del pulgar, con los dedos largos y esqueléticos. Gabriele se rio, se estiró para tocar «la magia», pero él dio un paso atrás y luego se acercó para besarle la frente. Seguidamente se dirigió a Anna:

—Buenas noches, cariño, perdona si he levantado la voz. —Le hizo un gesto a Guido, que respondió con una sonrisa de circunstancias.

Anna siguió con la mirada el paso lento de su padre mientras salía del comedor.

—¿De verdad no hay peligro? —susurró ella cuando se hubo marchado.

—En absoluto. Tu padre solo está asustado. No es nada nuevo, un tropiezo rutinario.

—Le has dicho algo muy gordo...

—¿Ah, sí? ¿El qué? Bebe un poco de agua, Gabri... —Alargó el brazo para coger el vaso, y por el puño de la camisa apareció el mismo tipo de mancha que tenía en el cuello.

—Que te ha dejado al mando porque así no se juega nada...

—¿Y qué, no es verdad? —Guido se echó a un lado y deslizó a su hijo en el sitio que había ocupado, se subió el cinturón del pantalón y se arregló la chaqueta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Anna.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Pensaba que me ayudarías a llevar a los niños a casa.

—¿Por qué no duermes aquí? Mañana por la mañana tu padre estará encantado de verte.

Gabriele había puesto los brazos encima de la mesa como si estuviera delante de un pupitre del colegio, con la cabeza reclinada y los ojos cerrados. Guido le cogió a Natalia del regazo y tiró de Gabriele que, como un sonámbulo, sin protestar, lo siguió hasta el dormitorio. Guido le quitó los leotardos a la niña y el pantalón al niño, los tumbó bajo las sábanas y los arropó. Por la ventana se filtraba una luz azul.

Se acercó en la penumbra y la besó en la comisura de la boca.

—No te preocupes, confía en mí.

Era la misma frase que había calmado a Attilio, la misma que le había dicho en esa misma habitación, cuando ella tenía miedo de que su padre los descubriese, la primera vez que la besó.

Iba de aquí para allá con los tacones, llevaba puesto el vestido azul por debajo de la rodilla, la casa retumbaba tras sus pasos cortos. Le daba miedo deslucirse. Buscaba un par de pendientes de oro con forma de serpiente mientras seguía recorriendo la casa en un estado casi hipnótico. Ya había mirado en el cuarto de baño, en la cestita del maquillaje, en el joyero del dormitorio, en la caja de las gomas y los pasadores de la habitación de los niños. Como Xavier fuera puntual...

Y fue puntual. Cuando le llegó su mensaje, Anna se apresuró a ir al dormitorio y revisó el joyero por enésima vez. Al verse reflejada en el espejo le pareció que iba demasiado arreglada. Se quitó el vestido y escogió un pantalón pitillo y camisa. Escondió los calcetines de Natalia debajo de la funda de la almohada, arregló la colcha, se puso el abrigo negro y salió.

Por primera vez desde hacía años solo estaba ella en casa. Le había insistido a Guido para que se llevara a los niños. Se presentó con media hora de retraso, Natalia lloraba y ella se puso nerviosa, pero intentó mantener a raya la contrariedad detrás de una sonrisa metafísica.

Bajó la escalera sosteniéndose en el pasamanos y con una extraña inquietud en el corazón; el tanga la estaba cortando en dos y las horquillas se le clavaban en la cabeza. En cuanto salió, vio que estaba lloviznando; los pasos todavía se acertaron más, y cuando llegó al coche le costaba respirar. Una vez dentro del coche, todo le pareció tenue y acolchado, la calefacción estaba muy alta, la música era suave.

Xavier llevaba una camisa blanca, olía a suavizante y a sándalo: estaba guapísimo. Le sonrió, esperó a que se abrochara el cinturón y arrancó.

—*Ça va?*

—Te he echado de menos —maulló Anna.

Estiró las piernas y pensó que debía tranquilizarse. Era sábado, llovía y ellos eran libres.

—¿Adónde vamos?

—A un *restaurant* muy sofisticado...

Las erres de Xavier eran un afrodisiaco. Anna reclinó la cabeza, él colocó una mano entre sus piernas y sonrió, pero cuando estuvieron delante del Bengodi volvió a sentirse tensa. Era una excelente *trattoria* en la parte alta de una calle casi desierta, había estado antes con Guido. Si por ella fuera, no habría vuelto a poner los pies allí. Xavier la dejó delante de la puerta y ella se apresuró a entrar.

Una mujer con una trenza en la parte de arriba de la cabeza fue a su encuentro y la ayudó a quitarse el abrigo mojado, mientras ella sujetaba el bolso de mano. La mujer tenía los ojos de un gato siberiano y unos senos prominentes.

—¿Anna?

—Sí...

—Nos conocimos en la tienda...

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—En las rebajas, después de Navidad.

—¡Sí, claro! —dijo Anna, aunque no tenía la más remota idea de quién era.

—Soy amiga de Susanna.

—Sí, sí, ahora caigo.

—¿Cuántos sois?

Titubeó.

—Dos.

—¿Habéis reservado?

—Creo que sí.

—¿Bernabei?

—No lo creo. Tal vez Mourchou.

Anna no estaba segura de que Xavier hubiese reservado con su apellido.

—Un momentito, voy a ver.

Recorrió la sala con la mirada, había una chimenea encendida y la iluminación era cálida. Hacía poco que habían remodelado el restaurante, las paredes eran de color petróleo y en las mesas había luces blancas.

Casi todo eran parejas, le pareció que no conocía a nadie. Por suerte.

—Ven, por aquí. —La mujer la guio. Llevaba un vestido similar al que ella se había quitado antes de ir allí. Se movía con mucha desenvoltura, las nalgas le oscilaban como un péndulo, la trenza en el sentido contrario, un pie delante del otro—. Por favor. —Le apartó la silla con una actitud arrogante.

Xavier entró en la sala y la buscó con la mirada, Anna le hizo un gesto como si llevaran mil años sin verse. Sonrió. Él llegó a la mesa completamente empapado.

—¿Quiere darme el abrigo? —preguntó la mujer, clavándole los ojos; luego, con condescendencia, miró a Anna que, incómoda, bajó la vista.

Xavier se lo quitó y por fin estuvieron solos.

—¿Tomamos *vin rouge* o *blanc*? —le preguntó cogiendo la carta.

—Depende de lo que comamos —contestó Anna intentando relajarse.

Xavier estudió la carta como si fuera un libro de oraciones, le preguntó si le gustaba la carne o prefería pescado, pasta o arroz, agua con gas o sin gas, si comía mucho.

Acudió una camarera joven, con un ligero estrabismo. Anna buscó a la mujer; estaba acomodando a otros clientes.

Él pidió por los dos, platos variados, una excelente botella de vino y otra de agua Ferrarelle. A ella le sorprendió, pero no dijo nada.

—*Eh bien...*

¿Cuántos años tenía Xavier? Era joven, más joven que ella.

—¿Te gusta el lugar?

—Es muy acogedor. Ya había estado antes, pero debe de haber cambiado de dueños, ahora está mucho mejor...

—¿Qué signo del zodiaco eres?

Anna rio.

—¿Por qué?

—Tú dímelo...

—Adivínalo.

La gata siberiana llevó el vino, les mostró la etiqueta (era un Bolgheri Superiore Grattamacco), lo abrió con maestría y sirvió un poco en la copa de Xavier, que lo cató.

—*Très bon.*

—*Très bon* —repitió la mujer. Su escote era profundo como la alta mar. Anna la observó mientras se alejaba.

Xavier, por su parte, la miraba a ella.

—Libra.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¡Venga, dímelo!

—*Tu aimes* las cosas bonitas.

—¡Venga ya!

Xavier se señaló a sí mismo. Se rieron con ganas, como dos niños.

—¿Y tú? —Anna estaba inclinada hacia él mientras le servía vino en la copa hasta casi llenarla. Le perturbó tanto que no pudo evitar coger la copa y decir—: Ya es suficiente.

Xavier se quedó parado y contestó:

—Yo también.

—¿De qué día?

—Del doce.

—¡Madre mía, yo del ocho! —Brindaron por sus horóscopos hermanados y bebieron, con los pies cruzados por debajo de la mesa. Xavier adelantó un poco más la silla y le estrechó las rodillas entre las suyas.

Les llevaron la pasta con cangrejo, de pinzas grandes, una pequeña porción de espaguetis enrollada en forma de torre y perejil decorando el borde. Le pareció que una señora los miraba y susurraba algo al hombre que estaba de espaldas, con la servilleta en la boca y ojos impertinentes.

Xavier volvió a apretarle las rodillas, fuerte. Anna tomó otro sorbo de vino. Se quitó las horquillas, sacudiendo la cabeza. Se sintió liberada, como si alguien le hubiese sacado unas agujas del cráneo.

La mujer se acercó despacio.

—¿Va todo bien?

—Muy bien —contestó Anna—. ¿El restaurante es tuyo?

—Mío y de mi marido.

—Es realmente precioso.

—Gracias. Hemos intentado crear una atmósfera confortable sin renunciar a la calidad. —Cambiaba el peso de un pie al otro de forma casi imperceptible y miraba a Xavier.

—Me encanta el color de las paredes —comentó Anna, intentando que su atención se centrara en ella.

—Espero que disfrutes también de lo demás. —Chasqueó la lengua. Era un doble sentido en toda regla. Se alejó contoneándose.

—Le gustas —dijo Anna.

—¿A quién?

—Al siberiano.

—¿*Pourquoi* «siberiano»?

—Por los ojos... ¿No parece un gato siberiano?

—Me gustas así.

—¿Cómo?

—Con el pelo suelto...

—¿El pelo?

—¿Por qué estás riendo?

—Porque sí —sentenció ella. El teléfono le vibró en el bolso, ya era la segunda vez. Leyó el mensaje de Guido: «Nos las arreglamos de maravilla sin ti». Levantó los ojos y vagó por la sala; no entendía el sentido de esa afirmación.

—Eh... —Xavier extendió las manos sobre la mesa y ella se quedó quieta, la pantalla iluminada se reflejaba en su rostro—. ¿Anna?

—Perdona. —Guardó el teléfono en el bolso—. Perdona... —repitió.

—¿Qué pasa?

—Mi hija —mintió Anna—. Tiene un poco de fiebre.

—¿Quieres que te lleve?

—No... —respondió de una manera vaga—. No, gracias, no... —Xavier volvió a tenderle el brazo por encima de la mesa, con la palma hacia arriba—. No, de verdad, su padre le dará la medicina y se encontrará bien...

—¿Dónde está? —preguntó Xavier.

—Con su padre...

Le habría gustado hablar del tema. Por una razón: tenía la esperanza de dormir con él esa noche. Era un deseo muy fuerte, deslizarse en el sueño en medio de una tibieza hecha de sus cuerpos, una gruta de sensaciones. Había hecho desaparecer de su casa todas las fotos de su matrimonio y también se había ocupado de esconder las novelas negras apiladas en la mesita de noche de Guido. Desde que se fue, la noche era el único momento en que la inquietud la afectaba. Era un sentimiento volátil, leve, pero constante.

Cuando era pequeña, tenía la costumbre de meterse en la cama de su padre mientras esperaba a que él regresara, y, cuando por fin llegaba, se agarraba a sus hombros anchos y apoyaba la mejilla en su espalda, a la altura del corazón. Entonces el sueño se volvía profundo.

El hecho de dormir con un hombre no estaba ligado al sexo, sino a un sentimiento de protección; su madre había muerto por la noche, sola, en la cama, y había sido ella quien la encontró: recordaba su cuerpo frío, los miembros inmóviles, el pelo suelto en la almohada. Bocarriba e inerte. Y recordaba el largo pasillo que había recorrido en sentido contrario, al regresar a su cuarto para dormirse de nuevo. Sin embargo, era tan pequeña... ¿Había sucedido de verdad? Lo único que sabía era que el sueño compartido estaba ligado a la idea mágica de la inmortalidad.

Por eso deseaba explicarle a Xavier cuál era la situación, para abrir una rendija a esa posibilidad. No pretendía nada más. Aunque le daba miedo que

se asustara si ella le hablaba directamente de su separación; tal vez sintiera que debía asumir la responsabilidad de algo que no tenía nada que ver con él. La noticia habría turbado su equilibrio todavía precario.

—Con su padre... ¿dónde? —insistió Xavier.

—Nos hemos... Bueno... Se ha marchado...

Él se cruzó de brazos.

El móvil volvió a sonar. «Mira», decía el mensaje. ¿Que mirase qué? No veía nada. Estaba tentada de contestar, pero en vez de eso le dio la vuelta al teléfono y lo dejó encima de la mesa, como si así pudiera acallarlo.

—¿Tiene una amante?

—¿Quién?

—Él.

—No lo sé... Puede.

—¿No te importa? —Xavier se había puesto tenso.

Tal vez no deberían haber salido del piso blanco, pensó ella. El ritual con el que se amaban de manera silenciosa y ciega era perfecto. Hincó los codos sobre la mesa y lo miró a los ojos, intentando encontrar su gesto más benévolo en la infinita gama de la expresión facial.

—Sí, claro que me importa. Pero, verás, el problema no es el resto... Somos él y yo lo que ya no funciona. Si las cosas hubieran ido bien, yo no estaría aquí esta noche. —Hizo una pausa. La expresión de Xavier se tornó dulce de nuevo—. Y yo, en cambio, soy muy feliz... de estar aquí. —Le había salido una voz sensual y sintió como un calambre ahí abajo.

Desde que había conocido a Xavier tenía la impresión de que la excitación se manifestaba con espasmos, vértigos, impulsos concretos. Suponía que esas sensaciones equivalían a la turbación de una erección. Estaba segura de que él notaba las mismas vibraciones, de que había una conexión, un diálogo entre los sexos.

Sus piernas volvieron a entrelazarse y ellos permanecieron en silencio mientras el camarero quitaba las espigas del pescado. Terminaron la botella. Anna sentía como si flotase, ya no tenía hambre, quería irse, quedarse sola con él. Comieron despacio, se intercambiaron sonrisas. A ella le dio la impresión de que todo el mundo estaba callado, los únicos sonidos que oía con claridad eran el crepitar del fuego, el fragor de la lluvia y el tintineo de los cubiertos.

Xavier pidió dos copas de whisky y la cuenta, ella no se opuso. El paladar se le llenó del sabor redondo, a turba, del Lagavulin, y de pronto Xavier dijo:

—*Moi...* no quiero separarme de Maya.

Anna se quedó callada. Estaba achispada, no quería hablar de ese tema, solo volver a casa y dormir a su lado.

—¿Qué piensas?

—Nada —contestó—. Absolutamente nada... —Estaba bien así, no había que pretender más.

—*Moi* no quiero que te esperes nada... ¿*Pourquoi* no me contestas?

—Mira: no tengo nada que decir, es tu vida. Estás bien con tu mujer y conmigo, y no te apetece renunciar a nada. Lo entiendo. No te preocupes. —Había hablado deprisa, comiéndose las palabras.

Xavier se había quedado quieto, pero apretaba las esquinas de la mesa con las manos.

Anna no se estaba marcando un farol, pensaba realmente lo que acababa de decir. Claro que habría deseado un amor libre, eso él lo notaba. La cuestión era el desequilibrio que acababa de crearse. Hasta esa confesión habían sido dos funambulistas sobre el mismo cable; ya no. El peligro había dejado de ser compartido, y con ello todo lo demás.

La mujer les llevó la cuenta en una pequeña bandeja de plata, enterrada en una montaña de chocolatinas de colores. La dejó entre Xavier y Anna, cambió el peso hacia el otro lado y se quedó esperando. Él la cogió, leyó y se dispuso a coger el dinero del bolsillo delantero del pantalón. De pronto levantó los ojos al cielo.

—*Non, merde...*

Anna entrecerró los ojos para observarlo. Tardó unos instantes en comprender que no llevaba la cartera.

—No te preocupes. Ya me ocupo yo —se apresuró a decir.

—*Merde, merde...*

Advirtió una mueca en el rostro de la mujer e imaginó sus pensamientos mientras se afanaba en sacar la tarjeta de crédito. Fue más humillante observar esas conjeturas que someterse a la duda de que Xavier no pudiera permitirse pagar esa cuenta. Si no se hubiese creado esa extraña situación, Anna habría protestado: solo la botella de vino costaba sesenta euros.

—Vamos —dijo, levantándose.

—*Pardonne-moi...*

Mientras seguían a la mujer, él hizo ademán de cogerle un brazo, pero Anna lo evitó recogiendo el pelo. No paraba de pensar en los comentarios: «Viene al restaurante con un hombre más joven, su amante, y paga ella...».

—No te preocupes, en serio —repitió.

—Te lo devolveré.

—Sí, hombre, déjalo...

Se pusieron los abrigos. Anna mostró la sonrisa de un maniquí.

—Gracias, hemos estado muy bien —le dijo a la mujer mientras se abrochaba los botones. Ella se acercó para besarla en la mejilla.

—Un placer.

Se sentía incómoda. Le dio la espalda y le pareció que estaba huyendo; Xavier caminaba deprisa a su lado. Debía de haber sido humillante también para él. La situación los distrajo del hecho de que llovía. El agua caía a mares. Se debía de haber volcado un contenedor de basura, porque la calle estaba cubierta de residuos que se deslizaban a gran velocidad: cáscaras, restos de comida, botellas de plástico, bolsas... Corrieron hasta el coche saltando los charcos, haciendo eslalon entre los desechos, tapándose la nariz y la boca. Olía a cloaca. Cerraron las puertas dando un golpe fuerte. Estaban a salvo y empapados.

—*Pardonne-moi...* otra vez. —Buscó a Anna, pero ella volvió la cabeza hacia la ventanilla.

—No importa. Vamos a casa, por favor.

Xavier puso el motor en marcha sin demora y arrancó igual de rápido. Esa vez conducía de una manera ágil y nerviosa, tomó una calle lateral y aceleró. Anna desbloqueó de nuevo el teléfono, Guido le había enviado una foto de Natalia y Gabriele. Ella estaba tumbada bocarriba, con las piernas y los brazos abiertos en forma de estrella, solo llevaba puesto el pañal, y el chupete se le había caído de la boca abierta. Su hermano le daba la espalda, él también iba con el torso desnudo y estaba acurrucado de lado. ¿Por qué no les había puesto el pijama? En la esquina de la derecha se veía una cadena dorada, grande, tal vez el asa de un bolso. El mensaje decía «Buenas noches, mamá». Anna cerró los ojos y tuvo la sensación de que perdía el equilibrio. A continuación los volvió a abrir y se quedó mirando las gotas que golpeaban el cristal como flechas.

Cuando llegaron frente a la casa de Anna, Xavier se quedó ante la puerta con los faros encendidos.

—¿No subes?

—Sí.

Esa noche no conseguía descifrarlo. No entendía nada. Se preguntaba por qué la había llevado a cenar fuera, qué quería exactamente de ella; ¿había sido un intento de dejar las cosas claras o solo una manera distinta de verse? Y ahora ese titubeo. ¿No quería lo mismo que quería ella, no deseaba...?

Echaron a correr de nuevo hasta alcanzar el portal y ella lo guio por la escalera. Los tacones golpeaban en el mármol, los músculos de las pantorrillas le dolían. Xavier le metió la mano por debajo del abrigo, le apretó las nalgas, primero suave, después fuerte, cada vez más fuerte, se pegó a ella mientras intentaba abrir la puerta. Le mordió el cuello y la cogió del tanga; la agarraba como si la llevara atada con una correa. Anna refunfuñó sin lograr meter la llave. Xavier se la quitó, la introdujo en la cerradura y entraron. Ella encendió la luz y él la apagó de inmediato mientras seguía sujetándola por el tanga, desde atrás.

—La habitación —le dijo.

Avanzaron en la penumbra, dejando caer los abrigos al suelo: Xavier la empujó contra el armario, continuaba agarrándola de la tira. Había algo retorcido y violento en ese gesto, y le gustaba. Le clavó las uñas en el cuello para defenderse, para devolverle el mismo dolor; le abrió la camisa, le mordió el pecho, los dedos se deslizaron hasta las nalgas: encontró de forma inequívoca la silueta de la cartera en el bolsillo derecho. Se quedó inmóvil y levantó la mirada, vio los ojos de él encenderse en la oscuridad y reprimir cualquier protesta. La cogió del pelo y la tiró a la cama con un movimiento decidido. Anna oyó que se quitaba el cinturón y por un instante pensó que quería golpearla; en cambio, le bajó el pantalón y siguió jugando con la tira del tanga, para penetrarla a continuación. Después de solo tres movimientos de pelvis, eyaculó.

No dijeron nada, cayeron rendidos en la cama uno al lado del otro. Anna estaba inquieta, habría querido encender la luz, lavarse, desvestirse, ponerse el camisón antiguo de seda rosa. Y, sin embargo, sentía que si se movía lo estropearía todo. En la oscuridad, la respiración de Xavier se hizo sofocante y lenta; después de una pausa empezó a roncar como un león. Un rugido feroz. Tan fuerte que la sobresaltó.

—*Quoi?* —dijo él con la voz pastosa.

Ella le puso la cabeza sobre el pecho y él enseguida se puso a roncar de nuevo.

Anna titubeó durante unos minutos, luego salió sigilosamente de la habitación y fue al baño de los niños para arreglarse. Le dolían las piernas y la cabeza. Lo hizo todo en silencio, a pesar de estar lejos. El agua fría en las piernas la anestesió, como si tuviera una herida. Regresó al dormitorio completamente desnuda, de puntillas. No había rastro de él. Encendió la luz y fue corriendo al salón, a la habitación de los niños, a la cocina, al estudio de su marido. Nada. Se había ido.

Cogió la bata y se asomó para comprobar si todavía estaba el coche. Había desaparecido. Comenzó a sollozar. Se arrastró hasta la habitación, llorando bajito, se metió en la cama, apretó los puños y cerró los ojos; aún le daba vueltas la cabeza. Se incorporó y cogió el teléfono: nada, ni una palabra. Vio que Guido había borrado los mensajes que le había enviado, todos, del primero al último, y también la foto. Esa noche no existía para nadie.

Desde que Guido se fue de casa, Anna había ido poniendo en una caja las cosas que no se había llevado. Las cuchillas de recambio, la loción de afeitado, la brocha con el mango de marfil (que nunca había usado), las zapatillas de *trekking*, el equipo de tenis, los pañuelos de Schostal. Y también un fichero con documentos, en el que se encontraban el seguro del coche y los expedientes de la clínica, entre otras cosas, y en el que Anna no había tenido valor de husmear. El fichero estaba en una habitación —no especialmente grande, amueblada con un pequeño escritorio estilo imperio y una silla— que debería haber hecho de despacho, pero que al final se había convertido en el sitio donde Cora planchaba y tendía la ropa. Al entrar con la intención de poner orden con vistas al traslado definitivo, se dijo que no quería saber nada más de lo que Guido le contara. En cierto modo, todo lo que estaba comportando la separación lo iba sobrellevando, pero ¿qué sucedería si descubría algo más? Los secretos debían quedar enterrados. Los ojos estaban mejor cerrados.

Esa mañana Anna se dedicaba a los cinturones. Guido tenía una cantidad impresionante: de cocodrilo, de serpiente, con hebilla de oro, con hebilla india, esmaltadas, de colores chillones; estaban colgados en el armario en un viejo corbatero con mucha capacidad que debía de haber pertenecido a Attilio. Anna los enrolló de uno en uno y los metió en pequeñas bolsas de plástico de esas que se utilizan para congelar alimentos. Cora estaba allí limpiando los cristales, encaramada a la ventana. Llevaba los *leggings* de siempre y, al estar con los brazos en alto, se le veía el abdomen; tenía la tripa blanda, el tanga le asomaba, violeta y deshilachado. Anna recordó la noche anterior, se preguntó de nuevo por qué Xavier se había marchado de ese modo; se acordó del sexo, que había sido brutal y apresurado, y también recordó que antes de penetrarla él se había quitado el cinturón. La noche anterior se había planteado si iba a golpearla, pero en ese momento se

preguntaba si se lo habría llevado. Tal vez Cora lo había encontrado y colgado junto a los de su marido.

—¿Por casualidad has visto un cinturón esta mañana? —le preguntó.

Cora se quitó los auriculares.

—¿Qué?

—¿Has visto un cinturón?

—Sí, estaba en el suelo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál era?

Cora se volvió y se encogió de hombros: encima de la cama, en la caja, había al menos diez y todos más o menos parecidos. Bajó de la escalerilla vacilando, observó los cinturones y sonriendo declaró:

—No lo sé, señora...

Anna pensó que debería buscar bien, pues seguro que el cinturón de Xavier estaba ahí.

—Señora...

—Dime, Cora.

—¿Puedo poner un momento la tele? Ayer hubo un terremoto cerca de mi pueblo.

Anna asintió. Cora puso el primer telediario que encontró y se subió de nuevo a la escalerilla.

Anna se sentó en la cama aún por hacer, en el sitio exacto donde Xavier la había tenido cogida por el tanga. La excitación se abrió paso como un rayo.

—Cora... —Cada vez que experimentaba ese tipo de sensaciones tenía el impulso de disimular ante los demás, como si el deseo se le pudiera leer en las curvas de los párpados, a través de la densidad de los labios—. Este noticiario es regional, aquí no van a decir nada de tu pueblo... —Pero la otra no la oyó.

El periodista estaba contando que una joyería había sido atracada el día anterior por un tipo con la cara tapada con un pasamontañas que había amenazado al joyero con un ladrillo. La esposa, a la que entrevistaban, lloraba ante la cámara; era gorda, con piel de naranja y las uñas muy largas pintadas de granate. «Empezó a romper los escaparates con el ladrillo, nos asustamos, se lo dimos todo...»

El reportaje se interrumpió de repente, como si no lo hubieran terminado de montar. Anna hizo el esfuerzo de levantarse para volver con los cinturones y, mientras estaba de espaldas, encorvada y con los ojos en la caja de *panettone*, sintió un pinchazo en la columna y luego oyó una serie de palabras que le sonaron familiares, pero solo se volvió cuando estuvo segura de que había oído, por segunda vez, «Villa Sant'Orsola». Era una imagen fija. Guido

con una camisa y unos vaqueros, el teléfono en la oreja, remangado, el Rolex Daytona bien a la vista, con la expresión de alguien que está gritando. Siguieron otras cuatro imágenes similares: en una parecía que estuviera maldiciendo, en la otra levantaba los ojos al cielo, en la última se tapaba los ojos con la muñeca.

Cora se dio la vuelta y se quedó inmóvil, el limpiacristales chorreaba por la ventana. Anna entrecerró los ojos y leyó el pie de foto: «Villa Sant’Orsola: el cirujano Guido Bernabei denunciado por haber utilizado prótesis mamarias no aptas». Cogió el mando a distancia y subió el volumen. La habitación se llenó de un ruido ensordecedor, incomprensible. Después el periodista retomó la edición desde el estudio para dar paso a la noticia siguiente.

Anna se quedó con el mando a distancia apuntando hacia el televisor; fue Cora quien se lo cogió. La buscó con los ojos:

—Señora...

—...

—Señora...

—¿Sí?

—Vamos a la cocina.

—¿Por qué?

—Le prepararé un café. Señora, míreme.

—Estoy bien...

Cora la siguió a pocos centímetros, como si temiera que se desmayara de un momento a otro.

«Los han pillado», no podía pensar en nada más. Las prótesis caducadas. ¿Cuántas había implantado? No lo recordaba, pero una cosa tenía clara: estaban en un aprieto, se trataba de un problema insalvable. Su padre tenía razón. Él, para quien el buen nombre de la clínica era tan importante. Todo se había venido abajo. La reputación de Villa Sant’Orsola se había arruinado para siempre. Y era culpa de Guido, de su ambición desmedida, de su desconsiderada hambre de dinero. Anna se sintió culpable, como si ella hubiera sido la urdidora de ese fraude. Porque se trataba de un fraude, sin duda. ¿Qué iba a pasar? ¿Y los niños? Estaban con él... ¿Qué había sido de ellos?

Empezó a buscar el móvil. La asistente se dio cuenta enseguida y fue en sentido contrario.

—¿Intento llamarla?

—Lo tengo en silencio...

Se pusieron a buscar, Anna caminaba deprisa, los ojos recorrían todos los ángulos de la casa.

—¡Lo he encontrado! —gritó Cora.

Anna fue hacia ella y cogió el teléfono. Exhaló un suspiro de alivio, allí dentro estaba su vida. Le daba miedo desbloquearlo, pero lo hizo. Vio un mensaje de Xavier: una carita triste. Tres llamadas perdidas de la clínica y nada más. Guido lo tenía apagado y su padre no contestó, ni en casa ni al móvil. En la clínica estaba Gigliola.

—Anna, ¿dónde estabas?

—En casa.

—Te he llamado no sé cuántas veces.

—¿Dónde están los niños?

—Están aquí.

—Ahora voy.

—Anna...

—¿Sí?

—¿Has hablado con tu padre?

—No... ¿Por qué, qué ocurre?

—Es que no lo encuentro...

—Voy enseguida...

Bajó los peldaños de dos en dos, le costaba respirar. Cuando subió al coche, abrió la ventanilla y el viento gélido le azotó el rostro. Le pasaban por la cabeza las imágenes de la televisión: Guido en mangas de camisa. Pero con ese frío... no podían ser imágenes recientes, tal vez lo tuvieran en el punto de mira desde hacía tiempo.

Intentó volver a llamar tanto a él como a su padre. Nada. Bajó del coche con cautela. La clínica parecía tranquila, el jardín desierto dormitaba entre palmeras y adelfas. También en el vestíbulo se respiraba calma: dos mujeres esperaban ojeando folletos, una asistente abrillantaba el suelo. En la recepción, Anna vio a una chica nueva, pelirroja, con el pelo recogido. Se acercó a ella y susurró:

—Soy Anna Bernabei.

—¿La esposa del doctor? —La chica tenía unas pecas de color marrón claro, simétricas y ordenadas, como una carta astral. Y una sonrisa de porcelana.

—Sí.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora?

—¿Dónde está Gigliola?

—¿Gigliola Capotondi?

—Sí.

—Un segundo.

La chica marcó un número en un teléfono fijo, pero Anna no esperó, se metió en el ascensor y subió a la primera planta. El despacho de Guido estaba cerrado. Llamó al de Gigliola, pero nadie contestó. Se apoyó en la pared, como para quitarse de encima una mala sensación. Tenía que calmarse, razonar. De repente vio a sus hijos aparecer por la esquina. Iban cogidos de la mano y le parecieron muy pequeños, dos criaturas minúsculas enlazadas por los dedos. Natalia llevaba el chupete y el cabello rizado: Anna se acordó del extraño mensaje que había recibido la noche anterior. Se había olvidado de todo, esa mañana ni siquiera se había preocupado de llamar. ¿Qué hora era? No lo sabía.

Los niños no corrieron a su encuentro, avanzaban con prudencia y un poco desorientados. Ella también se movió despacio, para no preocuparlos aún más, pero luego Maria Sole apareció por detrás, con el pelo recogido y los tacones altos resonando en el suelo brillante. Cuando estuvieron cerca, Gabriele hizo ademán de ir a su encuentro y Maria Sole le posó una mano en el hombro para retenerlo.

—Cariño. —Anna dio un beso sonoro en la palma de su mano y lo sopló hacia él, que lo cogió al vuelo y se lo metió en el bolsillo.

—Mamá —susurró.

Natalia dio un paso atrás y se colgó de la manga de Maria Sole. Gabriele avanzó y se le enganchó en las piernas.

—Hola —dijo Maria Sole.

La niña la miraba, no le quitaba los ojos de encima y la tenía cogida por un dedo. Ella sonreía.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó Anna.

—Le ha salido un compromiso inesperado, ha tenido que irse...

—¿Y sabe cuándo va a volver?

Maria Sole la observó un buen rato y, a continuación, contestó:

—De momento no lo sabemos, pero esperamos que sea lo antes posible.

—Se puso en cuclillas y se dirigió a Natalia—. ¿Verdad, pequeñita? —Natalia se rio tan fuerte que se le cayó el chupete y Maria Sole, como si nada, lo cogió y se lo metió en el bolsillo.

—¿Dónde está mi padre?

—No lo sé, señora...

—Anna.

—Anna, claro.

—¿Nos vamos? —le dijo a Natalia, que seguía absorta en Maria Sole. Esta parecía no inmutarse, con esa expresión plácida en el rostro, como si fuera un día cualquiera. ¿No estaba ella también implicada en aquel asunto o lo había entendido mal?

—¿No quiere coger las cosas de los niños? —preguntó.

—¿Qué cosas?

—La ropita, los otros chupetes de Nati, los muñecos *Arturo* y *Lucilla*...

La niña rio de nuevo; Anna no entendía qué era lo que le suscitaba tanta hilaridad.

—Sí, por supuesto...

Maria Sole echó a andar por el pasillo y los tres la siguieron. Anna tenía la sensación de que todo se le escapaba de las manos, y no por lo de Guido, no: se trataba de algo más profundo y ya venía de lejos. Sentía perfectamente que cuando sus hijos salían de su radio de acción, del alcance de su vista y de su corazón, ella dejaba de pensar en ellos, como si no existieran.

Maria Sole se acercó a una puerta y abrió con la llave. Anna enseguida estuvo detrás de ella, también quería entrar en su despacho. Cuando estuvo dentro vio un escritorio adosado a la pared y una cajonera; se preguntó si la documentación relacionada con las prótesis estaba allí o en casa, en el fichero. Colgados en el perchero había un bolso de cocodrilo con asas, una boina y una bufanda azul. Ella tenía una parecida, pero roja. Buscó con la mirada la foto de un niño, pero en la pared solo había colgada una imagen de santa Ana. Su protectora. Le pareció increíble que entre todas las imágenes sagradas Maria Sole hubiese elegido precisamente esa. Junto a la santa, una palabra hecha a ganchillo enmarcada: ADELE; luego una litografía, la silueta de un cuerpo de mujer, delgado como un palillo.

Maria Sole cogió la bolsa de los niños, sacó de una caja de plástico tres chupetes de Natalia y luego empezó a rebuscar en su bolso. Anna se fijó en la cadena de oro brillante: era la misma que había visto en la foto la noche anterior, en la que salían sus hijos durmiendo.

La rubia se inclinó hacia Natalia, le acarició la cabeza y le dio el chupete.

—¡Toma, te has portado muy bien!

—Se le dan bien los niños: ¿tiene un niño o una niña?

Maria Sole parpadeó siete, ocho, diez veces.

—No tengo hijos.

—¿Cómo? —se le escapó.

La chica permaneció inmóvil, hundió la cabeza entre los hombros, con la boca medio abierta y la mirada fija en ella. Se quedó observándola durante un tiempo infinito, como si el mundo hubiera dejado de girar, y después enseñó los dientes, su rostro afligido se volvió malo. Una extraña mueca se dibujó en sus labios.

—No he sido tan afortunada como usted, Anna. —Se agachó hacia Natalia y sonrió, ladeó la cabeza y achicó los ojos. Natalia acercó su pequeña boca pálida a la mejilla de Maria Sole y le dio un beso sonoro.

Sin decir nada más ni dignarse a mirarla, Maria Sole cerró su despacho y se marchó. Anna la vio alejarse y llevarse una mano a los ojos. Debía de haber perdido a su hijo, reflexionó. Lamentaba muchísimo haberle hecho esa pregunta. De todos modos, estaba convencida de que se había estado ocupando de Natalia, e incluso de que había dormido con ella; era la amante de su marido, no cabía duda.

Gabriele empezó a gimotear mientras Natalia señalaba el pasillo:

—Sasa...

Anna esperó antes de irse, no quería volver a encontrársela, los ojos y el tono duro con que le había dicho «no he sido tan afortunada como usted» la habían dejado helada.

Al salir de la clínica atravesó entre sonrisas rutinarias aquel espacio cálido y reconfortante. Allí nadie parecía haberse dado cuenta de nada. El tiempo se había detenido en una burbuja de eterna bienvenida. Eso la dejó aún más helada.

Después de colocar a los niños en los asientos posteriores y poner en marcha la calefacción, tecleó en el móvil el nombre de Guido. La noticia de la agencia de noticias ANSA decía: «Guido Bernabei, jefe de servicio de la clínica Sant’Orsola, investigado por haber utilizado material en malas condiciones durante intervenciones de cirugía estética». Escribió también el nombre de su padre, pero no apareció ninguna noticia reciente. Hecho esto, encendió el motor y se volvió: Natalia la observaba con la cabeza levantada; Gabriele, en cambio, miraba fuera.

—¿Todo bien? —preguntó sin esperar respuesta. Arrancó con la idea fija de que volver a casa, en ese momento, significaba la salvación.

Al llegar, Cora acudió corriendo a recibir a los niños con demasiado énfasis; los abrazó como si se hubieran salvado de un terremoto. Gabriele se dejó achuchar. Su hermanita se fue derecha a su habitación, pero se cayó; volvió a levantarse, y se cayó de nuevo. Tenía los zapatos del revés, y Gabriele igual: el derecho en el lugar del izquierdo. Anna pensó que no podía haber sido Maria Sole quien los había vestido: una mujer, por muy inexperta que fuera, no comete un fallo de ese tipo. Por lo tanto, no había dormido en el apartotel. Había sido Guido. Tal vez la policía o los *carabinieri* habían llegado y él, con las prisas... Anna no había pensado en cómo debía de haberse sentido, y mucho menos se preguntaba dónde podía estar en ese momento. ¿Por qué no la había llamado? Se quitó los zapatos, el contacto con el parquet le transmitió una sensación de solidez y extendió la planta del pie.

Entonces oyó cerrarse la puerta de casa, las llaves en la consola, la voz de Cora:

—Señor...

Había vuelto. Lo vio entrar y apoyarse en la pared.

Anna se acercó despacio. Tenía los brazos caídos, y ella intentaba adivinar su estado de ánimo desde los cinco o seis pasos de distancia que los

separaban. Pero él se le adelantó, abrió los brazos y la acercó a él, con un ímpetu que ella no reconoció. El olor de su cuerpo, ese sudor que nunca traslucía, la hizo retroceder en el tiempo. Se abandonó entre los brazos de su marido y volvió a encontrar su sitio. Él la cogió por la nuca, le rozó la oreja. Anna ya no oía nada, solo sentía la forma de ese pecho, su respiración, la tranquilidad.

—¿Qué ocurre? —murmuró.

Cuando él fue hacia su estudio, ella lo siguió. Cerraron la puerta y permanecieron de pie el uno frente al otro, cerca.

—Isabella Borgogna me ha denunciado.

—¿Quién es esa? La otra noche no la nombrasteis...

—No, lo cierto es que se trata de otra mujer. Es la hija de Marina. Una que está forrada, una gilipollas. Es tan gilipollas que ha ido a ver a Carlotti, otro cirujano, para quitarse las prótesis. Y él ha declarado que las prótesis estaban deterioradas.

—¿Te han interrogado?

—Sí, he estado toda la mañana en comisaría, soy oficialmente sospechoso...

Anna no dijo nada. Le habría gustado preguntarle un millón de cosas, pero con Guido las cosas no se hacían así: había que escucharlo y a ser posible no llevarle la contraria; si no, se atrincheraba en el silencio.

—Tengo que quedarme aquí. Lo siento, Anna.

—¿Qué quieres decir?

—No me encuentro en arresto domiciliario, pero debo estar localizable para los *carabinieri*, y tengo la residencia aquí.

—Esta es tu casa —dijo ella.

Él la abrazó, la miró con ojos tiernos y la estrechó contra su pecho. En esa ocasión sus cuerpos se pegaron, y Anna tuvo un momento de vértigo.

—De momento nadie ha sufrido ninguna reacción peligrosa, y eso es bueno. Si hubiera habido una infección letal, entonces sí que estaría en apuros.

«Una infección letal».

—¿Dónde está papá?

La cogió por lo hombros.

—No lo encuentro, no he podido saber si esta mañana también han ido a su casa o no. A pesar de que yo soy el jefe de servicio, la clínica está a su nombre... De modo que deben de estar al tanto, habrán intentado

localizarlo... Pero en cierto modo es mejor así. Attilio... Attilio es lo que más me asusta de este mundo.

—¿Por qué te asusta?

—Ha desaparecido.

—...

—Y además es viejo, es débil como un niño. Ya lo viste la otra noche... No sé si estaba jugando a hacerse el angelito porque estabas tú o si realmente tenía un problema de confusión mental. Me da miedo que lo confiese todo, que cuente lo que hizo... También en el pasado. Hablo de cuando Villa Sant'Orsola no estaba especializada exclusivamente en cirugía...

—¿Qué fue lo que hizo? —Anna se había apartado.

—Lo peor de lo peor —declaró Guido—. Desde hace años, antes de que yo llegara, se abastece de una empresa alemana. Sobre todo cuando hacía ortopedia... No solo es material caducado, sino... A finales de los años noventa también utilizaron material no apto en rodillas y fémures. Y después trapichearon con dos suplementos no comercializados en la Comunidad Europea. Los recetaban en cantidades industriales... Siempre le salió bien, solo tuvo una denuncia bastante dura en 1997; un tendero del norte, con rechazo de la prótesis de cadera. Incluso abrieron una investigación, pero luego el hombre murió de un infarto... Creo que Attilio tenía un padrino en la fiscalía a quien le pasó un buen fajo de billetes y por eso todo quedó ahí. De lo contrario, no habría podido convertir Villa Sant'Orsola en una clínica de cirugía estética.

Anna abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

—No me puedo creer que papá hiciera... ¡No, no es verdad!

—No es un santo, Anna. Despierta ya.

—Pero ¿por qué?

—Porque los beneficios que se obtienen son altos y los riesgos, bajos. Es una reducción de costes muy notable, sobre todo cuando las instalaciones son tan pequeñas.

—No da la sensación de que los riesgos sean tan bajos...

—Créeme, son más importantes las relaciones con los clientes que lo que les implantas. Si confían en ti, puedes incluso meterles una medusa... De hecho, a la señora en cuestión, la gilipollas que ha ido a operarse con Carlotti, no le caíamos bien.

Natalia abrió la puerta y en cuanto vio a su padre empezó a dar saltos sin moverse del sitio.

—Cariño. —Él sonrió, y cambiando inmediatamente de expresión la cogió en brazos—. ¿Sabes por qué no le caíamos bien? —siguió diciendo, dirigiéndose a Anna—. Attilio se estuvo —bajó la voz— follando a la madre de la señora Borgogna durante toda la vida, mientras ella soñaba con llegar a tener una relación con él. —Natalia tocaba las mejillas de Guido con sus manos suaves—. Solo que, en vez de prevenirnos, a tu padre se le olvidó contárnoslo. Por eso estaba tan asustado. Debería haberme dicho enseguida que se trataba de una mujer especial. El problema de tu padre no son solo sus líos, sino también su pajarito, a ese sí que debería habérselo guardado en los pantalones.

El móvil sonó y Guido lo cogió del bolsillo.

—Sí, Del Bosco, lo escucho...

Anna lo vio alejarse por el pasillo hablando con su abogado, y con su hija en brazos. Mientras Natalia jugaba con su cara y aprendía a reconocerlo con las manos, oía infamias de todo tipo. Atravesaron una franja de luz que cortaba el espacio en sentido oblicuo y la voz de Guido se alejó.

En cambio, sus palabras permanecieron en la cabeza de Anna como un eco, como una resonancia: como el caos.

El abogado había dado a entender que iba para largo, que se iniciaría una investigación de la clínica y del jefe de servicio, y de Celta, la empresa que había fabricado las prótesis. El ministerio fiscal debía aclarar quién era el máximo responsable.

—Suponiendo que exista plena responsabilidad —le comentó Guido a Anna—. Y, además, tal vez también podría convencer a esa mujer para que retirase la denuncia... Debo hablar con tu padre. Él puede sacarme de esta situación con solo chasquear los dedos. Voy a darme una ducha.

Anna tuvo la impresión de que la conversación con Del Bosco lo había tranquilizado. En comisaría, por la mañana, debían de haberlo asustado, quizá incluso amenazado.

Intentó llamar de nuevo a su padre, pero seguía ilocalizable. Después de comer iría a su casa. Puso la mesa en la cocina. A pesar de que ya era tarde había una luz cristalina. El agua estaba hirviendo, la salsa se sofreía. Natalia entró arrastrando un lector de CD, con los cascos en la cabeza a pesar de que no estaban conectados. Anna sonrió. Puso la banda sonora de *La bella durmiente* e intentó ponerse en puntas siguiendo un instinto completamente femenino. Gabriele entró justo detrás, y él también se puso a bailar, aunque de una manera más torpe. Anna se unió a los niños, agarró a Gabriele y lo hizo rodar alrededor de los fogones, como si fuera un vals. Cuando el móvil sonó, no contestó.

Guido entró en la cocina, cogió la cuchara de madera y removió la salsa. Anna no recordaba cuánto hacía que no lo veía hacer un gesto así, pero hubo un tiempo en que cocinaba para ella. Llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás, una camiseta de cuello alto, vaqueros y zapatillas; se subió a su hija a los hombros y dando pasos de baile giró alrededor de la mesa redonda, mientras Natalia agitaba los brazos al cielo. En la cocina se estaba a gusto y olía a comida, era como un nido.

El teléfono volvió a sonar. Anna lo silenció sin siquiera mirarlo. Le daba miedo que fuese Xavier.

Comieron en la cocina, pasta con tomate, judías verdes, queso y pan de molde tostado al horno. Guido masticaba deprisa, tenía un hambre feroz.

—Te ha quedado muy rica la salsa.

—Gracias. —Anna sonrió complacida. Siempre comían lo que cocinaba Cora.

—¿Hablamos de la semana blanca? —dijo Guido.

Anna no respondió.

—No tengo muchos días, lo mejor sería no irse demasiado lejos. Aprovechar los días de viaje para esquiar... —Gabriele asintió con la cabeza, dos veces. ¿De verdad lo había entendido? Guido le dio una palmadita en la mejilla—. ¡Muy bien, campeón, ya sabía que opinarías lo mismo que yo!

Estaba atónita. ¿Qué estaba diciendo? ¿Se podía ir de semana blanca? Guido era aries, aries con ascendente aries: no hacía falta mucho para que se encendiera como una cerilla. El exceso nunca radicaba en la tristeza o en la negatividad, sino en el entusiasmo; era un soñador, un optimista acérrimo. El abogado le debía de haber dicho algo a lo que él se estaba aferrando con todas sus fuerzas, y hablar de la semana blanca tal vez era un modo de evadirse de la denuncia y del posible juicio. Anna detestaba esos drásticos cambios de humor, le parecía que tenía delante a un adolescente, un irresponsable. Sin embargo, le gustaba su parte tangible, que fuera el jefe de servicio, cómo manejaba el bisturí, el olor de su cuerpo.

—¿Y tú? ¿Vendrás con nosotros? —le preguntó.

—Ya veremos —contestó ella tranquila.

—¡Mamá odia la semana blanca, no tiene remedio! —dijo Guido, y se rio. Gabriele también se echó a reír. Natalia seguía dando palmas sobre la bandeja de su trona. Demostraba una alegría incontenible: sus padres de repente cortaban el pan, repartían las raciones, volvían a estar en su lugar.

—Podríamos ir al Scoiattolo —propuso Guido.

Era el hotel de una estación de esquí a una hora de la ciudad. Anna lo detestaba, Guido siempre iba allí. El esquí, según decía, era su válvula de escape. Eso también los había alejado: los continuos fines de semana en que él le rogaba que fueran un par de días y ella se negaba. Era capaz de ir un domingo de la mañana a la noche, pero al final un día acababa convirtiéndose en un fin de semana. El aire puro lo regeneraba, la nieve artificial lo relajaba.

—Natalia tiene casi dos años, yo a su edad ya me había puesto los esquís. Y esta señorita de aquí... —e hizo el mismo gesto que había hecho Maria

Sole en la clínica: unas cosquillas en la barbilla que le sacaron una risotada— es la más fuerte de todos.

—Sí, ahora vosotros ya os las apañáis muy bien, ¿no? —Anna puso una voz dura al hacer alusión al mensaje de la noche anterior.

—Bueno, sí. ¿A qué viene ese tono? —Guido siguió masticando.

—No me gustaron los mensajes de anoche.

—No te sigo...

—Ayer por la noche me mandaste tres.

—Yo no te envié nada de nada anoche.

—Pero ¿qué estás diciendo? Estaba en el restaurante y...

—Te equivocas.

Anna no tenía palabras.

—¿En qué restaurante estabas? —preguntó él.

—En el Bengodi.

—¿Ah, sí? La vez que estuvimos comimos fatal... De todos modos, ayer por la noche no te envié ningún mensaje.

—¿Me tomas el pelo?

—No.

—Después borraste los mensajes.

—¿Quién, yo? —Se rio—. Anna, venga, para ya.

No lo entendía. ¿En serio se burlaba de ella tan descaradamente?

Pero Guido también la miraba con aire interrogante.

—¿Cómo se te ocurrió ir al Bengodi?

—Han cambiado de dueños.

—Pues menos mal.

—...

—¿Y qué tal estaba, bien?

—Sí, bastante...

—¿Qué comiste?

—Pasta con cangrejo y una corvina.

—Ah, ¿pasaste de la dieta?

—...

—¿Y con quién fuiste?

—Con gente que conocí en la tienda.

—¿Quiénes?

—Una pareja. Bianca y Pietro Sturni, ¿los conoces?

—Ni idea.

—Guido, por favor, deja de tomarme el pelo... Me mandaste una foto de los niños mientras dormían.

—Tal vez anoche bebiste demasiado... —No bromeaba en absoluto, se había puesto muy serio, sombrío.

Anna abrió los dedos de ambas manos y las apoyó en el mantel. Movié los ojos mirando a los niños.

—¿Y tú dónde estabas anoche?

—En el apartotel. ¿Verdad, chicos?

Se quedó callada. Estaba segura de haber visto los mensajes. La foto le había llegado mientras regresaban al coche, y estaba achispada, Guido tenía razón; pero no podría recordar de forma tan nítida algo que simplemente se hubiera imaginado. Incluso había reconocido la cadena de oro, la correa del bolso de Maria Sole; y hasta había intercambiado algunas frases con Xavier a propósito de los mensajes. Parecía que hubiesen pasado semanas y, sin embargo, había sucedido la noche anterior. No, no se estaba equivocando.

Gabriele se escurrió de la silla llevándose consigo a *Arturo*, el osito.

—¿Adónde vas? No te has comido la manzana —lo riñó su padre.

Pero el niño no lo escuchó, salió de la cocina como si nadie le hubiese hablado. Natalia protestó. Anna la dejó bajar y ella también desapareció. Luego puso los platos en el fregadero.

Quería volver al tema de los mensajes, pensó que tal vez Guido no había querido hablar de ello delante de los niños. Era la primera vez que se quedaban a dormir fuera, podría ser que no le apeteciera darle demasiado bombo al asunto. Aunque eso no se trataba de algo que se le pudiera haber ocurrido a Guido. Era demasiado sutil.

Se volvió para interrogarlo de nuevo, pero él ya estaba ahí, a su espalda, cerniéndose sobre ella.

—Anna, ¿es que tú tienes...?

Se paró.

—¿Qué? —dijo ella.

—¿Tienes a otro? —La boca tensa como un cuchillo, se quedó inmóvil.

—No. —Anna se volvió y abrió el grifo del agua, intentando aguantar la respiración. También se le había acelerado el corazón. ¿Le había hablado del restaurante para llamar su atención? Pues si era así, lo había conseguido. Seguramente Guido ya se había fijado en que ella había hecho desaparecer sus cosas del cuarto de baño, en que los cinturones estaban en cajas, al igual que otros pedazos de su vida.

Le apartó los cabellos del cuello y colocó en su lugar la barbilla. Delante del fregadero había una ventana y se veía un águila de mármol encima de un escudo heráldico.

—¿Te acuerdas de la primera vez que vimos esta casa? —le preguntó.

Aquella cercanía con su marido la turbaba. No entendía si era el miedo a ser descubierta o si era él, su cuerpo, sus celos repentinos, su regreso a casa.

Sonó el timbre de la puerta. Se sobresaltaron los dos. Él retrocedió con un brinco como un animal que hubiese oído un disparo.

—¿Quién es? —preguntó, tenía la misma cara abatida de la mañana.

Anna se secó las manos corriendo.

—Ya voy yo, quédate aquí...

Habían pensado lo mismo, tenían el mismo miedo. Que acudieran a detenerlo justo entonces.

—Voy al cuarto de los niños.

—Sí —convino ella—. Ve. —Como si sus hijos pudieran protegerlos.

Corrió a la puerta, echándose el pelo hacia atrás.

—¿Quién es?

Nadie contestó. Se quedó quieta y el timbre volvió a sonar. Abrió. Se encontró de frente a una mujer muy alta, vestida de rojo, con zapatos de charol y un sombrero con una tira de raso negro. Tenía el rostro cubierto por el ala del sombrero y una postura decaída. Su anillo en forma de cangrejo vibraba.

—Gigliola... Ven, entra.

La mujer levantó la cara. El rímel se le había corrido por las mejillas, le goteaba la nariz, y temblaba de los pies a la cabeza. Se quedó en la misma posición infantil y solo dijo:

—Anna... Querida Anna...

La percepción de la verdad se hizo tangible. Sintió que el corazón se le hacía añicos como un vaso que se cae al suelo. Regresó al pasado. Se había fabricado una anatomía de sensaciones ligadas a la muerte de su madre. Un vacío sideral. La angustia tenía una forma concreta. Volvía a salir a flote, afectaba a la mente y después al cuerpo. El estómago se le cerró, le pareció que los pulmones se le colapsaban.

Attilio estaba muerto.

Le flaquearon las fuerzas y le salió un «No», repetido, como un mantra. Gigliola dio un paso adelante, la cogió entre sus brazos, la abrazó, todavía temblando, y la envolvió con su esqueleto menudo y apesadumbrado.

—Anna, lo siento, lo siento...

—No digas nada, no digas su nombre...

Pensó en la última vez que lo había visto, aquella mañana en que había entrado en la habitación y la había besado en la frente, como siempre; le había dicho: «El desayuno está listo, cariño». Había desaparecido justo después, dejándola en la penumbra mientras se despertaba. Anna intentó visualizar el color de sus ojos, las manos con las uñas cuidadas y las medias lunas altas, el impermeable con un punto descosido en la abertura, su sonrisa jovial. De golpe se le apareció la cavidad del esternón donde se resguardaba de pequeña. Sabía lo que era el luto. Conocía la consistencia de ese dolor, la consternación que corta la respiración, los días de color ceniza, el pensamiento que se mitiga para volver después, de repente, más violento, sin control. Cada día un trocito más que muere y otro que sobrevive. El calvario de la pérdida.

Guido la cogió por los hombros y le pareció que se caía hacia atrás. Pero no se cayó. Siguió de pie como una estatua de bronce. Y acudió a su cabeza un recuerdo lejano: Attilio nadando hacia una boya mientras le gritaba «¡Venga, a ver si me ganas!».

«Quién sabe por qué unos recuerdos permanecen y otros no», pensó mientras hacía entrar a Gigliola en casa.

La iglesia estaba atestada. El féretro de abeto rojo estaba completamente cubierto de coronas de flores, al igual que la escalera. Anna se encontraba en la primera fila junto a Guido y Gabriele; Natalia, en cambio, se había quedado en casa con Cora. Esa misma mañana decidieron que sería más sencillo ocuparse de un solo hijo. Vestido de franela, el pequeño estaba abrazado a su madre y no dejaba de mirarla con la boca fruncida, mientras que ella tenía los ojos entrecerrados y las piernas pegadas. Había dormido casi ininterrumpidamente durante dos días. Guido la había cuidado arropándola, haciéndola beber y dándole ansiolíticos, gracias a los cuales había permanecido en un sueño no profundo pero constante. Anna no quiso ver el cuerpo de su padre. Sabía que esa imagen la perseguiría. Attilio sin vida: el héroe, el amor personificado. No era posible.

Lo encontraron en el pasillo, junto al teléfono, se había dado un golpe en la cabeza al caer. Guido creía que se trataba de un paro cardíaco. Habría que hacerle la autopsia para saberlo con certeza, pero Anna no quiso. ¿Abrirle el pecho? ¿Hundirle el esternón? ¿Y para qué? Estaba muerto. Su marido le había confesado que Attilio llevaba años con un tumor en la próstata que avanzaba lenta pero inexorablemente. Seguía un tratamiento con quimio por vía oral que, aunque no tenía efectos secundarios visibles, afectaba a la presión, que de hecho tenía por las nubes.

—¿Por qué no me lo dijo? —había protestado ella.

—Para no preocuparte.

De eso, más o menos, era de lo que estaba hablando el sacerdote en su homilía chapucera: de Attilio Martani como hombre reservado, generoso, que había consagrado su vida al trabajo, a ella, Anna, su adorada hija, y a sus queridísimos nietos Gabriele y Natalia. Su hijo se frotó la cara en su abrigo al oír su nombre en boca del cura. Ella lo estrechó fuerte, protegiéndolo con el brazo.

Había muchos rostros conocidos y otros que se desdibujaban, el equipo de la clínica, enfermeros, cirujanos, anestesistas, oficinistas. Había clientas, una procesión de mujeres vestidas de negro, derechas como escobas, todas mayores (¿amantes?). Estaban las tatas que la habían criado; Amina, una señora del sur que se había puesto un vestido elegante y ajustado para la ocasión, a pesar de su tipo, que la acariciaba con los ojos mientras sujetaba el rosario que cuando era pequeña le hacía besar antes de ir a la cama. Había algunos políticos y el juez Cafiero con su esposa, abatida, a la que Attilio había hecho renacer decenas de veces con su bisturí. Estaban el profesor de tenis y los amigos del club, viejos señores de pelo gris con abrigo de cachemir y las mejillas arrugadas como el lino, el sombrero ladeado a la derecha, los pañuelos Sangallo a la izquierda, pieles ajadas cubiertas de vitíligo. Estaban el notario Vassalli y varios abogados de los que Anna no recordaba el nombre. También habían acudido sor Rosa, Paola, Valeria y Nicoletta —la enfermera jefe de Villa Sant’Orsola—, y Marilù, la amiga más antigua de su madre, a la que parecía que hubieran arrancado el corazón del pecho de lo mucho que lloraba. Anna en cambio estaba paralizada y envuelta en una pregunta obsesiva: «¿Cuándo ocurrió?».

Habló con su padre antes de salir a cenar con Xavier, un saludo apresurado mientras buscaba los pendientes de serpiente. Ahora se preguntaba si había muerto mientras hacía el amor con Xavier o al día siguiente. ¿Él también vio la noticia en televisión? ¿Alguien lo avisó y su corazón no lo aguantó? ¿Y ella? ¿Por qué no había sentido algo tan intenso?

De pequeña, su padre le decía que estaban ligados por un hilo invisible, un hilo verde de lana que nadie podía ver, y que, si le pasara algo, el hilo se tensaría y ella lo notaría. Pero no era cierto, nada era cierto, ella no había sentido nada, nunca, en toda su vida. No se había dado cuenta de que su padre era un donjuán, de que engañaba a las clientas, de que estaba enfermo. Él se lo había ocultado todo, un mundo de omisiones y mentiras piadosas, una sarta de falsedades. ¿Y para qué? ¿Para protegerla del dolor? Ya había sufrido mucho, demasiado... Había quedado huérfana de madre a los dos años. Él le había prometido una vida perfecta, un lienzo blanco sin ninguna sombra: las mejores escuelas, viajes al extranjero, los vestidos más bonitos, incluso le dejó libertad para escoger los estudios que más le gustaban; total, no importaba, al final llegaría el príncipe azul.

Posó los ojos en Guido, que sintió su mirada sin volverse y buscó su contacto por debajo del reclinatorio. Estaban muy cerca, sus cuerpos, sus corazones. Guido. El delfín, el chico de provincias licenciado *cum laude*, que

había hecho la especialidad en Chicago, de la misma pasta y del mismo color que su padre, un hombre de antracita guapo como un Apolo, dispuesto a todo con tal de enriquecerse a costa de la piel de las personas, de las mujeres en particular. Las imperfectas. Ahora ella se sentía como ellas, una mujer como las demás. Porque así era como su padre y su marido clasificaban a las mujeres. No obstante, esa idea se le pasó por la mente de repente como una liberación, porque ser imperfecta significaba ser falible y, además, tener acceso a la verdad. Salir de la burbuja.

También estaba Maria Sole luciendo su traje de chaqueta Armani, obviamente, con las hombreras puntiagudas y enseñando sus largas piernas, apartada, con los ojos secos y los rizos recogidos en un moño bajo. No se movía, no lloraba, respiraba despacio y en solo dos ocasiones se había vuelto para mirarlos. Tenía la vista clavada en el suelo, no, mejor dicho en sus sandalias de color rosa palo con tacón de aguja. Qué poco gusto. Guido, en cambio, lloraba como lloran los hijos, con el pensamiento vacío, el estómago encogido.

—Pipí —dijo Gabriele.

—Espera un poco —le contestó su padre.

El niño se acercó a Anna y dio un salto, miró a su madre y ella le preguntó:

—¿Puedes aguantarte, Gabri?

Él asintió con la cabeza. Anna se volvió, recorriendo con la mirada la nave central. En las filas traseras divisó otros rostros, a sus amigas de toda la vida y a las de la tienda. También vio a la mujer del restaurante con los ojos de gato siberiano. Nadie sufría, nadie pensaba realmente en Attilio, solo hacían acto de presencia. Anna recordó todas las veces que había participado en un funeral con el pecho mudo y la cabeza pensando en la compra, en el médico, en qué haría de cenar.

Gabriele empezó a balancearse primero sobre un pie y luego sobre el otro, mientras el sacerdote bajaba del púlpito para esparcir agua bendita e incienso. Inmediatamente después Guido se dirigió hacia el féretro y lo levantó junto con otros dos hombres. Maria Sole había salido del reclinatorio para cortar el paso, pero al darse cuenta de que ya avanzaba hacia el ábside, regresó a su sitio y se sentó, a pesar de que todo el mundo estaba de pie. Anna la observaba, los observaba a todos buscando el dolor en los ojos de los demás. Era como si estuviera paralizada emocionalmente, y le daba vergüenza, habría querido llorar, mostrarse transida, pero no podía; empujaba la lengua contra el arco superior del paladar, donde tenía un corte: su dolor estaba ahí, tangible,

áspero. También habría querido hablar, recordar a su padre de un modo sentido y sincero, gritar su amor por él, en vez de quedarse escuchando los testimonios formales de sus colegas; y lo mismo le había sucedido a Guido, que había escrito un discurso —se lo había leído entre un sorbo de agua y uno de caldo— y al final no lo había sacado del bolsillo. Empezaba diciendo: «Tú has sido el padre elegido. El padre querido, el padre que cualquier hombre querría tener». Anna se acordó de cómo se abrazaron la noche anterior, entre lágrimas, frente a los ojos como platos de Natalia: el suplicio de sus padres la tenía aterrorizada.

Anna caminó hasta el ataúd, se arrodilló para besarlo, lo rozó con los labios, sintió el suave olor de la madera e imaginó a su padre al otro lado de aquella tabla que los separaba, con los ojos cerrados y la boca tensa. «Papá», susurró, y le pareció que iba a desmayarse. Fue Gigliola quien la socorrió, cogiéndola del brazo.

—Ven, cariño...

Fue en ese momento cuando Anna comenzó a llorar, como una catarsis.

—Anna, apóyate en mí —insistió Gigliola. Ya se habían puesto de acuerdo para ir juntas a casa de Attilio, mientras que Guido acompañaría el féretro hasta el cementerio donde, unos días más tarde, incinerarían el cuerpo.

En el exterior de la iglesia todos fueron a su encuentro. Era un día templado, el sol caldeaba el aire; abrazó a la gente, entre olores rancios y colonias de otros tiempos; bocas anónimas y bocas conocidas la rozaban para darle un beso, una palabra susurrada, el pésame. Amina la besó en los labios y puso su frente vieja sobre la suya:

—Ánimo, mi niña...

De nuevo fue un malestar físico lo que la agredió. Se volvió para buscar a Gabriele, mientras un hombre de unos cincuenta años la atraía hacia él y la abrazaba hasta romperla. De lejos reconoció a Xavier, estaba en la escalinata de la iglesia, con un pantalón blanco, una americana de paño y el cuello subido. Le sonrió. Su presencia fue como un soplo de aire. La primera bocanada después de la apnea.

Gigliola abrió la puerta, tenía las llaves de casa de Attilio. Anna quería recoger los efectos personales de su padre, cerrar el gas, poner la alarma. Encendieron las luces sin subir las persianas. Gigliola estaba pendiente de ella, su presencia le parecía necesaria.

El primer sitio al que se dirigió fue al dormitorio. Encima de la mesita de noche había una botella de agua, los pasatiempos de *La Settimana Enigmistica* y un libro de Dan Brown. Una agenda Moleskine en la que Attilio apuntaba nombres, citas, números de teléfono y dibujaba espirales. Y una horquilla con una perla y brillantitos. No se lo podía creer. Era esa horquilla.

Anna se quedó sentada en el borde de la cama y luego olió la almohada de su padre. El aroma era inconfundible; el olor de la habitación (lavanda) y de la loción de afeitado mezclado con esa pizca de rancio que con los años había hecho acto de presencia hacía que recordara un poco a la herrumbre. Levantó la cabeza y besó la funda, observó de nuevo la mesita como si fuera un altar. Seguidamente fue al cuarto de baño. Nunca ponía los pies en el de su padre, siempre iba al suyo. Se sorprendió al descubrir que el váter estaba estropeado, oscurecido por una pátina de color marfil. En los lavabos el paso del agua había ido dejando una marca con el tiempo. Alrededor de la bañera había una vieja cortina de plástico, cogida con unas anillas oxidadas; los azulejos de mayólica azul claro se veían opacos y desportillados.

Abrió el armario de los medicamentos y vio los fármacos de quimioterapia, tres frascos redondos, de plástico naranja y tapón rojo; seis tipos distintos de suplementos, vitaminas estadounidenses, Synalar, aspirinas, Polident para la dentadura, antidiarreicos y laxantes, Orfidal y Sildenafil. Anna cogió esta última caja de medicamentos: era Viagra. Cerró la hoja del armario rápidamente y se encontró frente a su imagen en el espejo. Le había estallado un capilar en la parte izquierda de la esclerótica. Su rostro se veía

demacrado, cansado y pálido. Se enjuagó la cara evitando volver a mirarse y se fijó en la pequeña repisa: había un vaso de cristal esmerilado con la dentadura de Attilio. El arco superior. Le pareció, por segunda vez, que las piernas le flaqueaban. Pensar en él encerrado en el ataúd sin los dientes le horrorizó. Su mente se colapsó al caer en la cuenta de que Attilio nunca habría permitido algo parecido y, sobre todo, no lo habría perdonado. Oyó el reproche: era culpa suya, por no haberse ocupado de arreglarlo ella misma; ella era la que debería haberse asegurado, la que debería haberse preocupado por su aspecto.

—¡Gigliola! —gritó Anna, mirando el vaso—. ¡Gigliola!

Pero ella no contestó. Salió para buscarla y la encontró sentada en el sofá, con los ojos brillantes, ojeando una revista de programas televisivos; cuando vio a Anna levantó la publicación hacia ella y le dijo:

—Marcaba las cosas que quería ver... Esta noche era *Miss Italia*.

Anna nunca había visto llorar a Gigliola. Su tristeza atenuó la rabia que sentía hacia sí misma. La mujer dejó la revista y le preguntó:

—¿Vamos a abrir la caja fuerte?

—¿Qué caja fuerte? —repuso Anna.

—La de detrás del cuadro...

Se quedó atónita cuando la vio dirigirse hacia su antigua habitación. La caja fuerte estaba detrás de una pintura al óleo que representaba unos bolos, un Pinocho y una peonza sobre un fondo pastel. Gigliola la descolgó de la pared. Anna la observaba sin dar crédito: había crecido frente a esa imagen y ni por un solo instante se le había pasado por la cabeza que detrás pudiera haber un tesoro.

—No tenía ni idea de que hubiera una caja fuerte, y en mi habitación además...

Gigliola temblaba casi imperceptiblemente. Se quitó las gafas con las lentes ahumadas para introducir la combinación, acercándose a la ruedecita con los ojos entrecerrados. Cuando la cerradura hizo un chasquido, dijo:

—Tengo una buena noticia.

Anna se quedó callada.

—La madre de la señora Borgogna me ha preguntado si puede verte...

—¿La de la denuncia?

—En efecto.

—¿Qué quiere de mí?

—No lo sé, pero si quiere verte es buena señal. No se habla con el enemigo, ¿no es así? Mañana por la mañana en su piso, a las once. Me lo ha

dicho ahora, estaba en el funeral...

—¿De verdad? ¿Mañana? Pero yo no tengo nada que ver con ese asunto... —Anna se sentó en la cama y deslizó la mano por la colcha—. Guido dice que esa mujer tenía una relación con papá. ¿Tú lo sabías?

Gigliola se sentó a su lado y cruzó las piernas.

—Estaba loca por él... Attilio tenía muchas pretendientas.

Anna suspiró.

—¿Qué ocurre?

—Tengo la sensación de no haber conocido a mi padre en absoluto.

—...

—¿Por qué no rehízo su vida?

—No deberías hacerte estas preguntas, ahora no, no tiene ningún sentido...

—No comprendo que me dejara de lado en todas sus decisiones.

—Su vida sentimental no tenía nada que ver contigo. Me parece que no te dejó fuera de nada.

—¿Tú crees que estuvo con muchas mujeres?

—Era un hombre guapo que se quedó viudo demasiado joven. Hizo lo que le apeteció hacer.

—Y yo no me enteré de nada...

—Pero, perdona, ¿por qué deberías haberte enterado?

—Nunca se me ocurrió pensar que pudiera tener a alguien. ¿No es extraño?

—No, a mí me parece bastante normal. Mi hija tampoco se ha preocupado nunca de mi vida sentimental.

—¿Has estado con otros hombres, aparte de su padre?

—Claro —contestó Gigliola, al tiempo que se encogía de hombros.

—Ah...

—¿Crees que tu padre estaba al corriente de lo que pasaba en tu matrimonio?

—No —susurró Anna más para sus adentros.

—Y que sigue pasando, si me permites decirlo. —Inclinó la cabeza hacia un lado, su mirada era indulgente.

—¿Por qué lo mencionas?

—Porque hace dos semanas que Guido duerme en un apartotel...

—Se marchó y yo no lo retuve.

—Deberías hacerlo ahora, pues.

—No sé si quiero, y no sé si él quiere. Ya no entiendo nada, Gigliola, todo va demasiado deprisa... Es como una avalancha.

—Vaya rápido o no, comprendo que los últimos tiempos no han sido fáciles, pero tienes que agarrar bien a tu marido.

—Tú no agarraste bien a tu marido...

—Mi marido está muerto, yo soy como tu padre, soy viuda. Y como viuda te digo que no se puede dejar marchar así a un marido.

—No lo sabía, perdóname. He sido muy poco delicada.

Gigliola se miró los zapatos y levantó las puntas.

—No te preocupes. ¿Y Guido por qué se ha marchado?

—Hacía tiempo que las cosas no iban bien. Nos hemos alejado uno del otro, creo que todo empezó con el nacimiento de Natalia.

—No es fácil lidiar con dos niños tan seguidos, y además él ha tenido una presión enorme en el trabajo.

—Sí, así es. Pero no puedo culparle. Yo tampoco estaba bien...

—Los hombres no son tan nobles, no se marchan solo porque el matrimonio no funciona. —Se puso bien las gafas—: ¿No has pensado que quizá tenga una aventura?

—Sí, lo he pensado —confirmó Anna—. He visto a Maria Sole demasiado cerca de él y de los niños... —Tenía la cabeza embotada, como si sus pensamientos fueran a cámara lenta.

—No me gusta nada esa mujer...

—¿Por qué?

—Es una arribista, una lameculos. Todavía no me hago a la idea de que le hayan dado un cargo tan importante.

—Bueno —Anna suspiró—, es una mujer guapa, y si además como dices tú es una lameculos, tendrá mano con las clientas, ¿no?

—Eso sin duda, pero en mi opinión no es de fiar: es una neurótica, tiene problemas alimentarios y además es inestable. No sé... No te haces a la idea de las veces que la he visto llorar. Llorar y vomitar.

—Por eso está tan delgada...

—Sí, está obsesionada: con el cuerpo y con los vestiditos. Va a la clínica como si fuera a un desfile.

—Bueno, pero forma parte de su papel. —Paradójicamente, casi la estaba defendiendo—. Attilio también estaba obsesionado con su aspecto. —Le dio un pinchazo en el estómago al imaginarse su boca sin dientes pudriéndose bajo tierra.

—Sí, sí, por supuesto, pero abrir una unidad de la clínica para ella, pagarle un curso de formación... En resumen, me parece excesivo. A estas alturas, hasta la cajera del supermercado se pone ácido hialurónico...

—¿Quién le pagó el curso de formación?

—Tu padre. Ella quería ir al extranjero, estuvo fuera durante seis meses. En Londres. Alojamiento y comida pagados para la princesa. Y estaba en nómina. ¿No te parece excesivo?

—Podría ser su hija...

—¿Qué dices? Despierta, cariño... Le había puesto los ojos encima. —Titubeó un momento—. Es más, diría que algo hubo. La pillé alguna vez echándoles la bronca a las enfermeras, y él lo sabía, lo sabía perfectamente. Es una *borderline*, una de esas desequilibradas por las que los hombres pierden la cabeza, incluido tu padre. ¡Se las hacía pasar moradas..., demasiado!

Anna se mordió una uña hasta arrancársela. Se acordó de cuando era pequeña, se enrollaba un mechón de pelo entre los dedos y luego se metía las puntas en un extremo del ojo. Siempre lo tenía enrojecido y Attilio no lo soportaba, no entendía por qué se hacía daño. Existen castigos blandos y constantes en la vida de todos, pequeñas penitencias.

Gigliola se levantó y fue a la caja fuerte, la abrió y miró el interior. A continuación se volvió y le dijo:

—¿Vienes?

A Anna no le apetecía hurgar entre esos documentos, habría preferido echarse a dormir. Le habría gustado regresar al día en que hizo el amor con Xavier por primera vez, el mismo de la fiesta de la clínica, cuando las emociones tomaron el control de su vida. La euforia le había gustado, y también la libertad que parecía haber reencontrado. Lo había visto en la escalinata de la iglesia. Y después volvió con la mente al otro día, delante del colegio: su padre y Maria Sole, en el coche, mientras ella los observaba desde el piso blanco.

Se levantó como le había pedido Gigliola. Pero volvió a caer en el mismo sitio:

—No puedo —dijo.

Gigliola hizo caso omiso a sus palabras y sacó de la caja fuerte un estuche de raso azul, que dejó encima de la cama al lado de Anna. Después les tocó el turno a una caja de madera, una carpeta en la que ponía CELTA, un juego de llaves y un cuaderno de anillas azules. Gigliola trasladaba las cosas con

precisión, disponiéndolas a cierta distancia unas de otras, y se sentó en la parte opuesta de la cama. Cogió el juego de llaves y dijo:

—Aquí están todas las llaves de Villa Sant’Orsola. Todas.

Anna pasó el dedo por la tapa del cuaderno azul y lo abrió: contenía las libras esterlinas de su padre en hojas plastificadas. Había al menos un centenar, de oro puro, como las que se utilizaban como colgantes o adornos en pulseras. Pequeñas y brillantes, un tesoro.

—Hay una fortuna —comentó Gigliola—. Voy a preparar café.

—¿Y tú qué opinas de papá?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué sabes de ese asunto de las prótesis?

—Mira, Anna, entiendo que para alguien que no está acostumbrado a ciertas lógicas estas cosas puedan parecer graves, pero no lo son, créeme. Son prácticas bastante habituales. Él salvó la clínica, y recuerda una cosa muy importante: sus pacientes siempre han quedado satisfechos con su trabajo. Attilio era un gran señor, un hombre como ya no quedan. Para mí ha sido una persona ejemplar, un punto de referencia. —Le sonrió y salió de la habitación.

Anna tenía la sensación de que el dolor era como una infección que le devoraba el cuerpo y, sobre todo, la mente. No era capaz de razonar. Se quedó allí, mirando el estuche de raso; no tenía valor para abrirlo. Estaba convencida de que dentro habría una placa. En una ocasión se la habían dado a su padre en Dusseldorf como homenaje. Estaba muy orgulloso. Y, sin embargo, Anna nunca la había visto. Levantó el cierre de la lengüeta. Era un collar de brillantes y esmeraldas. Lo había visto antes en una fotografía de su abuela, a la que no llegó a conocer; para ella era un objeto familiar, como el cuadro que escondía la caja fuerte: siempre había estado delante de sus ojos. Nunca se había preguntado adónde habría ido a parar. Lo tenía su madre; Attilio nunca se lo había dicho. Se lo había dado todo menos el collar. Anna se sentía feliz de no saber nada de esa herencia, y por un instante le pareció que su madre estaba a su lado. Nunca había tenido nada tan íntimo de Orsola.

Gigliola volvió con el café en una bandeja.

—¿Azúcar? —Le puso una cucharadita sin esperar respuesta—. ¡Qué preciosidad! —exclamó observando los dedos de Anna que recorrían las piedras, una a una.

—Era de mi abuela. —Respondió ella suspirando.

Cogió el café y se lo tomó de un sorbo. A continuación abrió la caja de madera. Había más joyas de varios tipos: una pulsera con los pendientes a juego, un anillo con una aguamarina, tres pares de pendientes, perlas,

amatistas y aros de oro. Y un pendiente suelto. Un cangrejo de coral. Era el mismo cangrejo de coral que Gigliola llevaba en el dedo, convertido en anillo.

Se lo había dado Attilio. Había guardado ese tesoro escondido en la caja fuerte, la herencia de Orsola; solo había cogido una pieza y se la había regalado a ella. ¿Por qué?

Miró a Gigliola a los ojos. Esta dijo:

—Tu padre y yo nos consolamos el uno al otro.

Anna no respondió nada. Parecía que no hubiera espacio para añadir ninguna pregunta, porque la situación lo sugería todo. Attilio tenía un mundo secreto, o, mejor dicho, una vida sentimental que había mantenido oculta. Legítimamente, quizá. Y Gigliola parecía la tesorera de esa existencia subterránea: tenía la llave de la caja fuerte, conocía «los juegos» de Attilio, poseía una pieza de la herencia de Orsola. Sin duda habían sido amantes, por eso odiaba a Maria Sole, temía que Attilio se sintiera atraído por ella. Para Anna era incomprensible que existiera una relación entre su padre y esa mujer, le encajaba más Guido.

—¿Nos vamos?

—Sí —contestó Anna.

Señaló con el dedo el cuerpo del cangrejo, pero Gigliola la ignoró, se levantó para cerrar la caja fuerte y dijo:

—He cogido una bolsa para llevar las cosas. Y ya he cerrado el gas. —Era una bolsa de deporte del club. Ella se ocupó de meter las cajas, la carpeta y las llaves. Cogió el abrigo y se lo puso a Anna en los hombros—. Venga, cariño, vámonos.

Se dirigieron a la puerta. La casa en penumbra parecía todavía más grande y los suelos de mármol se reflejaban en la oscuridad. En la entrada se fijó en un retrato de santa Ana, el mismo que había visto en el despacho de Maria Sole.

—¿Qué miras? —le preguntó Gigliola.

—Santa Ana.

—Es la protectora de las parturientas.

—¿De verdad? No lo sabía.

—La abuela de Attilio murió en el parto. —Gigliola cerró las tres cerraduras y llamó al ascensor.

Anna se quedó de pie como un saco vacío, no tenía fuerzas ni siquiera en los brazos.

—Pasa, cariño, vamos.

Se metió en el ascensor pensando en cuántas cosas más ignoraba. ¿Su padre le había puesto ese nombre porque le gustaba o para conjurar el destino? Ya nadie le daría una respuesta.

La casa estaba sumida en una penumbra tenue. Eran alrededor de las ocho de la tarde y, sin embargo, todo parecía aletargado.

—¿Cómo estás? —Guido había salido del dormitorio, en vaqueros y camiseta, descalzo, y los ojos untados de sueño.

—¿Y los niños?

—Se han quedado dormidos. Y yo también, la verdad.

—Voy a comer algo —dijo Anna.

—Te haré compañía.

Se quitó el abrigo y colgó la bolsa del club en el perchero con la esperanza de que Guido no se fijara en ella. Entraron juntos en la cocina y él abrió una botella de vino tinto. Anna cogió el recipiente de los quesos, cortó un tomate y una rebanada de pan. Se sentaron a una esquina de la mesa, ni siquiera se molestaron en poner platos.

—Estoy destrozada —admitió ella.

—Me lo creo. —Su mirada era compasiva y tranquila.

—¿Se han dormido sin problema?

—Gabriele ha preguntado por el abuelo...

—¿Qué le has dicho?

—Que ha ido volando al cielo sobre una estrella, con la abuela Orsola, y que ahora es feliz.

Las lágrimas le cayeron sin control. Habían pasado pocos días, pero Anna ya estaba acostumbrada a ese llanto repentino que estallaba como una carcajada. Y sobre todo sabía que no debía reprimirlo. No se puede luchar contra la muerte. Ella, de pequeña, cometió ese error con su madre; fue un mecanismo de defensa. Apartaba continuamente a Orsola de su pensamiento, pero el dolor era más listo y más ágil: se presentaba con puntualidad y la golpeaba en los hombros; después, con el paso de los años, se había ido

mitigando, pero sin desaparecer del todo. Attilio siempre lo decía: «Anna, en el fondo, es una persona melancólica». Como si fuera un rasgo de su carácter.

Guido le llenó la copa y ella bebió un largo y reconstituyente trago.

—Tengo una buena noticia —dijo él—. Parece que van a retirar la denuncia contra mí.

Anna no hizo comentarios, como si no supiera nada.

—Bien.

—La madre de la señora Borgogna se habrá enterado.

—Ya.

—Del Bosco dice que, si no se presenta ninguna denuncia más, todo quedará en un juicio civil. En el peor de los casos pagaremos una multa.

—Esperemos que así sea. —Anna se encogió de hombros, cogió un pedazo de camembert y le supo tan amargo como si fuera veneno.

—Deberíamos pensar en lo que vamos a hacer ahora.

—¿A qué te refieres?

—A cómo vamos a llevar la clínica.

Ella tragó saliva. No había pensado ni por un segundo en ese asunto. La ausencia de su padre se hizo aún mayor, como un círculo que se expande en el agua. Anna era del todo incapaz de gestionar ciertas cosas. Su padre y su marido siempre se habían ocupado de ella, y en ese momento se sentía tremendamente sola. Guido estaba allí, se había quedado a su lado durante la tormenta, pero ya no era su hombre, era solo el padre de sus hijos. Se sintió perdida y también estúpida, infantil. Y la idea de enfrentarse a todo eso, y en concreto tener que tomar decisiones, le pareció una empresa enorme, una montaña que no sabía cómo escalar.

—¿Quieres ir a vivir a casa de tu padre?

—No lo sé, todavía no he pensado nada.

—Nadie te mete prisa. —Guido ladeó la cabeza.

Anna tuvo la sospecha de que él, en cambio, lo había planificado todo: esos tres días juntos los había hecho retroceder, ya no estaba claro qué eran el uno para el otro. Pero él sabía a la perfección hacia dónde apuntar. Anna lo sentía debajo de su piel.

—¿Tú tienes alguna idea? —le preguntó, esperando que se desenmascarara.

—No, en absoluto. Se trata de tu herencia, no de la mía. —Y se sirvió un poco más de vino—. No sé lo que sientes, quizá te apetezca irte a vivir a esa casa, es el lugar donde creciste...

La idea de vivir allí le congeló las arterias. La casa era muy grande y antigua, se había quedado estancada en los años sesenta, necesitaba una reforma. Pero la posibilidad de cambiarla, ni que fuera un centímetro, le parecía una traición a su padre. Tirar paredes, rehacer la cocina, el baño, pintarlo todo... significaría borrar a Attilio, y con ello la memoria de Orsola.

—Ahora mismo no creo que pudiera vivir allí.

—¿Y qué querrías hacer, alquilarla o venderla?

Era evidente que le interesaba saberlo, pero solo en la medida en que cualquier cosa que ella decidiera repercutiría en él.

—¿Tú qué harías? —Anna lo observó.

Quedaba una última rebanada de pan, él la cogió y untó tomate por encima, añadió sal y se la tendió.

—Yo me mudaría. —Anna cogió el pan. Guido puntualizó—: Si fuera tú...

—Ahora es demasiado pronto.

—Cora ha hecho flan. ¿Te apetece?

—No, gracias.

Guido se levantó y fue a la nevera. Vestido así parecía diez años más joven. El sarpullido del cuello aún no se le había quitado.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó ella, señalándolo.

—Psoriasis.

—¿No te pones nada?

—Sí, unas cremas, pero no dan resultado. Es cosa de la cabeza, del estrés... —Se sentó en el borde de la silla, cogió una cucharilla de postre y se la tendió.

Anna negó con la cabeza. Se imaginó que tendría que ver con el asunto de la clínica, seguramente hacía tiempo que se sentía amenazado; a pesar de que siempre mostraba ese talante tranquilo, debía de estar asustado.

—Guido, me voy a la cama, no me tengo en pie.

—¿Quieres algo para dormir?

—No, esta noche estoy segura de que lo conseguiré por mí misma.

—Bien —concluyó él, y mientras ella se levantaba, metió las cosas en el fregadero. Nunca lo hacía. Ese gesto la enterneció.

Anna se encerró en el cuarto de baño y se dio una ducha. Lloró bajo el agua caliente. Le parecía que tenía que vaciar el dolor a intervalos regulares, y el dolor todavía era palpable, hecho de lágrimas, gemidos y sollozos; sabía que se convertiría en silencio y que luego solo quedaría la cicatriz, pero por entonces era una herida abierta. La de su madre era casi invisible, una marca

estrecha y alargada en el corazón, una raya oscura que no se podría ver a simple vista. Un día Attilio le había dicho que un corazón que ha sufrido se reconoce entre mil: el músculo cardíaco cuenta la historia de cada individuo. Anna intentó imaginar cuándo se paró el de su padre. No se lo quitaba de la cabeza, habría dado cualquier cosa por saberlo. Ese deseo tenía que ver con la añoranza y con un sentimiento de culpa sutil y persistente: se torturaba por no haberse preocupado por él. No había contestado en toda la mañana, debería haberse dado cuenta. Attilio siempre estaba ahí.

Se secó el pelo cabeza abajo, se pasó el secador por el cuerpo y se aplicó aceite de argán. Tuvo un momento de alivio, el calor y el cansancio iban ganando terreno. Se puso el camisón y se metió entre las sábanas.

Guido no estaba. No sabía dónde había dormido los días anteriores, si en la habitación, en el sofá o en el cuarto de los niños, en la cama que de vez en cuando se ponía Cora. Lo vio llegar y entrar en el cuarto de baño, entonces cerró los ojos y le pareció que se caía, pero era una sensación agradable, ajena al sufrimiento: era una señal de la presencia de su cuerpo, exhausto y derrotado. Se abandonó y siguió cayendo hacia atrás, con un vértigo hondo pero vacío, sin sentimientos, y entonces notó que Guido la estaba tocando. El contacto le pareció violento, como si hubiera salido a la superficie de un empujón repentino. Se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, y al cabo de unos instantes el sopor la envolvió de nuevo.

Se dio cuenta de que él estaba llorando. No quería mirarlo, nunca lo había visto llorar. Se colocó junto a ella y la hizo rodar hacia un lado, sus cuerpos quedaron pegados. Estaba hirviendo, debía de tener fiebre. Sintió que el calor la inundaba. Luego notó el pecho de Guido que se sacudía con un sollozo reprimido, como si estuviera relegando el dolor al fondo de la garganta.

—Lo siento. —Le recorrían oleadas de sufrimiento, un terremoto de espasmos intensos—. Lo siento, lo siento, lo siento...

Le cogió la mano, se la llevó al vientre y se acurrucó. Al verlo a él tan deshecho, ella se había quedado congelada, como si ya no tuviera más lágrimas para ese día; pero cuando después le dijo «Era como un padre para mí, no sé qué haré ahora sin él...», Anna sintió una conmoción nueva y más devastadora. Se volvió y le besó las mejillas mojadas y la frente que ardía. Él buscó sus labios.

Fue un beso abierto, metálico pero profundo, tácito como el sentimiento que los unía. No tenía nada que ver con el sexo, sino con la cercanía.

—Lo he estropeado todo. —Guido sollozó y ella lo besó de nuevo. Permanecieron abrazados en la oscuridad, nunca habían estado tan cerca—.

Es culpa mía, todo es culpa mía —repetía él, pero no estaba claro a qué se refería, si a su matrimonio o al asunto de las prótesis. Él tampoco se había preocupado de Attilio. Habían estado demasiado concentrados en sí mismos, en lo que estaba ocurriendo.

—No digas eso, no sirve de nada... —murmuró, movida por el mismo sentimiento de culpa, como si en aquella tortura hubiera algún tipo de placer. Tal vez era un modo de expiarla, se dijo. Pero luego pensó que no habrían podido salvar a Attilio. No dependía de ellos—. No es culpa de nadie —añadió.

—Anna, perdóname...

Ella lo abrazó, seguía pasándole los dedos por la nuca, por el cuello, sintió la piel gruesa, seca y árida en la zona donde estaba inflamada, y la pena se hizo todavía mayor, más misericordiosa. Cuando él le abrió las piernas y entró en ella, Anna no pensó ni un solo instante que estuvieran haciendo el amor. Debían unirse más aún, para llorar y pasar la pena. Estaban tendidos de lado, sintió con la punta de los dedos que la piel de su pantorrilla izquierda estaba llena de costras, descamada. Se mecieron, él estaba dentro de ella no en busca de placer, sino para estar cerca, lo más cerca posible. El olor le era tan familiar que le parecía el suyo propio. Conocía de memoria la consistencia de sus músculos, el ritmo de la dicha. Guido estaba casi quieto y no dejaba de llorar. Era bonito. Íntimo. Anna siempre tenía la sensación de que en la sexualidad de Guido había algo de escénico y narcisista; aunque fuera generoso en el amor, parecía que su excitación empezaba con la contemplación de sí mismo. Aunque no tenía claro si empezaba o terminaba. Aun así, sentía que no era ella la fuente de su deseo, y sabía que algunos gestos eran vacíos, pornográficos y mudos. Eso la había impedido abandonarse por completo a su marido. Que era fascinante, atlético, seductor, pero inaccesible. Al contrario que Xavier, que tenía la capacidad de entrar tanto en su cuerpo como en su mente, de hacer que se corriera mientras la miraba a los ojos: los de Guido siempre estaban cerrados, y también Anna los cerraba. Solían estar muy lejos el uno del otro cuando sus cuerpos se enlazaban. En esa ocasión fue distinto. A pesar de que era noche cerrada, a pesar de que lloraban, Anna sintió que estaban infinitamente cerca, fundidos en su dolor. Una sensación recóndita. El orgasmo la cogió por sorpresa, no sabía de dónde procedía: estaba casi inmóvil, no había nada erótico en esa situación. Y, sin embargo, llegó como una explosión, se abrió sin premisas, la invadió. No emitió ningún sonido, pero Guido lo percibió todo, perfectamente. Él también llegó al orgasmo, en silencio. Por lo general, Anna

tendía a exacerbar sus orgasmos, explicitaba que los tenía, y él los celebraba golpeándola con la pelvis hasta hacerle daño. En ese momento, en cambio, todo fue más sutil, nimio y privado. Pero auténtico. Él le lamió las mejillas y también ella lo hizo, eran saladas y suaves.

—Creo que tengo fiebre —le dijo.

Ella lo besó de nuevo en la frente y suspiró.

—Yo también lo creo.

—¿Adónde vas? —preguntó Guido cuando notó que se movía entre las sábanas. Habían dormido como solían hacer, ella acurrucada de costado y él siguiendo la forma de su cuerpo, como una cuchara.

—Voy a salir a hacer la compra, me irá bien.

Guido se quedó con la cara entre las almohadas y el cuerpo abandonado. No dijo nada y salió de puntillas. Si por ella fuera, se habría quedado tumbada al lado de su marido, asimilando el luto entre las sábanas; lo único que parecía aliviarle el dolor era el sueño, la inconsciencia, el duermevela. Abrir los ojos era desgarrador, la realidad la agredía, la muerte de su padre afloraba como un monstruo; enseguida la cogía por las vísceras y entonces el cuerpo también se veía afectado por el dolor: el intestino, el corazón y la cabeza (que zumbaba como una emisora de radio que no se puede sintonizar bien).

Subió al coche y puso la calefacción. Intentó ubicar mentalmente la dirección de Marina Borgogna, pero no sabía cómo llegar hasta allí, le faltaban trozos de la ciudad: se le escapaban los vínculos, las conexiones.

Durante el primer tramo condujo despacio, mirando a su alrededor. Cuando llegó a la rotonda se metió por la salida equivocada y fue a parar a la circunvalación; pensó en cambiar de sentido para volver hacia la mezquita, pero al final acabó en un túnel largo y oscuro, sin salida. Conducía despacio por el carril de la derecha, la oscuridad la asustaba. Después de bastantes kilómetros cogió una salida que daba a una zona periférica y popular: edificios bajos y deteriorados, murales, una hilera de tiendas chinas, un parque infantil que se caía a pedazos. Y más allá estaba el cementerio. Quería volver a su barrio burgués, encerrado en una burbuja, del que nunca salía. Se quedó atascada detrás de un camión de limpieza urbana. Una chica con un traje de rayas fosforito vaciaba un contenedor, el olor era nauseabundo.

Por fin arrancó, circuló por una avenida llena de árboles sin hojas y esqueletos de ramas; el viento plegaba la maleza. Se detuvo al lado de un

hombre y bajó la ventanilla.

—Disculpe, ¿para ir a la mezquita?

—Lleva los cuatro intermitentes encendidos —le indicó el hombre señalando el capó.

Ella pulsó el botón y se volvió de nuevo hacia el desconocido, que dijo:

—Al final de la avenida a la derecha.

Llegó a una segunda rotonda que sí conocía, la cruzaba todas las mañanas para llevar a Gabriele al colegio, pero a pesar de eso no lograba saber qué salida era.

El teléfono sonó. Era Leopoldo Vassalli, el notario. Anna estacionó, le parecía imposible hacer las dos cosas a la vez, hablar y conducir.

—Anna, hola.

—Leopoldo, ¿cómo estás?

—Yo bien, pero ¿y tú?

Se volvió desorientada y miró hacia fuera, como si una idea brillante se abriera paso en su interior, y tuvo la certeza de que la calle paralela era la de la señora Borgogna.

—Confusa —admitió.

—Me lo creo, querida.

—Cuéntame.

—Quería confirmarte la cita.

—¿Qué cita?

—En mi despacho, esta tarde a las seis.

No recordaba nada. No era confusión, era algo más: la ausencia de su propia presencia.

—¿De verdad?

—Ayer llamó Guido para quedar.

—Ah, sí —respondió Anna—. Pues entonces nos vemos más tarde —dijo con determinación.

—No hay ninguna prisa, Anna, tenlo presente.

—Lo sé, Leopoldo, gracias.

Aparcó en el sitio donde estaba, bajó del coche y decidió ir a pie. Su padre tenía razón, el frío tonifica: sintió que la embestía, pero fue una sensación placentera, una agresión diferente a la tristeza.

Cuando llegó, el portal estaba abierto. Era un edificio noble, con una entrada imponente y un jardín interior del que partían dos grandes escalinatas de mármol. Un portero salió a su encuentro.

—Marina Borgogna —dijo Anna.

—Cuarta planta, escalera B.

Anna cogió el ascensor y, cuando estuvo delante de la puerta, sintió que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. Le daba miedo ese encuentro y se sentía cansada, demasiado cansada. Le abrió la señora en persona, no la asistenta.

—Llega tarde —le dijo.

—Sí —reconoció Anna.

—Por favor, pase, le mostraré el camino.

Era una mujer mayor, tendría la edad de su padre, quizá un poco más. Era de estatura baja, muy delgada y rígida, se movía lentamente y le costaba volverse hacia ella, como si debajo de la blusa de satén llevara un corsé. Su cabellera blanca era impecable, igual que la de su perro, un pomerania de color champán que le pisaba los talones. Ella y su mascota se parecían, melena vaporosa y un esqueleto minúsculo.

—¿Qué quiere tomar?

—Un café, gracias.

Se sentó con la espalda recta en el sofá floreado, y el perro se le puso en el regazo; Anna se quedó de pie durante unos segundos admirando la vista espectacular que se contemplaba desde la ventana, situada justo en el centro del salón. A continuación sus ojos repasaron los grandes volúmenes simétricamente expuestos en una mesa baja y acristalada. La sala estaba inmaculada: llena de objetos valiosos, alfombras, adornos y fotos enmarcadas; no había ni una mota de polvo, ninguna señal de que allí viviera alguien.

—¿No se sienta?

A Anna le pareció que se caía sobre la butaca y solo en ese momento centró la atención en el rostro de la mujer. Sin duda su padre lo había retocado: tenía los pómulos altos y la barbilla en punta, estirada, como si debajo hubieran enterrado una piedrecita; pero lo más sorprendente eran sus ojos, alargados hacia las sienes y azules, cristalinos, transparentes, mientras que los labios hinchados habían perdido los contornos y parecía que su boca desapareciera en la cara, turgente e inexpresiva.

—He sentido mucho la muerte de su padre.

—...

—Aunque una muerte así a nuestra edad... es de esperar.

—Tenía setenta y nueve años —dijo Anna, abatida por las palabras de la mujer.

—Una edad perfecta para morir. Cuando pasas de los ochenta, el cuerpo se convierte en la prisión del espíritu si la cabeza todavía funciona. Y la

cabeza de Attilio funcionaba... ¿No es cierto?

Había orquídeas por todas partes, dispuestas en jarrones dorados de estilo oriental. A Anna todo ese olor a flores le daba náuseas. Y también Marina Borgogna, con esa mirada entrometida y su perrito que jadeaba como si hubiera corrido kilómetros.

—¿Por qué estamos aquí?

—Para hablar.

—¿De qué?

—De lo que su marido y su ayudante le han hecho a mi hija. Usted está al corriente de que hemos presentado una denuncia, ¿verdad?

—Sí, claro.

—En vista de las circunstancias, pensaba retirarla. Acabaría pagándolo usted, y usted es inocente, ¿me equivoco?

Anna se aclaró la garganta.

—Señora, no termino de entenderla.

—Me imagino que ahora que nuestro Attilio ya no está, será su marido quien dirija la clínica. ¿A nombre de quién está? ¿Al de usted o al de él?

Una asistenta apareció con una bandeja con los cafés, una jarra de agua y unos vasos. Anna bebió mientras la mujer servía leche en la taza de la señora.

—No es asunto suyo... —dijo Anna, aunque no con un tono tajante, sino todo lo contrario: más bien tenía la sensación de ser una niña, de hundirse en aquella butaca adamascada. Cuantas más afirmaciones fuera de lugar hacía la mujer, más pequeña sentía que se iba volviendo, como Alicia en el país de las maravillas.

—Supongo que si su marido es investigado, no será fácil encontrar a alguien nuevo como referente.

Anna se llevó el café a la boca porque no sabía qué contestar. ¿Adónde quería ir a parar?

—Esa mujer, la ayudante de su marido...

—Maria Sole Meli.

—Exacto. Esa mujer...

—¿Qué?

—Le propuso a mi hija que engañara al seguro. Me he informado y lo hace a menudo. No es deontológico. Está de acuerdo, ¿verdad?

—...

—Ellos implantan prótesis caducadas y no aptas: si después ocurre algo, la clienta que ha aceptado estafar al seguro tiene las manos atadas.

—Mire, señora, yo no estoy al corriente de los procedimientos de la clínica, yo ni siquiera quiero...

—Yo se lo explicaré, es sencillo. La señora Meli se inventa un historial falso de la paciente X: informes médicos que hablan de la aparición de un tumor, la intervención de cuantrectomía o mastectomía. Hay pacientes que tienen seguro de reconstrucción. Muchas aceptan y quedan cubiertas...

—¿Y qué beneficio saca la señora Meli?

—Sin duda hace lo que podría llamarse una «jugarreta» a la clienta, que no solo paga, sino que se ensucia las manos, se vuelve cómplice.

Anna cerró los ojos durante diez segundos.

—Y este jueguito se aplica en muchas intervenciones: rinoplastia después de un accidente, abdominoplastia después de una operación que ha provocado adherencias, etcétera, etcétera. En fin, unos ingresos considerables.

—...

—Debería abrir los ojos, querida mía. Sobre todo ahora que quien gestionará la clínica será usted. Y si no es usted, es mejor que tenga a su marido bajo control. —Cogió la taza con dos dedos, rígida, inmutable. Sus pulseras de oro sonaron, una estaba cargada de libras esterlinas.

Anna se dejó caer hacia atrás, apoyó la cabeza en el respaldo y se echó a llorar. Las lágrimas le bajaban por la cara. La mujer le tendió una servilleta y luego posó la mirada en su perro y lo acarició con ambas manos. Esperaba a que Anna parara.

—Quiero que esa mujer se vaya de la clínica. Y no se trata de una petición, sino de una condición.

—¿Por qué? —preguntó Anna sin reservas.

—Porque sí.

—No es una respuesta razonable.

—Tampoco lo ha sido su comportamiento.

—¿Retirá la denuncia contra mi marido?

—Sí, lo haré. Pero por una sola razón. Por usted, Anna. Si su padre todavía estuviera vivo, seguiría las vías legales, porque pienso que lo que han hecho es inadmisibile. Me parece desconcertante que una clínica como la suya se rebaje a esos niveles. Y me parece desconcertante que a una clienta como mi hija se le proponga una maniobra de ese tipo. Pero estoy convencida de que la culpable de todo es la señora Meli.

—Pero ¿no habló de ello con mi padre?

—Claro, claro...

—¿Y bien?

—Estaba apesadumbrado, decía que había sido un error, un estúpido error: comprobó todo el proceso, me explicó que la prótesis era defectuosa y que la solución era quitarla... Por eso fuimos a ver al doctor Carlotti.

—¿Eran muy amigos?

—¿Quiénes?

—¿Usted y mi padre?

—Amigos, sí... —Sonrió.

—¿El *lifting* se lo hizo él?

Cerró los ojos y acarició a su perro. Asintió.

—¿Se hizo otras operaciones con él? —siguió interrogando Anna.

—Una abdominoplastia. Después del parto se me separó la pared abdominal.

—Entonces se conocían desde hacía muchos años.

—Cuarenta.

—¿Por qué quiere hacer esto por mí?

—Porque amaba a su padre y su padre la amaba a usted, muchísimo.

Attilio ya no estaba, se encontraba delante de una desconocida que se sentía engañada, traicionada y humillada, y, a pesar de todo, el amor de su padre continuaba protegiéndola, estando presente. Pero ¿hasta cuándo iba a ser así?

—Señora Borgogna, yo no sé nada de todo eso, ni siquiera tengo idea de por qué...

—El dinero es una tentación permanente. Todo tiene un precio.

—Nunca habría pensado que mi padre pudiera...

—No tiene por qué asombrarse, querida mía. La sanidad pública y también la privada de nuestro país..., ambas son un nido de víboras.

De nuevo se quedó sin palabras.

—De todos modos, tiene que despedir a esa mujer. —La señora Borgogna apretó la boca.

—Pero, al fin y al cabo, no es más que una ayudante. —Anna se inclinó hacia delante: la reducción del espacio personal delataba que se estaba acercando a los argumentos de la señora de la casa.

—Una ayudante joven, decidida, ambiciosa y dispuesta a todo.

—No deja de ser una ayudante.

—Si estamos de acuerdo en que todo tiene un precio, estará de acuerdo conmigo también en que el otro motor que mueve el mundo es el coño.

Anna dio un respingo al escuchar esa palabra inesperada, violenta y siniestra. ¿Qué estaba insinuando?

—Quiero que esa mujer se vaya de la clínica. Solo entonces retiraré la denuncia contra su marido.

Anna se enderezó y se acercó un poco más. Quería abordar el tema, Gigliola también había comentado la posibilidad de que Maria Sole pudiera haber sido amante de Attilio. «O una de sus amantes», debería haber dicho en ese momento. No lograba comprender qué importancia tenían los celos en este asunto. Marina Borgogna se puso de pie de repente y el perro se quejó: empezó a ladrar y a gruñir, con las patas clavadas en la moqueta de color marfil.

—No, cariño, no, no pasa nada, nada. Tesoro, ahora ve a dar tu paseíto y después te daré la comidita, chisss, chisss... —Se había doblado en ángulo recto como si su espalda no pudiera flexionarse. Nada de su cuerpo podía ya flexionarse, y Attilio había sido partícipe de esa inmovilización, había tirado tan fuerte de los bordes de la piel que las expresiones brillaban por su ausencia. Solo quedaban los ojos, tan firmes y orgullosos mientras le hablaban y tan dulces y cariñosos cuando se dirigía al perro.

—Adiós, Anna. Tenga cuidado —dijo sin volverse, centrada en el animal que continuaba ladrando—. ¡Samila!

La asistente acudió con la correa y las bolsitas de plástico para los excrementos. No dijo nada, pero fue expeditiva, rápida. Cogió al perro por detrás como sorprendiéndolo y le puso el mosquetón en el collar. Tiró de él mientras le daba la espalda y sin dejar de repetir: «Vamos, vamos».

—Por favor —dijo la mujer indicando la puerta; se le había terminado el tiempo y sus fuerzas se habían disuelto.

Anna siguió a la asistente y al perro, que no dejaba de ladrar. Cuando estuvieron en la puerta se volvió con una sonrisa forzada, pero Marina ya estaba cerrando. Se movía como un robot, Attilio le había dado el golpe de gracia: era una estatua de cera.

En el ascensor observó al pomerania, que no se callaba, y a la asistente, que miraba al vacío. Se sentía incómoda y cansada. La mujer salió detrás del perro, que por fin se había calmado y trotaba rápido hacia la salida con esos andares confusos, primero humildes y después principescos.

Anna cogió el teléfono y vio dos llamadas perdidas de Guido.

Y un corazón de Xavier. Un corazón rojo, palpitante, activo. Un corazón puro, ajeno a todos esos engaños.

Anna le envió otro igual al instante y después telefoneó a su marido.

Su voz era cálida y tenue.

—Anna, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Dónde estás?

—En el centro...

El perro había vuelto a atacar, esa vez su objetivo era el portero. Tiraba de la correa mientras la asistente estaba quieta con la cabeza gacha sobre el móvil y el hombre con los brazos cruzados.

—Ha llamado Vassalli, nos espera a las seis en su despacho.

—¿Ah, sí? ¿Ha llamado él?

—Sí, claro —dijo Guido.

—De acuerdo, ya estoy volviendo.

Guardó el teléfono en el bolso. El portero le dijo algo a la asistente y ella le dio un tirón al perro con una violencia increíble, lo hizo volar medio metro y con los ojos fijos en el móvil gritó:

—¡Basta, *Attilio*, basta!

Leopoldo Vassalli leyó con calma, Anna y Guido escucharon en silencio, sentados frente a él, en esa sala enorme donde la luz del sol no entraba nunca. Los rostros iluminados por el resplandor de la lámpara no dejaban adivinar las expresiones, y aun así Guido se había doblado sobre sí mismo, hecho un ovillo como un bicho bola, cogiéndose las rodillas con los brazos.

Anna era la heredera, todas las propiedades le correspondían a ella. Attilio había estado acertado al poner la casa a nombre de los niños; no habría que pagar ningún impuesto de sucesión. En cuanto a la clínica, la villa era de alquiler, pero Anna pasaba a ser la titular de la sociedad, la única.

—Y esto es todo... —Vassalli cerró la carpeta y se quitó las gafas que llevaba puestas.

Anna estaba sentada en el mismo sitio en el que se colocaba antes al lado de su padre. Habían bastado unos pocos días para hacerle saber que revivir ciertas situaciones no la consolaba, al contrario. Si por ella fuera, se habría deshecho de todo. No del recuerdo, pero sí de los espacios, de los objetos, de las situaciones. Habría cambiado de ciudad, desmontado la clínica, el apartamento, incluso su casa. Le habría gustado borrar los lugares, enterrarlos con su padre y empezar de nuevo en otro sitio. Pensar en la clínica la aterrorizaba, no tenía ni la más remota idea de cómo dirigirla y sentía el enorme peso de la voluntad paterna y de la responsabilidad hacia las personas que le habían sido fieles. Attilio no dejaba mucho dinero, pero sí un capital a rentabilizar.

—¿Va todo bien? —le preguntó el notario a Guido, que levantó la cabeza como si se acabase de despertar.

—Bien, sí...

—¿Cómo pensáis proceder? —les planteó a ambos—. ¿Os quedaréis la clínica?

Marido y mujer se miraron con un centelleo de perplejidad. Desorientados y cercanos, en medio de esa oscuridad que había dejado Attilio.

—Yo... yo... pensaba que... entendí que... —Guido se rascó el cuello y al bajarse la camisa quedó al descubierto su irritación cutánea. Tosió un poco —. Hace tiempo, Attilio y yo estuvimos hablando... A principios de otoño, cuando decidimos que yo pasaría a ser jefe de servicio, prometió dejarme una participación, me dijo que estabais formalizando los documentos...

—Te habría hecho venir, Guido.

—Attilio dijo que estabais preparando un contrato, legalizándolo todo.

Anna se quedó turbada al oírlo hablar como si Attilio faltara desde hacía meses. Y sintió cierta compasión por Guido, por lo encogido que estaba, con los brazos abrazándose el abdomen.

—¿Nunca te dijo nada? —le preguntó al notario.

Vassalli abrió un cajón, cogió una pipa y la golpeó en la mesa, estaba vacía. Se la metió en la boca y, apoyando la espalda, dijo:

—No, nada.

Lo observó, paralizado en esa posición. Y después a Anna.

—Guido, me imagino que podrás seguir dirigiendo Villa Sant'Orsola sin problemas. Si después necesitáis formalizar los cargos internos entre vosotros, nadie nos impide hacer escrituras privadas.

—Claro, claro... —replicó Guido.

—¿Anna?

—¿Qué?

—¿Qué opinas?

—Estoy cansada y... confusa.

—Leopoldo, ya sabes que están investigando la clínica, ¿no? —preguntó Guido.

El notario asintió.

—Bueno, tal vez Attilio renunció a seguir adelante porque en ese caso, si se hubiese presentado una denuncia, habría ido contra mí...

—No tiene sentido. La denuncia ya es contra ti porque tú eres el cirujano. —Vassalli lo tenía claro. Observaba a Anna, y ella sentía su mirada encima igual que había sentido la de su padre. La mirada del sentido común.

—Pero no entiendo por qué no te habló de ello... —insistió Guido.

—¿Cómo va la investigación? —Sostenía la pipa en la boca mientras hablaba.

—Del Bosco dice...

—¿Del Bosco es tu abogado?

—Sí, ¿por qué?

—Del Bosco es una garantía.

—Eso parece... En otras situaciones ha sido excepcional.

—¿En qué situaciones? —quiso saber Anna. No le constaba que nunca nadie hubiese puesto en entredicho el trabajo de su marido.

—Cariño, lo que se imagina el paciente no siempre coincide con el resultado. Y hay mucha gente que pretende convertirse en Sharon Stone en la mesa de operaciones, créeme. Pero, gracias a Dios, contra eso estamos plenamente protegidos... —Se estaba soltando. Había enderezado el torso y desentumecido el cuello. Prosiguió dirigiéndose a Vassalli—: No tienen demasiadas pruebas en nuestra contra. Solo hay una denuncia importante... Marina Borgogna, ¿la conoces?

Leopoldo se sacó la pipa de la boca.

—¿La denuncia la puso la señora Borgogna? —Estaba realmente sorprendido—. No puede ser. Ella y Attilio estaban muy unidos...

—Lo sé, lo sé.

Anna los miraba. Hasta hacía unas horas ella no conocía siquiera la existencia de esa mujer.

—De hecho, ahora parece que quiere retirarla.

—No me lo puedo creer... Pero ¿tú has hablado personalmente con Marina?

—No quiere verme, de ninguna manera.

Vassalli observó de nuevo a Anna.

—¿Tú la conoces?

—¿Yo? —Se señaló el pecho—. No...

—Claro que sí. La habrás visto decenas de veces.

—¿Dónde? —preguntó Anna, en un tono alterado.

—Bueno, en alguna cena, en la clínica. No lo sé... Era una mujer muy presente en la vida de tu padre...

Anna apretó con los dedos los apoyabrazos de la silla y levantó la voz:

—Entonces ¿por qué le habéis implantado prótesis caducadas a su hija?

Él se sorprendió por la pregunta y se echó hacia atrás.

—Pero no sabíamos que las prótesis tuvieran problemas, ¿recuerdas? Hablamos de ello.

—¡No! —gritó Anna—. ¡No lo recuerdo! Igual que no recuerdo a Marina Borgogna, nunca me la han presentado. Mi padre nunca compartió conmigo su vida privada, ni sus negocios. Mi padre cenaba conmigo por la noche y me pelaba las manzanas, eso hacía, ¡solo eso! —Anna se echó a llorar, pero no

era un llanto por la pena de la pérdida, sino más bien una explosión de rabia, un sentimiento violento y colérico.

Leopoldo se levantó, dio la vuelta a la mesa y la cogió de los hombros.

—Anna, todo va bien... Todo se arreglará. Ahora estás alterada y abatida. Tu padre te adoraba, fuiste su razón de ser, fuiste...

—Mi padre me mantuvo apartada de todo, me hizo creer que mi vida era perfecta, como de cuento de hadas, y que él... —señaló a Guido— era el príncipe azul. Me hizo creer que era un hombre modélico, no supuse ni por un momento que pudiera aprovecharse de la gente y de las situaciones, ni mucho menos que tuviera amantes... Y yo, como una idiota, ni siquiera me lo planteé nunca. ¿Comprendes?

Vassalli se inclinó hacia ella estrechándole los hombros, como si pudiera contener su cólera.

—Si te mantuvo apartada de ciertos asuntos, quizá no fueran tan importantes como para compartirlos.

—Una cosa es no involucrar a una hija, hacerle creer que eres íntegro, y otra muy distinta es pasar completamente de las mujeres... ¡Si al menos alguna vez hubiera nombrado a una, solo a una!

Leopoldo puntualizó:

—Nunca volvió a casarse, Anna.

Se levantó de golpe de la silla y retrocedió.

—Sí, pero al parecer le gustaba mucho el dinero... ¡y también los coños!

El notario se cruzó de brazos y dijo, sonriendo:

—¿Y a quién no le gustan?

Anna permaneció de pie observando al *alter ego* de su padre; la rabia le corría por las venas, tenía la sensación de que nadie comprendía lo que quería decir, y la sospecha de que había tenido una aventura con Maria Sole se estaba convirtiendo cada vez más en una certeza. La imagen de aquella mañana delante del colegio de Gabriele le volvía a la mente sin parar: Attilio intentando acariciarla, ella apartándolo.

—Vámonos a casa, Anna —sugirió Guido.

—Sí, vámonos a casa —repitió ella con dureza.

Leopoldo los siguió hacia la puerta, haciendo un leve ruido al andar, con su pantalón de franela gris, el de siempre. Se despidió de Guido mientras Anna se escabullía fuera; se asomó y dijo con elegancia:

—Estoy aquí para cualquier cosa que necesitéis.

Subieron al coche sin pronunciar palabra y permanecieron anclados en sus respectivos pensamientos mientras el automóvil circulaba por las calles.

Había llovido, los adoquines parecían clavos brillantes, había un tráfico denso debido a la vuelta a casa vespertina.

—¿Quieres que vayamos a comer algo? —le preguntó Guido.

—Quiero morirme —contestó ella mirando fijamente hacia delante.

Él extendió los dedos y cogió los suyos, su apretón era suave y familiar.

En casa, Cora había puesto la mesa, los niños estaban delante del televisor. Olía a brócoli y a sofrito; para Anna, un tufo nauseabundo.

La asistenta la ayudó a quitarse la capa. Desde el día de la muerte de Attilio, sus atenciones se habían incrementado.

—¿Echo la pasta, señora?

—No tengo hambre, gracias, me voy a la cama.

Quiso saludar a los niños, pero estaban ausentes y obnubilados con los dibujos animados, así que fue directa a su dormitorio y entró en el baño. Un nuevo mensaje de Xavier:

Anna, necesito hablar *avec toi*. ¿Vienes por la tarde?

Vale.

Xavier estaba muy lejos, como un punto luminoso al final de un túnel sin fin. Un deseo constante. Una tentación. En ese momento representaba la antítesis exacta de las enseñanzas de Attilio. Pero Attilio no había sido fiel a sus buenos propósitos. Solo una cosa le parecía coherente en la vida de su padre: el guardar las apariencias. La devoción con la que se dedicó en su trabajo a hacer parecer a las personas diferentes, guapas, impecables: la misma que empleó en su vida para dar la impresión de ser un hombre íntegro, sin segundas intenciones, sin necesidades, sin relaciones, hablando durante años de su madre, Orsola, la adorada esposa difunta, el fantasma, el amor, el único de su vida. Se preguntó si la había amado alguna vez, y entonces Guido se reunió con ella en la cama y sin decir ni una palabra le tendió un ansiolítico, que ella se tragó aliviada con la idea de acallar sus pensamientos.

—Intenta descansar, Anna.

Fuera lo que fuese lo que le había dado, le hizo efecto enseguida, una especie de calma cardiaca la inundó dulcemente y la respiración se hizo fluida: su cama nunca le había parecido tan acogedora, el sueño químico la fue invadiendo poco a poco hasta que se deslizó en una oscuridad plana que duró mucho tiempo. Entonces se despertó bruscamente: alguien la había golpeado en una pierna. En la oscuridad reconoció a Gabriele, que dormía entre sus brazos, mientras que Guido se había pegado a su espalda, con la barbilla entre las escápulas. Volvió a cerrar los ojos en busca del sueño, pero

la imagen de Attilio se abrió paso de nuevo. Su rostro deformado por la muerte se animaba para decirle algo, la boca se abría inútilmente, un hueco negro sin dientes: la llamaba sin lograr pronunciar su nombre.

Anna despertó a Gabriele besándole la nariz y frotando las mejillas contra las suyas.

—¡Buenos días, perezoso!

Cora ya había preparado el desayuno y, antes de ir corriendo a meterse en la ducha, Anna le dijo:

—Arregla al principito, por favor, que lo llevaré al colegio.

Esa mañana tenía una reunión con las maestras.

Del armario donde la asistenta había colocado la ropa planchada cogió unos vaqueros y una camisa blanca, que se puso rápidamente. Era una de las camisas de Guido, lo supo por el corte sastre. Se la abotonó hasta el cuello, mirándose al espejo. El llanto la cogió desprevenida, como una broma del destino. Desde el punto de vista de las sensaciones físicas estaba segura de que el amor y la muerte eran el mismo tipo de inyección; conseguían estados distintos, pero el resultado era el mismo: la pérdida de una misma. Se puso los vaqueros, que ahora le quedaban visiblemente grandes, y cuando ya estaba en el pasillo, los botines marrones. Se ató la capa, cogió a Gabriele y salió.

Fuera el tiempo era gris, el asfalto estaba mojado. Había llovido mientras su marido la abrazaba. Se preguntaba si debería dar un paso atrás y volver con Guido, salvar a su familia. Había mucha humedad. Gabriele iba lento, y también ella. Tenía el cuerpo agarrotado. Mientras conducía, incluso abandonó la mente a lo que decían en la radio, con los brazos al volante y los pies en los pedales. En el semáforo se irguió y miró a Gabriele por el retrovisor, tenía los ojos de mantequilla.

—¿Dónde está papá?

—Durmiendo, cariño.

—¿En casa?

—Sí.

Gabriele sonrió con la vista clavada en las nubes.

Anna aparcó en el sitio de siempre y cuando bajó sintió que se le tensaban los músculos. Subió la escalera con su hijo, llegó al pasillo y le quitó el abrigo, mientras observaba a su alrededor con el rabillo del ojo. Xavier no estaba. Un par de madres hablaban de cosas sin importancia. Vio que la maestra iba hacia ellos.

—¡Gabri, bienvenido!

Se agachó ágilmente y él la abrazó, puso la mejilla en la suya y sonrió. Al final la maestra lo invitó a entrar en clase y Gabriele se volvió para despedirse de su madre.

—¿Dónde está papá? —le preguntó de nuevo.

—En casa —contestó ella.

La maestra le hizo una señal para que la esperase.

Se quedó delante de la puerta durante unos instantes. Después se fue hasta el fondo, desde allí se veían las ventanas de Xavier, engarzadas en un edificio bajo de cemento armado. Era un paisaje anémico que recordaba a las construcciones que hacía Gabriele con sus cubos de madera.

—¿Señora Bernabei?

Anna se volvió de inmediato y caminó deprisa, con los tacones de los botines chocando contra el suelo. La maestra le indicó una puerta adyacente al aula y ella entró. Se sentaron a un escritorio. La mujer llevaba una coleta castaña que se puso a un lado, se inclinó hacia Anna y dijo:

—Me he enterado de lo de su padre, lo siento.

—Gracias. —Había cruzado las piernas, para parecer desenvuelta. Era como si la maestra esperase alguna palabra más sobre el tema, pero ella no dijo nada y se quedó a la espera.

—Bueno, Anna, Gabriele es un niño buenísimo, obediente, absolutamente capaz de relacionarse con los demás, se mueve bien en el espacio y es receptivo. No tiene tendencia al enfrentamiento. A esta edad, como usted sabe, los niños pueden ser agresivos, y digamos que cuando Gabri se encuentra frente a estas situaciones tiende a no reaccionar.

Anna se puso a la defensiva y se cruzó de brazos.

—¿Y qué debería hacer, pegar a los demás?

La maestra se inclinó hacia ella, como si buscara acortar las distancias; su voz se hizo aún más suave:

—No, en absoluto, solo faltaría. Pero tenemos la obligación de registrar los datos de comportamiento. El parvulario, al fin y al cabo, es eso, un estudio del niño en edad preescolar. Gabriele evita el conflicto. Está bien que no

pegue a los otros niños, pero debemos recordar que en el mundo animal si uno golpea a otro es normal que se cree un mecanismo de defensa...

—¡No somos animales!

—¡No, gracias a Dios! Pero a esta edad las emociones son claras. No sé si me explico.

Anna permaneció en silencio, el tema no la preocupaba en absoluto, Gabriele era un niño dulce y obediente, no había nada más que añadir.

—Últimamente ha tenido algún episodio de enuresis diurna, pero consideramos que está dentro de lo normal... —La maestra cogió una carpeta roja y sacó unos dibujos—. Estos los hizo en el primer trimestre.

Eran sobre todo árboles, un tronco y una copa rizada. Gabriele casi siempre dibujaba con ceras, sus colores preferidos eran el verde y el amarillo; después empezaban a aparecer figuras humanas, una raya a la que se unían otras rayas como si fueran las extremidades, y una sonrisa. No había ojos.

—Estos son los últimos.

La maestra los colocó encima de la mesa, eran siete en total. El negro era el color predominante. Se podían reconocer figuras humanas estilizadas, casi siempre en pareja, más o menos del mismo tamaño; la boca ya no sonreía, era una barra triste. En un par de dibujos había un sol en lugar de una cabeza, con los rayos que llegaban hasta los bordes de la hoja. En otro, una silueta delgada y alargada con cabellos y otras dos figuras minúsculas al lado izquierdo; aquí el sol estaba en el cielo, una bola grande, negra.

—No soy psicóloga, pero soy de la opinión de que estos dibujos son un poco sombríos, ¿no le parece?

Anna se rindió.

—Sí, son muy tristes...

—¿Tal vez le haya afectado la muerte de su abuelo? ¿Llevaba mucho tiempo enfermo?

—No, fue repentino, un infarto.

—Comprendo...

Anna se preguntó si la maestra sabía algo del escándalo, si debía confiarle que las cosas entre Guido y ella no iban bien.

—En cualquier caso, sin duda algo se está removiendo. Los niños son como esponjas, ya lo sabe. Deberemos estar atentos. Es un momento de transición. Y también tendremos que trabajar el enfrentamiento, poner a Gabriele en una situación en la que pueda expresarse libremente, incluso su posible agresividad... Es un sentimiento muy importante, sobre todo a esta edad. No hay que reprimirlo.

Anna sintió envidia de la maestra, le pareció tan sosegada y resuelta, tan centrada... Una mujer completamente dedicada a su trabajo, de acuerdo con los tiempos. Daba la impresión de que conocía a Gabriele mucho mejor que ella.

La mujer guardó las hojas en la carpeta y se la tendió a Anna.

—Se los puede quedar.

Después abrió la puerta, la dejó pasar a ella antes y, tras darle las gracias, salió.

Cuando Anna vio a Xavier en el pasillo, sonrió sin reprimirse. Él respondió con una sonrisa casi invisible, estaba azorado; tenía la espalda apoyada en la pared y la miraba con disimulo. Anna advirtió su incomodidad, conocía a la perfección su mímica facial. El cuerpo se despegó de la pared y dirigió los ojos a la derecha. Anna siguió la trayectoria de su mirada: Maya estaba allí con Galy, quitándole el abrigo.

—Anna, hasta la próxima, ya sabe que estoy aquí para cualquier cosa...

Maya le recogía el pelo a su hija y le sonreía. Luego con las yemas de los dedos le rozó las orejas y dijo algo incomprensible. Galy asintió con la cabeza.

—Buenos días, señorita —la recibió la maestra.

La niña la saludó y después apuntó sus ojos hacia Anna, se acercó a ella, movió la mano y dijo:

—Hola.

—Hola —contestó Anna, intentando parecer lo más natural posible.

Se fijó en que Galy llevaba un audífono, en cuanto lo vio instintivamente buscó con los ojos a Xavier, que la estaba observando. Siempre tenía la sensación de que podían comunicarse sin palabras. Le parecía que en ese momento estuvieran hablando de Galy, por fin habían comprendido a qué se debían sus problemas; ella ya había pensado que podía tratarse de algo del oído. ¿Se lo había dicho? No lo recordaba. La niña entró en el aula y él se acercó a su mujer.

La maestra les dijo:

—Por favor, siéntense.

Maya esperó a Xavier, llevaba el cabello hacia atrás con una cinta verde esmeralda, no se parecía en nada a la mujer con la que Anna se había cruzado días atrás en el patio. Vestía mallas, una chaqueta técnica y unas zapatillas de deporte blancas, inmaculadas, era muy menuda pero increíblemente proporcionada y tenía algo en los ojos, un brillo, una luz incandescente.

Anna se imaginó que el descubrimiento de la sordera de Galy debía de haber sido un alivio para ellos. Xavier tenía miedo de que pudiera tratarse de algo mucho más serio y delicado. Anna se preguntó si eso lo habría acercado a su esposa, si es que tenían que acercarse. Podía leer los ojos de Xavier y, sin embargo, la relación entre él y su mujer se le escapaba por completo. La única vez que habían hablado de ello, él fue categórico, pero eso no significaba absolutamente nada.

Anna vio que Maya se acercaba a su marido y se cogía a él: entraron juntos en la sala de reuniones. Se quedó quieta, sintió que el espacio que la rodeaba se estaba disolviendo, perdió los límites, se preguntó qué estaba haciendo. No allí, en ese momento, sino en su vida. Era como si hubiese perdido la lucidez, y con la lucidez, el control. Estaba a merced de los acontecimientos. De la avalancha.

Después del ataque de vértigo, sintió que volvía a tener los pies en la tierra. Dio un paso atrás y observó el pasillo, todos los abrigos de los niños en fila, los gorros y las bolsitas con el almuerzo. Vio su figura alargada reflejada en las baldosas brillantes del colegio y recordó los dibujos estilizados de Gabriele. Se le apareció la mirada de su hijo, en casa, en el coche, en la ducha, en el funeral: siempre tenía esa expresión triste y vacía. Sus dibujos se parecían a él; aunque no tenían ojos, la expresión de los labios relatava a la perfección su estado de ánimo. Ese sol grande y negro que se cernía sobre su cabeza revelaba la ausencia de luz y de alegría en su vida. Se le rompió el corazón.

Se dispuso a ir hacia la salida y la puerta se abrió. La maestra le indicó el baño a Maya y pasó de nuevo por delante de ella, ajena a su presencia.

Anna observó cómo recorría el pasillo y le dio la impresión de que era feliz: el andar ligero, la mirada distraída. Una mujer completamente inconsciente de lo que ocurría a su alrededor. Una mujer como ella.

Cuando Anna subió la escalera de su casa la sensación de confusión se había desvanecido. Le parecía que había vuelto en sí, el desorden mental era inconsistente, como el dolor: iba y venía. Al llegar al rellano vio una silueta de espaldas delante de la puerta, llevaba un poncho con capucha de dibujos que recordaban a las rejillas de Mondrian.

—Hola —dijo.

La mujer dio un respingo y se volvió sobresaltada. Era Maria Sole.

—He venido para... Tengo que hablar con Guido, traigo unos documentos importantes —explicó. Sostenía una carpeta.

Anna no dijo nada, metió la llave en la cerradura y abrió. Maria Sole entró detrás de ella y se quedó inmóvil. Iba muy elegante. Pantalón ajustado y zapatos salón de color arena.

Cuando la puerta se cerró, la voz de Guido les llegó desde el dormitorio:

—Cariño, ¿ya has vuelto?

Anna colgó su capa y contestó:

—Sí, estoy aquí. —Se volvió hacia la mujer que, blanca como el papel, apretaba la carpeta contra el pecho—. ¿Quiere darme el poncho?

—No, gracias —contestó, inexpresiva como un títere.

—Voy a avisar a Guido.

—Sí...

Entonces él salió de la habitación en camiseta y calzoncillos, con la mirada somnolienta y las pantorrillas desolladas. Anna se estremeció, no se imaginaba que pudiera ser tan grave. Guido se sobresaltó en cuanto vio a Maria Sole. No la saludó, ni tampoco a Anna, su mirada se arrastró por el suelo como una culebra.

—Me ha vuelto a subir la fiebre.

Maria Sole se bajó la capucha y sacudió el pelo por la espalda, una enorme masa rubia que emanaba un perfume de champú de fruta.

—¿Qué haces aquí? —Él había levantado la vista hacia ella, con el ceño fruncido.

—Perdona, he intentado llamarte, pero siempre lo tienes apagado. Deberíamos discutir algunas cosas... —Levantó la carpeta del pecho—. Es bastante urgente.

—Espera un momento... Me pondré algo de ropa. —Y desapareció en el dormitorio.

—¿Puedo pedirle un té? —dijo Maria Sole dirigiéndose a Anna, y a continuación se encaminó al centro del salón.

Sus ojos empezaron a recorrer la sala, como si estuviese en un museo. Fue pasando la mirada por el sofá, la alfombra, la lámpara, las ventanas, la gran librería de acero llena de su vida: libros, DVD, CD, fotos, el televisor, el equipo de música, los altavoces, el amplificador. Se acercó al mueble y se detuvo delante de la foto de su boda enmarcada en plata; Anna imaginó que diría algo, pero en vez de eso continuó caminando por la habitación, silenciosa como un gato. Su cintura era minúscula, tenía el trasero como un ukelele. Era un cuerpo perfecto encerrado en una delgadez absoluta que le confería el porte de una reina.

Maria Sole repasó todas las imágenes de la familia: las fotos de Grecia, la penúltima Navidad, Gabriele recién nacido; frente a la del bautizo de Natalia se quedó paralizada.

Anna dijo:

—Voy a la cocina a poner agua a hervir.

Maria Sole seguía mirando la foto, desplazándose con movimientos calibrados y lentos. Poco después se volvió, tenía los ojos muy abiertos y aún llevaba la carpeta abrazada al pecho.

—Sí —contestó—. Está bien. —Se miró los zapatos y preguntó—: ¿Tengo que quitármelos?

—No, por supuesto que no.

Los ojos se movían a cámara lenta, se detenían en cada detalle. Su cuerpo parecía flotar en un acuario.

—Siéntese. —Anna señaló el sofá y fue a la cocina.

Cogió el hervidor y lo puso en el fuego. Buscó un cuenco donde poner varias infusiones, pero Maria Sole entró silenciosa y se quedó al lado de la ventana; su imagen a contraluz era una línea oscura.

—Si tengo que esperar, casi que me quitaré el poncho. —Dejó la carpeta encima de la mesa y se lo quitó. Anna vio que debajo llevaba una camiseta

negra y una ristra de pulseras de jade. Se apoyó a la pared con la espalda y se tocó el vientre—. Lo sentí mucho por su padre.

Anna no dijo nada. Por primera vez el pésame no le llegó al corazón.

—Pero, si le sirve de consuelo, me alegro de que no sufriera... Pienso que un paro cardíaco es el menor de los males. Mejor un infarto que morir devorado por una enfermedad.

Anna se volvió para mirarla. ¿Había dicho eso porque sabía que Attilio tenía un tumor o solo era por poner un ejemplo? Sus ojos ya no parecían extraviados, sino que eran directos e indiscretos.

—¿Leche o limón?

—Nada, gracias.

Le puso delante azúcar, miel y la taza. Maria Sole acarició el asa de la tetera y preguntó:

—¿Es de un juego Bone China?

Anna se encogió de hombros.

—Está hecho de porcelana y de ceniza de hueso de vaca —insistió.

—¿De veras? —No le importaba en absoluto, se sentía incómoda, quería ir a llamar a Guido.

—Sí, mi madre tenía uno igual. Mi madre también murió, y mi padre. Somos huérfanas... las dos.

No sabía cuál de esas dos últimas cosas la estremecía más.

Cora entró en la cocina. Llevaba a Natalia en brazos y los auriculares en las orejas. Maria Sole se puso en pie de un salto.

—¿Quién está aquí? Mi niña... —Le tendió los brazos y Natalia hizo lo mismo, Cora se acercó y la pequeña se deslizó sobre sus rodillas—. Hola, peque, ¿cómo estás? —Natalia la observó. Su cara resplandecía con una expresión alegre—. ¿Cómo estás? ¿Cómo estás? ¿Cómo estás? —Alborozada con tanto énfasis, la niña se colgó de sus cabellos y tiró de un mechón con violencia—. ¡Ay! —gritó Maria Sole mirándola de manera severa. Su boca, abierta en una espléndida sonrisa hasta un momento antes, se cerró con la reprimenda—. ¿Cuántas veces te he dicho que no me tires del pelo? —Natalia aguantó la respiración.

«Cuántas veces».

—Cuando tenga un niño o una niña, lo primero que le voy a enseñar es a tener respeto —añadió a continuación dirigiéndose a Anna, que cogió a Natalia en brazos y le olió la piel. Su olor angelical. De la consistencia de la franela. Natalia sacudió la cabeza sobre su clavícula, y luego le hizo lo mismo a su madre, se le colgó del pelo.

—Despacio, cariño, haces daño... —La niña sonrió y tiró de nuevo.

—Ya estoy aquí —dijo por fin Guido en la puerta de la cocina.

Tenía un aspecto completamente distinto, en un instante había conseguido borrarlo todo. El abrazo de esa noche se había desvanecido, junto con sus atenciones a Anna, disuelto. Parecía que también la fiebre había desaparecido. Solo necesitaba lavarse la cara para transformarse en otro hombre.

Maria Sole lo examinó. Se observaron el uno al otro un buen rato, como dos adversarios. Ella dijo:

—Justo le estaba contando a Anna que tenemos cosas en común.

Anna nunca la había oído pronunciar su nombre, y le causó una desagradable sensación. A Guido se le escapó una mueca, después tosió.

—¿Vamos?

—¿Adónde? —En ese momento Maria Sole tenía un aspecto inocente, podía cambiar de expresión a la velocidad de la luz.

—Al estudio, a hablar.

—Cuando quieras —contestó ella, pero no se movió.

Anna advirtió que llevaba una pulsera de la que colgaban decenas de adornos. Cruces, mariquitas, campanas: también había una libra esterlina. Esa libra esterlina. Se dirigió de nuevo al fogón y puso el café en el fuego.

—¿Quieres un poco? —le preguntó a Guido.

Él se apresuró a responder:

—No, no.

—Lamento lo de la fiebre —dijo Maria Sole—. Se están dando muchos casos de gripe últimamente.

—La verdad es que no me encuentro bien. Mejor que hablemos rápido, así volveré pronto a la cama.

—A la cama —repuso ella, suspirando y dando vueltas con la cucharilla por enésima vez desde que había cogido la taza.

Anna y Guido intercambiaron una mirada: la de ella era interrogativa, él estaba ligeramente sudado. Había perdido su aplomo, estaba nervioso.

—Vamos. —El tono era perentorio.

—Está bien —contestó Maria Sole dejando el té. Se pasó las manos por la camiseta y las caderas, cohibida.

Guido le señaló el pasillo.

—Por aquí. —Maria Sole pasó delante y él estudió su cuerpo de junco.

Cora limpió la mesa con un paño.

—Señora, si se queda usted con la niña, haré el dormitorio. —Entonces vio la taza de té casi llena y dijo—: ¿Qué hago, se la llevo allí a la señora

Maria Sole?

Anna la miró.

—¿Cómo sabes su nombre?

Cora se encogió de hombros.

—Es la primera vez que la ves, ¿no es así?

—No... —Movía el trapo sobre la mesa haciendo círculos—. El otro día... vino a ver al señor Guido.

—¿Cuándo?

—Después del funeral.

—¿Y qué hicieron?

Cora se quedó quieta, a pesar de que aún no había terminado.

—No lo sé, señora, yo estaba en la habitación con los niños.

Se fue hacia el estudio, quería escuchar a escondidas. Aún tenía a Natalia en brazos, riéndose. La llevó a la habitación y la dejó en la cuna parque. En cuanto la soltó, la niña protestó extendiendo los brazos hacia ella. Anna buscó a *Lucilla*, su muñeca, pero no estaba bajo la almohada ni en el cesto de los juguetes, así que le dio el libro de las ovejas, unas campanitas y una flauta. Natalia había aprendido a soplar en ella y las notas la divertían. Pero no en ese momento. Se echó a llorar.

Anna fue a la cocina, preparó un biberón de manzanilla y lo calentó en el microondas, cuarenta segundos durante los que Natalia sollozó sin cesar todo el tiempo. Su mirada fue a parar a la carpeta roja, con los documentos que Maria Sole quería mostrarle a Guido. Al cogerla, advirtió que pesaba como una pluma; la abrió: estaba vacía.

Volvió con su hija y le dio el biberón. Natalia sorbía con fuerza, tenía las mejillas enrojecidas por el llanto y la observaba con una expresión ambigua. De repente Anna divisó la muñeca en un rincón de la habitación. Se levantó para cogerla, mientras Natalia la seguía con la mirada. Se la dio sonriendo y se escabulló hacia el pasillo, pero al acercarse al estudio oyó que el tono de voz de Guido se iba elevando, estaba alterado, y también Maria Sole le contestaba irritada; Anna no logró distinguir las palabras, pero la última frase fue clara, él gritó: «¡No puedo!». Se quedó de piedra, pero luego oyó pasos, retrocedió y regresó a la cocina. Se dirigió al fregadero, abrió el grifo y esperó a que el agua saliera caliente. Le pareció oír unos pasos que se acercaban, pero no estaba segura. Cerró el grifo, se secó las manos. De pronto había un extraño silencio, inquieto y denso. Caminó sin hacer ruido y se asomó. En el salón, Maria Sole se encontraba al lado de la puerta. Guido estaba en la entrada.

—Perdone —dijo Anna, cogió la carpeta y se reunió con ellos. Se la tendió a Maria Sole.

—Oh, gracias —contestó ella, con la voz baja y rota. Observó a Anna y añadió—: Felicidades, lleva una camisa preciosa. —Le echó una ojeada a Guido. Se pasó las manos por los bolsillos—: Debo de haberme olvidado el móvil, disculpad...

—En la cocina —sugirió Anna.

—No, en el estudio. —Se alejó deprisa con aquel andar decidido, el mismo que la primera vez que Anna la había visto. El sonido de los tacones se desvaneció por el pasillo.

—Por Dios bendito —susurró Guido.

—¿Qué pasa?

—No tengo ni un momento de tranquilidad —gruñó él.

—¿Problemas?

—Nada importante.

—¿Quieres hablar de ello?

—Lo único que querría es tomarme una aspirina e irme a la cama —dijo con indolencia.

Volvieron a oír el sonido de los pasos. Maria Sole los encontró el uno junto al otro, como figuritas del belén, Anna incluso sonrió.

Maria Sole mostró el teléfono y Guido le abrió la puerta antes de que la hubiese alcanzado siquiera. Ella se puso el poncho rápidamente y, mientras su cabeza estaba envuelta en la ropa, Guido alzó los ojos al cielo.

—Adiós —se despidió. No iba dirigido a ninguno de los dos, cruzó el umbral como si saliera de una tienda. Él apoyó la espalda en la puerta, suspiró y su cuerpo perdió consistencia: un globo soltando helio.

—¿Por qué ha venido aquí?

Guido entrecerró los ojos.

—Tiene miedo, está aterrorizada por la denuncia, teme que su nombre salga a la luz, no para de atosigarme. —Parecía que fuera a desmayarse, se tambaleó como si no se sostuviera en pie.

Anna se acercó.

—Guido, ¿estás bien?

Él se abrazó a ella, estrechándola de manera anónima, con un punto de camaradería.

—Solo estoy...

De repente les llegó el llanto de Natalia, como unos fuegos artificiales al estallar. Anna se desasíó de los brazos de su marido y corrió a la habitación,

el pasillo largo y estrecho por un segundo le pareció que se duplicaba; los gritos de la niña eran distintos, un llanto seco y agresivo intercalado con instantes en los que el sonido desaparecía. Cora también acudió corriendo. Natalia estaba de pie en su cuna, agarrada a los barrotes, con la boca abierta por el dolor. Anna la cogió en brazos, la sujetó a distancia como si fuera un muñeco; la observó para ver si se había hecho daño. Natalia lloraba mirándola directamente a los ojos. La llevó al cambiador y le tocó los brazos y las piernas, debajo del cuello; el cuerpo respondía. Le metió un dedo en la boca, pero eso no consiguió sino irritarla más, y lloró con un ímpetu que no era humano. Entonces se la llevó al pecho, caminó por la habitación meciéndola, como cuando era una recién nacida. Volvió sobre sus pasos, caminó deprisa, siguiendo una elipse en un pequeño perímetro que parecía un laberinto. Las primeras vueltas fueron casi gimnásticas y, aun así, ese movimiento que no tenía nada de dócil ni de elegante calmó sus gritos. Sus corazones sobrecalentados empezaron a desacelerarse al mismo tiempo cuando Anna dejó de moverse.

—Chisss... chisss... —le susurraba cogiéndola por la nuca con la palma de la mano—. Chisss...

Y ella, poco a poco, se fue apagando. Cuando emitió el último sonido gutural, Anna se había desfondado al lado de la cuna. Se balanceaba sin moverse del sitio: primero sobre un pie, después sobre el otro. Se sentó en el suelo, con cuidado para que pareciera natural, como una torre que se derrumba a cámara lenta. Natalia se quedó abandonada en su pecho y Anna suavizó su abrazo. Permaneció inmóvil en la penumbra respirando con su hija. Se dio cuenta de que por primera vez en días no había pensado en nada, el suceso la había arrancado de su dolor interior, se había dedicado en cuerpo y alma a apagar el llanto de su hija. Los brazos le dolían, el ácido láctico le pasó factura rápidamente. Se inclinó hacia delante y la pequeña echó la cabeza atrás, ambas estaban sudadas y los párpados de Natalia se cerraban tras el esfuerzo. ¿Era sueño? Se lo preguntó. La tendió sobre la alfombra, el pequeño cuerpo se abandonó en el suelo, con la boca abierta y los ojos pesados. Le hizo unas caricias, seguía buscando algún indicio; entonces metió las manos entre los barrotes de la cuna para coger el chupete, pero no lo encontró. Se reclinó hacia el colchón y advirtió que *Lucilla*, su muñeca, ya no tenía ojos. Su osito de peluche, aplastado por el peso ligero de todos sus sueños y con las orejas lisas, parecía un trozo de plastilina sin mirada. De ahí procedía ese llanto; no era un dolor físico. Se volvió para decirle que no pasaba nada, que le cosería los ojos, lo arreglaría, lo haría resucitar; pero

Natalia se había quedado dormida, igual que en la foto que Guido le había mandado aquella noche, con los brazos y las piernas abiertos sobre el suelo: parecía una estrella.

Anna envió a Cora a recoger a Gabriele, Guido se había quedado dormido. Cosió los ojos de la muñeca y aguardó a que la niña se despertara; no lo hacía nunca, le encantaba que sus hijos durmieran, sobre todo por la tarde. En cambio, en ese momento estaba esperando, y cuando Natalia se movió —una, dos veces— le tocó la frente y le dijo: «¡Mira, cariño!». Le puso el osito a la altura de los ojos, Natalia se frotó los suyos y a continuación sonrió. Anna la llevó a la cocina y le dijo que harían un pastel; la sentó encima del mármol, hizo una montaña de harina, cascó los huevos y los puso en lo alto; la niña hundió los dedos en la nieve y empezó a amasar. Añadió el azúcar, la levadura, la piel de limón y la mantequilla, en un estado de trance.

Pensó en Xavier y en Maya, de espaldas en el pasillo, y de pronto recordó el aparato acústico de Galy, un gusano transparente metido en su oreja. Incluso le dio forma con un trozo de masa quebrada y lo puso en una esquina de la mesa, mientras su hija se chupaba los dedos y daba palmadas emocionada: su madre le estaba dedicando tiempo.

Cuando Gabriele volvió, lo primero que preguntó fue dónde estaba su padre.

—Durmiendo —le explicó Anna—. Tiene fiebre.

Él le dio la espalda y abrió la puerta del dormitorio de par en par, ella fue corriendo detrás para asegurarse de que no hiciera demasiado ruido y lo encontró inmóvil delante de la silueta dormida de Guido. Sonrió. También sonrió cuando entró en la cocina e inspiró el aroma del pastel y vio a su hermana cubierta de harina sentada en el suelo poniendo aros de madera en un palo. Los niños se ignoraban, y aun así siempre sabían dónde estaba el otro. Como animales salvajes.

—Qué bien huele... ¿Bizcocho? —preguntó Guido. Lo había despertado. Gabriele se pegó a su pierna.

—Sí —confirmó Anna—. ¿Cómo te encuentras?

—Como nuevo. —Cogió a Natalia en brazos—. Tengo dos propuestas increíbles. ¿Estáis preparados?

Gabriele se puso de puntillas. Anna entrecerró los ojos.

—Oigamos...

—La primera: ¿vamos a esquiar mañana?

—¡Síííí!

—¿Al Scoiattolo?

—¡Síííí!

—¿Anna?

Había quedado con Xavier. Se estremeció. Solo había estado en la montaña una vez, cuando estaba embarazada de Natalia. La estación se hallaba muy cerca de la ciudad, a dos horas de coche; después de curvas sinuosas y cerradas se divisaba la cumbre, como un *pandoro* veronés espolvoreado de nieve artificial y enmarcado por un bosque tupido en pendiente. En las pistas había un buen restaurante, y muchos niños, pero detestaba el hotel. Era el típico alojamiento para familias, con animación a todas horas y menú infantil: espaguetis blancos, patatas fritas y escalopa. Una edificación de los años setenta con baldosas rosa coral en los baños, literas de hierro rojo, moqueta tupida y duchas con cortina de plástico. Todavía recordaba aquel fin de semana como un infierno: Guido esquiando y ella en el hotel cuidando de su segundo embarazo y mirando cómo Gabriele, sentado en el suelo, sonreía a un payaso, mientras *El Pollito Pío* sonaba en un casete. Le había dado la sensación de que era un lugar en el que librarse de los niños; no era que ella desaprobaba los establecimientos que dejaban espacio a los padres y entretenían a los pequeños, pero allí, en la Casa dello Scoiattolo, había algo que le molestaba, tal vez la rapidez con que los hijos quedaban aparcados, entre corrientes de aire y puertas giratorias, mientras sus padres se deslizaban, todos en fila, por una pista que encima no tenía ningún interés. Le pareció un sitio de replicantes, percibió el proceso de uniformización, los padres con las gafas de espejo en las que se reflejaba la montaña baja, los niños dando palmadas ante viejos músicos de piano bar con la nariz roja, las camareras vestidas de campesinas, con pañuelos en la cabeza y la sonrisa prefabricada. Y además tenía una sospecha: que todos los fines de semana que Guido pasaba allí, en realidad no estaba solo. Había pensado en Maria Sole, pero ya no lo tenía tan claro. Estaba segura de que había tenido una amante. Un hombre como Guido no podía aguantar todo ese tiempo sin sexo, era una cita semanal e, igual que el esquí, formaba parte del ejercicio físico, de la salud mental.

—No —contestó Anna con voz tranquila—. Yo no me veo con ánimos de ir.

—Bueno, de acuerdo... ¿Y si fuera yo con los niños? ¿Solo una noche? ¡Venga, venga, venga!

Natalia dio palmadas.

—¡Va!

—Acabas de tener fiebre. —¿Por qué quería ir, no estaba cansado? No, la nieve lo regeneraba, era como un anabolizante, un concentrado proteico.

—Necesito desconectar un poco.

—Está bien, ve.

Él le cogió la cara. Como un anzuelo. Y la besó en la boca. Por primera vez, Anna sintió que la asaltaba el sentimiento de culpa; porque su mente había volado hasta él, hasta su chico marsellés, y se había imaginado con todo lujo de detalle sus cuerpos pegados, las bocas saciadas, mientras su marido intentaba recuperar la armonía familiar.

—Segunda propuesta: ¿preparados? —Los niños estaban eufóricos—. ¿Nos cogemos un pedazo de bizcocho y vemos *Peter Pan* abrazados en el sofá?

—Pero Cora ha hecho asado —protestó Anna.

—¡Nos lo comeremos esta noche! —Tenía un tono de malabarista, de presentador, de domador de leones.

—Vale —aceptó Anna sonriendo.

—¡Mamá ha aceptado!

Los cogió a los dos y se fue exultante hacia el salón mientras Anna cortaba el bizcocho. Cuando se reunió con ellos, la enorme pantalla proyectaba una luz ultravioleta, Peter Pan miraba hacia la pared sin dar crédito: había perdido su sombra. Guido la atrajo hacia sí y luego le pasó el brazo por los hombros, Anna apoyó la cabeza en su pecho y se abandonó a esa tarde invernal, ellos delante del televisor con los niños. Nunca lo habían hecho. Guido deslizó la mano por su espalda y metió el dedo donde empezaban las nalgas de su mujer. La música melódica, el silencio de los niños, la tranquilidad del hogar... Poco a poco se quedó dormida.

Se despertó sobresaltada, un ruido brusco hizo que diera un respingo. El televisor seguía encendido, pero la película había terminado. Se levantó y fue a ver a los niños: estaban con Cora en la habitación. Entonces lo buscó a él: estaba tumbado en la cama, con las piernas cruzadas, leyendo unos documentos.

—¡Buenos días, Wendy!

—Estás de buen humor.

Guido dio unos golpecitos en la colcha para que se sentara a su lado, pero Anna se sentó a los pies de la cama.

—¿Qué haces?

—Estoy leyendo unos papeles sobre el asunto de las prótesis...

—He visto a Marina Borgogna —confesó Anna.

—¿Cómo? —Se incorporó de golpe. El bufón había desaparecido—. ¿Cuándo?

—Ayer por la mañana.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿Y qué te dijo?

—Que quiere retirar la denuncia, pero con una condición. —Hizo una pausa—. Hay que despedir a Maria Sole.

Guido descruzó las piernas, sus ojos se movían nerviosos.

—¿De verdad?

—Sí...

—A Maria Sole... ¿Y por qué?

—Piensa que ella es la responsable del asunto. Cree que Attilio nunca habría hecho una cosa así.

Guido sonrió.

—¿En serio dijo eso?

—En serio.

Se rascó la pantorrilla derecha donde la psoriasis había avanzado como un incendio. Tenía una zona en que la piel se veía más espesa y otra llena de costras parecidas a una constelación astral. Se arrancó una, despacio. Y después otra.

—Afirma que la señora Meli falseaba análisis para engañar a las compañías de seguros; ¿lo sabías?

Asintió con la cabeza.

Anna se dobló hacia delante, estrechándose la cintura con los brazos.

—¡Ostras, Guido, pero eso ya es demasiado!

—Lo sé, tienes razón. Pero fue tu padre, ya te dije que estaba fuera de control.

—¿Fue idea de mi padre?

—No, de Maria Sole, ella es quien se ocupa de todo, quien gestiona las falsificaciones y las relaciones con las clientas. Las ganancias también son

cosa suya, pero Attilio, por su parte, estaba convencido de que podía colar las prótesis caducadas a las que aceptaban.

—¿Y por qué Maria Sole propuso una cosa así a la hija de Marina?

—Fue un estúpido error... Una imprudencia. Maria Sole no sabía quién era, y Attilio no se preocupó de avisarla.

Guido se estaba encarnizando con la pierna.

—¡Para ya! —le gritó Anna.

—Pero, cuéntame..., ¿por qué motivo ha cambiado de idea ahora y quiere retirar la denuncia?

—Por mí.

—¿Por ti? Pero si ni siquiera os conocíais...

—Ella sostiene que, si a ti te investigan formalmente, la que pagará las consecuencias será yo... Si papá siguiese vivo, habría sido distinto. Sin ti la clínica cerraría. Por lo que parece, le tenía muchísimo aprecio a mi padre, y en consecuencia también a mí.

—Tienes un ángel de la guarda, Anna...

—Estoy segura de que tuvo una aventura con papá, una relación bastante importante. ¿Tú sabías algo?

Se encogió de hombros.

—Todo el mundo lo sabe.

—Me parece que papá también tuvo una relación con Gigliola.

—Es posible.

—¿Y qué me dices de Maria Sole?

—¿Maria Sole? ¿A qué te refieres?

—La señora Borgogna opina que, en vista del error que cometió, Attilio debería haberla despedido.

—¡Sí, claro!

—Bueno, yo lo comprendo. Es un error imperdonable... Quizá entre ellos había algo.

Guido dio un respingo.

—Lo descarto completamente. ¿Cómo se te pasa por la cabeza? Podría ser su hija.

—...

Pasó la mano por la colcha, dibujando un semicírculo perfecto con los dedos.

—Maria Sole... No, imposible —siguió diciendo Guido, pero era como si se lo estuviese diciendo a sí mismo.

—Y, sin embargo, tanto la señora Borgogna como Gigliola lo creen...

—¿En serio?

—Sí, parece que papá le pagó un curso de formación en Londres, comida y alojamiento, algo excesivo. En eso estoy de acuerdo con Gigliola. Es un perfil profesional bastante fácil de encontrar actualmente, no hacía falta formarla a ella, ¿no? Confiarle una unidad nueva...

Guido se arrancó más costras, y esa vez una pequeña gota de sangre brotó de uno de los orificios.

—Me arrancaría la piel a tiras...

—¿A ti no te parece que invirtió en esa mujer de manera exagerada?

—Bueno, debes tener en cuenta que el asunto de los seguros es un arma de doble filo. A mí me parece que la señora Borgogna había esperado a Attilio toda la vida. Estaba enfadada, y tal vez no sin razón, y denunciarme a mí, de algún modo, fue una forma de castigarlo.

—Los vi una vez, ¿sabes?

—¿A quiénes?

—A mi padre y a Maria Sole.

—¿Dónde?

Anna se levantó y cogió la mantita de la cama, la dobló en cuatro con una obsesiva y geométrica precisión.

—En un semáforo —dijo después de pensarlo—. Estaban en el coche, conducía ella. Discutían. Mejor dicho, ella parecía estar discutiendo, solo ella.

—Bueno, tenían bastante confianza...

—Parecían una pareja...

—...

—Él la acarició.

—¿La acarició?

—Sí.

—¿Y luego...?

—Luego —dijo Anna de manera categórica—, el semáforo se puso en verde...

Guido se levantó y dio algunos pasos. A continuación, cogió un vaso de agua de la mesita de noche y, aunque estaba vacío, se lo llevó a la boca, escurriendo las últimas gotas.

—Y, además, cuando ha venido antes... Me he fijado en que llevaba una pulsera con una libra esterlina.

—¿Y qué?

—Papá tenía muchas libras esterlinas de oro. La señora Borgogna tenía una pulsera completamente llena de estas monedas...

Guido se quedó callado, con la cara sombría y una expresión seria.

—¿En qué piensas? —le preguntó Anna.

—En lo que acabas de decir. —Dio unos pasos más y después se dirigió al cuarto de baño. No cerró la puerta, el agua del grifo corría, tal vez estuviera bebiendo.

Anna se dejó caer en la cama, con los brazos en alto. Y respiró. Ya le parecía indudable que Maria Sole había tenido una aventura con su padre; se acordó del episodio del parque, intentó recordar si aquel día Attilio habría tenido que ir con los niños, tal vez ella estaba allí para encontrarse con él. Y después estaba la horquilla encima de la mesita. La idea de que su padre tuviera una historia con ella empezaba a parecerle evidente. Al igual que con la señora Borgogna. Y a saber con cuántas más. Su padre era un hombre como cualquier otro: corazón, cartílagos e impulsos.

Oyó ruidos procedentes del baño. Guido escupió, tosió, tiró de la cadena dos veces. Estaba vomitando. Anna se levantó de golpe y le preguntó:

—¿Estás bien?

Tenía la cabeza en la taza y levantó el brazo para indicarle que no entrara.

Anna retrocedió, esperó al otro lado de la puerta. El agua corría de nuevo, tal vez se estuviera lavando los dientes. Cuando regresó a la habitación, estaba pálido y tenía los ojos ligeramente enrojecidos.

—Me parece que es una gastroenteritis. Me he tomado una aspirina con el estómago vacío... No debería haberlo hecho, estando así.

—¿Ahora te encuentras un poco mejor?

—Más o menos. —Sonrió. Se puso delante de la ventana con los brazos cruzados observando el cielo. Todavía había el resplandor ligero de antes de la puesta de sol. Guido no pestañeaba, no se movía.

Gabriele entró en la habitación, miró a sus padres y luego subió a la cama, agarró el codo de Anna y dijo:

—Mamá, ¿vienes?

—¿Adónde?

—Ven... —Caminó a pequeños pasos en dirección a la puerta, se volvió de nuevo hacia su madre—: ¿Vienes?

Anna se levantó y él la esperó, la cogió y se la llevó con él.

—Guido, te haré una manzanilla...

Continuó hacia la cocina y su hijo le señaló la despensa. Quería comer.

—¿Quieres una galletita? —le preguntó Anna.

Él asintió. Cuando le dio el paquete, sonrió encantado. Esperó a que su madre pusiese el agua a hervir y después la agarró de nuevo para llevarla a su

cuarto. Natalia estaba en la cuna parque, se frotaba los ojos. Gabriele se sentó dejándose caer (un gesto que solo es posible a esa edad) y esperó a Anna, la dirigía. Ella cruzó las piernas y se quedó a su lado: comía haciendo añicos la galleta en mil miguitas.

—Cuidado —le dijo, recogiendo algunas con los dedos.

Él se echó a reír y su hermana, contagiada por el sonido de la alegría, también empezó a reír. Anna se tumbó sobre la alfombra y disfrutó de la felicidad de sus hijos. Una felicidad sin sentido con un fondo de locura. Gabriele se puso a cuatro patas y se le subió encima. Le posó la cabeza sobre el pecho y susurró:

—Mamá...

Ella lo abrazó.

Cora entró en la habitación y comenzó a recoger los juguetes para dejarlos a continuación en una cesta de mimbre.

—Venga, Gabri, ayúdame...

El niño se separó del cuerpo de su madre y diligentemente se puso a recoger.

—Vamos a bañarlos —decidió Anna.

—Sí, señora —contestó Cora absorta.

Preparó la manzanilla para Guido, con una generosa dosis de limón. Cuando se la llevó, lo encontró en la misma posición: de pie delante de la ventana. Mientras tanto, el cielo se había apagado; se había quedado inmóvil en la oscuridad.

Anna encendió la lámpara y él se volvió de golpe.

—¿Va todo bien?

Parecía que se despertara de una hipnosis. Se movió lentamente en la penumbra y a continuación se quitó la camiseta, sus pezones eran como pepitas de uva oscuras. Se acercó a Anna, la empujó sobre la cama y se colocó encima de ella a cuatro patas (el mismo movimiento que había hecho Gabriele cinco minutos antes). Tenía un olor ácido: era la fiebre. Y la boca también era desagradable.

—Fue bonito la otra noche... —le susurró al oído—. Has cambiado, Anna.

Ella sintió un escalofrío superficial, impalpable.

—Vamos a intentarlo —le dijo. Y le besó el cuello.

Cerró los ojos para abandonarse y de nuevo le vinieron a la mente Maya y Xavier en el pasillo del colegio. Lo cercanos que parecían.

—Volvamos a juntar los pedazos. Contrataré a un nuevo cirujano, trabajaré menos, estaremos juntos, tú y yo y los niños. —Le abrió los primeros botones de la blusa. La besó con calma.

—Despacio, despacio... Vayamos despacio. —Anna miraba el techo—: No quiero engaños, líos, nada de todo esto...

—Nada, amor, nada... Eran decisiones que tomaba tu padre, no yo... Tal vez sea verdad, quizá tenía una aventura con Maria Sole, quizá ella lo implicó: animaban a las clientas a estafar al seguro, se protegían. A ella se le da muy bien eso. Es una mujer guapa, es lista, es cierto que él tenía debilidad...

—¿Y tú, tú no tienes debilidad por ella? —le preguntó Anna.

Él se quedó quieto sobre su abdomen, treinta segundos en los que su respiración densa le llenó el ombligo. Después la besó, con suavidad, como siempre.

—¿Cómo se te ocurre...? ¿Tu padre y yo con la misma mujer?

Anna levantó la cabeza y tensó los abdominales, lo cogió por las axilas y él cayó a su lado.

—Entonces ¿quién? —Lo miraba a los ojos—. ¿Una de las clientas?

—Las clientas no se tocan... ¿Y tú?

Anna sintió una sutil satisfacción: inesperada. Los celos eran como brasas, y un viento desconocido los había encendido de nuevo, pero en vez de aterrarla, la excitaban. Parpadeó.

—¿Yo qué?

—¿Tú nada?

—No...

Le besó la frente. Y le pasó un dedo por la ceja. Nunca la había mirado así.

—No puedo creer que en todo este tiempo... Si queremos volver a intentarlo, tenemos que ser sinceros —insistió ella.

Su marido le susurró al oído:

—Una vez, una enfermera...

Le cogió la barbilla y le preguntó:

—¿Cómo era? ¿Guapa?

Guido reconoció al instante la intensidad de la pregunta, era como si tuviera un radar: además del tono, descifró las pupilas dilatadas, sintió que se le agitaba el ritmo cardiaco, que apretaba las piernas; se había abierto un escenario inexplorado, al que a ninguno de los dos se le había ocurrido antes acceder. Se tumbó al lado de Anna y cruzó los brazos por detrás de la cabeza:

—Rubia, tonta, con unos pechos muy grandes...
—¿Como Marilyn Monroe? —Jadeaba.
—Exacto... como Marilyn Monroe —dijo Guido, acompañándole la nuca con la mano.

Preparó la maleta de los niños en menos de una hora. Esa mañana lo encontraba todo: las camisetas interiores, los leotardos, los forros polares azulones, los gorros de lana, las botas de nieve; las únicas cosas que no encontraba eran el protector labial y a *Lucilla*, el osito de Natalia. Después se acordó de que el cacao estaba en el bolsillo interior del abrigo de piel sintética.

—¡Pipí! —dijo Natalia.

—Pipí —repitió Anna distraída.

No se había dado cuenta de que era la primera vez que su hija decía esa palabra. Se sentía ansiosa y desorientada. Estaba dejando que se marcharan solos para poder volver a ver a Xavier; sabía que tenía que poner fin a esa historia, pero no quería, le parecía que su corazón estaba dividido por una línea horizontal: encima estaban «ellos», la familia, y debajo, Xavier. Se había dado cuenta de que desde la muerte de Attilio algo había eclosionado; no lograba saber si su nueva índole tenía algo que ver con las revelaciones acerca de su padre o con su ausencia. Parecía que la muerte, además del dolor, hubiera supuesto una liberación. Sentía que su moral se había desperezado, ya no mandaba el sentido del deber, el instinto había ganado terreno. Estaba volviendo con Guido porque era lo correcto, para ellos, para los niños, porque percibía un renacimiento conyugal, y porque quería que la clínica tuviese un futuro y sabía que sin él no lo conseguiría; pero ese plan, ese proyecto, ese deseo, no acallaba al otro: amar a Xavier incondicionalmente los días impares.

Guido había ido a poner aire a las ruedas y ella seguía vagando por la casa. La angustia se hizo más espesa y robusta cuando vio a su hijo cada vez más cerca del televisor, como la niña de *Poltergeist*.

Pensó que tal vez debería ir a la montaña, que podría cortar con Xavier por teléfono, cambiar a Gabriele de colegio, borrar esa nota desafinada de su

vida; ¿cómo iba a continuar encontrándose con él todos los días?

Vio que el móvil vibraba. Era Gigliola.

—¿Cómo estás? —dijo Anna.

—Un poco agitada... —Su voz sonaba insegura.

—¿Qué pasa?

—He hablado con Maria Sole... La he despedido.

—¿Qué?

—Guido me ha llamado esta mañana temprano. Me lo ha pedido. También me ha preguntado si yo creía que Attilio y Maria Sole tenían una aventura... Estaba alterado. No deberías habérselo dicho, Anna.

—¿Por qué?

—Era tan solo una suposición, y además no quiero estropear la memoria de Attilio. No quiero que la gente piense...

—Guido no es «gente»...

—No, claro, pero...

—¿Y cómo ha reaccionado Maria Sole?

—Mal, bastante mal.

—¿Qué ha dicho?

—Bueno, primero me ha insultado, con palabras fuertes, muy fuertes. Ya no parecía un ángel rubio con las manitas juntas, sino un estibador del muelle...

Anna sonrió.

—Pero, en fin, ya sabíamos que no era ningún corderito. El asunto es que en un momento dado ha empezado a lanzar amenazas, a decir que no la podíamos tratar así, que Attilio nunca lo habría permitido, que estábamos metiendo la pata, que nos lo hará pagar...

—...

—No me gustaría que tuviese información sobre «ese» asunto. Demasiada información, quiero decir.

—Mmm...

—¿Guido está ahí contigo? He intentado llamarlo, pero no contesta.

—No, ha ido a hinchar los neumáticos del coche.

—¿Os vais?

—Sí, a la montaña, el fin de semana. —No era una mentira, pero casi.

—Me alegro, os irá bien.

—...

—Pues lo intentaré de nuevo más tarde, o dile tú que me llame.

Se despidieron. Anna fue a la cocina y bebió un vaso de agua, después se reunió con Gabriele, abducido por el televisor.

—Eh, cariño...

No le contestó. Se había excedido, le había permitido estar demasiadas horas delante de la tele, demasiados juegos en el móvil. Debía volver a su rutina, a los puzles, a los Legos, a dibujar. Pulsó el mando a distancia y la pantalla se puso negra. Gabriele se volvió de golpe y se echó a llorar.

—No, mamá, no...

—Cariño —lo cogió por los hombros—, tienes que prepararte, papá va a venir a buscarte; ¿te acuerdas de que vais a la montaña?

—¿Y tú? —El llanto había cesado a la misma velocidad con la que había surgido y se había tornado en decepción.

—Yo no voy, lo dijimos ayer. Vas con papá y Nati, yo os esperaré aquí.

—Tú... —La tristeza se estampó en sus ojos, a Anna le pareció que se expandía como un hematoma.

Sonó el interfono. Anna miró a su alrededor, todavía no había cerrado la maleta. Le había prometido a Guido que bajaría con los niños y el equipaje, ya se había quejado de que era tarde. Él se había despertado al amanecer, como siempre, había vuelto a su rutina diaria mientras que ella se había quedado media hora más en la cama, como hacía desde el día de la muerte de Attilio, llorando; aunque esa mañana había tenido que esforzarse. La idea era vaciar un frasco, como si le diera la vuelta de golpe a una jarra para que no perdiera durante el día. Presa del pánico, fue a cerrar la maleta: se había olvidado los cepillos de dientes y el dentífrico y el champú y las tiritas y...

El interfono sonó de nuevo.

—Lo siento, sube, no estoy lista... —Estaba segura de que se pondría nervioso. Vio a Gabriele abatido en el sofá. Se acurrucó a su lado—. Cariño, te lo pasarás muy bien en la nieve, será un día estupendo. —Señaló hacia la ventana—. Podrás coger el trineo, hacer muñecos de nieve, dibujar... Allí hay payasos, juegos de pelota...

—¡No!

—Sí, cariño, yo estaré aquí, no me voy a ir, te estaré esperando y te llamaré por teléfono. ¿Lo hacemos así? —Pensó en lo que deseaba en realidad, y en lo mucho que distaba de lo que le estaba prometiendo a su hijo. Le cogió las manos y se las besó—. Cariño, te lo pasarás muy bien...

Los ojos de Gabriele se entrecerraron y, a continuación, se inundaron de lágrimas; se dobló sobre las rodillas, soltó sus manos y se le aferró a los

muslos. Después acercó la cara a sus piernas y la mordió. Un mordisco decidido. Anna se tragó el dolor, le apretó la cabeza y la levantó.

—Gabri, escucha, no hagas eso. Tienes que confiar en mí.

—Mamá... —Lloraba con la boca triste y las lágrimas redondas le resbalaban por las mejillas. Se derrumbó en el sofá, solo negaba con la cabeza, con los ojos cerrados y el cuerpo inerte.

—Gabri, oye, abre los ojos, mírame...

El timbre. Anna pensó que menos mal que había llegado Guido. Abrió la puerta despacio.

—Eh, pero ¿qué sucede? —Llevaba las gafas de espejo sobre la cabeza.

Ella no respondió, retrocedió y miró a su hijo. Le pareció que bastaba esa imagen para justificar la espera.

Guido se acercó.

—Eh, campeón, ¿estás listo? ¡Nos vamos a la montaña! —El niño no se movió; su padre le pasó una mano por la cabeza y lo despeinó—: Bueno, ¿estás listo o no? —Gabriele se incorporó, rígido como un Playmobil, y asintió con la cabeza—. ¡Genial! —Guido sonrió. Natalia salió de la habitación dando saltitos, perdió el equilibrio por un instante, pero sonrió—: ¿Estás lista, Nana? —A continuación, dirigiéndose a Anna, que estaba sentada en el borde del apoyabrazos del sofá, preguntó—: ¿Dónde están las chaquetas?

Anna se acercó al perchero y cogió los anoraks. Guido se lo puso a Gabriele, y ella a Natalia, así como los zapatos y el gorro. Le enrolló la bufanda al cuello y la besó en la mejilla:

—Pásatelo bien, cariño...

La niña sonrió, con los ojos iluminados.

—Ha llamado Gigliola, ha dicho que...

—Ya he hablado con ella, no te preocupes, está todo bajo control. ¿Dónde está la maleta?

—¿No te parece que podría...?

—Oye, no es el momento, ya te he dicho que va todo bien. Ahora quiero salir o llegaremos muy tarde.

Ese tono. Los ojos. Eran los de antes.

Se fue a su habitación y cerró la maleta, se había olvidado de preparar el neceser. Arrastró el *trolley*, los abrazó uno a uno, susurró promesas de que los estaría esperando. Salió al rellano y los observó mientras bajaban la escalera. Vio las manitas de sus hijos sujetarse al pasamanos hasta la planta baja.

Gabriele alzó los ojos y ella le lanzó un beso sonoro con la palma de la mano, pero él lo ignoró: el beso que hasta ese día se guardaba en el bolsillo.

Se cambió: se puso un vestido floreado de seda con fondo negro. Era ligero, demasiado ligero, y aun así las palmas de las manos le sudaban, y también los pies en los zapatos salón de ante. Se peinó bocabajo, se maquilló y no se puso rímel; iba a llorar.

Se abrochó la capa y cerró la casa. Bajó a la calle a pequeños pasos. Hacía un viento raso que silbaba, el mismo que soplaba el día que Guido la dejó. Pensó que estaba allí para barrer el dolor. La había citado en un bar del centro, un viejo café que era el orgullo de la ciudad y solo frecuentaban turistas. Cogió un taxi, no le apetecía caminar; las restricciones para circular por el centro estaban activas y, además, esperaba que después Xavier la acompañara, que la despedida durara un poco más.

El taxista era un viejo calvo que conducía despacio y escuchaba a Murolo. Ladeaba la cabeza en los giros. No cogió la vía rápida que le permitía ir directamente al centro, y Anna protestó:

—Así no llegaremos nunca...

—Hay una manifestación, señora.

Pensó que mentía. Sentía un frenesí dentro, una inquietud que no experimentaba desde hacía mucho tiempo, el mismo estado de ánimo que la noche antes de un examen. Tenía las palmas empapadas. Cuando llegaron frente al café sacó la tarjeta para pagar.

—Solo metálico —gruñó el taxista—. Hay un banco allí, tiene suerte... — Le señaló un cajero automático a pocos metros del bar.

Bajó corriendo y metió la tarjeta. Tecleó el número secreto: 23656. Código erróneo. 23565. Código erróneo. Se volvió como si fuera a encontrar la combinación de números en medio de la calle.

Y entonces lo vio.

Con una chaqueta de marinero azul oscuro, el cuello levantado como siempre, su pantalón blanco de pana. Caminaba volando, con su suave andar

marsellés, los ojos clavados en el suelo.

—¡Xavier!

Levantó la cabeza de golpe y, al verla, sonrió, apresuró el paso y la alcanzó enseguida. La embistió con el cuerpo, sus mejillas se tocaron y se quedaron muy cerca. Anna sintió el olor y la consistencia de su piel, la erección, la adrenalina brotar de las aortas.

—Anna...

Se sonrieron. En ese momento el sonido del claxon interrumpió el encantamiento y ella dio un respingo.

—¿Tienes doce euros?

—*Oui!* —Sacó la cartera y se la mostró riendo. A continuación le dio el dinero.

Anna retiró la tarjeta y señaló al taxista. Pagaron y entraron en el café mientras él la sujetaba por la cintura; fue como renacer. Como si durante días y días el cuerpo hubiera permanecido contraído y los pulmones se hubieran vuelto pequeños y secos, incapaces de albergar aire suficiente. Notó que se le ablandaban las extremidades y que la respiración se hacía amplia, y pensó que el amor era una turbación sin límites. Tuvo la sensación de que se escurría entre sus brazos, de que se convertía en agua.

—Te he echado de menos... —le murmuró.

La arrastró hacia una mesa para dos, donde había un sofá rojo en semicírculo, de terciopelo, y una pequeña lamparilla que dispensaba una sombra redonda sobre la mesa. Apoyaron las espaldas en el respaldo, con los abrigos puestos, y él le cogió una muñeca.

—¿Cómo estás, *mon amour*, mi pobre pequeño *papillon*...?

—Bien —dijo ella, pero advirtió que el llanto acudía y pensó que era la misma sensación que la subida de la leche, algo que no se puede estipular. Pero no quería llorar, al contrario. A pesar de todo, su rostro se cubrió de lágrimas.

—¿Qué le pasó à *ton père*?

—Un infarto.

—¿Cuántos años tenía?

—Setenta y nueve.

—Lo siento, Anna.

Le había cogido el anular entre los dedos y jugaba con su alianza, que ahora le quedaba grande. Una camarera joven, con un moño recogido en una redecilla y un delantal blanco de encaje, les tomó nota.

Xavier dijo:

—*Deux Martinis...*

La chica movió los ojos hacia Anna.

—Dos Martinis, gracias.

Nunca se había tomado ninguno.

—¿Y tú? Vi que Galy llevaba un audífono...

—Sí. —Sonrió mientras pasaba el índice por las vetas de la madera.

—¿Estás contento?

—Sí, me alegro de que no sea nada serio.

—Bueno, tú sospechabas que se trataba de un problema de crecimiento...

—*Moi non*, Maya.

—Y ella... —preguntó Anna, bajando los ojos—, ¿ella está contenta?

—Sí —Xavier suspiró, estrechándole la mano—, sí lo está.

La camarera les llevó los combinados y los puso frente a ellos dejando caer una gota de Martini al lado de Anna.

—Perdóneme, señora...

—No es nada, no se preocupe.

Permanecieron en silencio durante unos segundos, esperando a que la chica se alejara. Su conversación era frágil y vulnerable.

—Ahora quiere volver a París.

Anna cogió la aceituna con el palillo y la hizo girar.

—¿Maya?

—*Oui*, ha encontrado un *spécialiste* para Galy.

El Martini era dulce, le recordó al sabor de la melaza. Hizo un repaso de todas las cosas que nunca había hecho en su vida: nunca se había bañado de noche, nunca se había fumado un porro ni había participado en una manifestación, nunca había ido a que le echaran las cartas, nunca había probado los pistachos, nunca se había tomado un Martini. ¿Por qué hay cosas que no se hacen nunca? Porque no forman parte de la rutina, de los rituales. Si Xavier se marchaba, la novedad se marchitaría con su ausencia, todo volvería a ser del color de siempre. Las calles de siempre, los ritmos, olores, obligaciones y pautas de siempre. Y los días. Lo único que había turbado la vida de Anna habían sido los nacimientos y las muertes, lo demás era un camino recto en el que siempre se veía el mismo horizonte.

—¿Anna?

—Sí, perdona.

Xavier se tomó su Martini de un trago: en cuanto a la aceituna, no la tocó, la dejó en el platito.

—*Je suis désespéré...*

Nunca lo había visto así, parecía que la gravedad se encarnizara con su rostro: los ojos llorosos, la boca con una mueca como la de una marioneta. Se pasó las manos por la frente y se quitó la chaqueta. Él también estaba sudado.

—¿Por qué? —le preguntó sonriendo.

—Por nosotros...

Anna cruzó los brazos sobre la mesa, pendiente de quedarse confinada en el espacio que le permitía su imagen pública. Con la espalda derecha, los ojos brillantes.

—No veo ninguna solución —comentó ella.

—¿No?

—No.

—*Alors...* —Se dejó caer sobre el sofá y buscó a la camarera con la mirada, a la que le hizo un gesto con una sonrisa. Había pedido otro Martini.

—Tenemos hijos, responsabilidades.

Se quedó callado esperando su copa. Se la tomó como la primera, de un trago. Luego dijo:

—*Vie de merde...* —Y miró a una mujer que pasaba por delante de ellos, una rubia, envuelta en un abrigo de armiño. Rusa, tal vez.

Anna se estremeció. Si ahora con Guido los celos hacían que se le pulsara la tecla de la excitación, con Xavier era una sensación de dolor abrumadora.

Anna se inclinó hacia delante.

—Lo siento, Xavier.

—No lo parece, Anna.

—...

De pronto se acercó a ella y la miró a los ojos con una intensidad desconcertante.

—Quiero estar contigo, Anna. *Toi...* ¿tú no?

Los dedos de ella lo buscaron de nuevo en el sofá y él se los cogió al instante.

—Escúchame, la muerte de mi padre ha alterado bastante las cosas...

—¿Alterado? No te entiendo.

—Las cosas han cambiado: mi marido y yo, la clínica, los niños...

—*Quoi?*

—Y además te vi el otro día con Maya y pensé... —El llanto acudió con un primer sollozo violento y repentino. No era capaz de hilvanar sus palabras, no lograba hacer un razonamiento: porque sus pensamientos eran contradictorios, como sus deseos y sus impulsos—. Pensé que erais felices,

fue lo que pensé. —El diafragma se le había cerrado, las lágrimas estaban al caer.

Xavier vio que lo estaba pasando mal y se levantó de repente, fue a por un vaso de agua y se puso en cuclillas a su lado, mientras ella bebía.

Cuando terminó, se volvió hacia él y se echó a llorar, sin ninguna clase de pudor ni contención.

—Creo que debo volver con mi marido, por mis hijos y por la clínica, y porque él me lo ha pedido... Pero pienso en ti a todas horas, sueño contigo, siempre estás en mi cabeza, siempre...

Él sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió.

—*Pardonne-moi* por lo del restaurante...

—¿Cómo? —preguntó Anna sorprendida.

—Estaba avergonzado. No tenía suficiente dinero para pagar. Y me escaqueé...

Ella dejó escapar otro hipido.

—Déjalo, no lo pienses más, es el último de nuestros problemas...

Se incorporó y volvió a sentarse en su sitio.

—Este es el problema, *en réalité*.

—¿El restaurante? —Sonrió y bebió un poco más a pequeños sorbos.

—El dinero. Todo gira alrededor del dinero.

—El dinero no me importa nada, Xavier.

—¿No? No creo que sea así...

—A mí me parece que el verdadero problema son los niños. No se puede destruir una familia por tus propios deseos, es muy egoísta...

—*Je t'aime* —susurró él, con la respiración entrecortada y los dientes brillándole en una sonrisa espontánea.

—Salgamos de aquí —decidió ella. Las ganas de llorar no se le iban y de pronto la asaltaba una ligera sensación de claustrofobia; Xavier, con sus confesiones, estaba desbaratando sus planes, tirando por la borda sus buenos propósitos.

Pagaron en la caja y salieron. La calle estaba repleta de gente, los escaparates centelleaban, y a Anna le pareció que todo el mundo era feliz, inmerso en las compras del fin de semana, con la cabeza despreocupada, los bolsillos llenos y los ojos henchidos de deseos fútiles. Xavier le cogió la mano y la metió en su bolsillo, caminaron decididos a contracorriente con las cabezas bajas; iban al mismo paso, con la misma inquietud.

Cuando estuvieron lejos del centro, él se metió por la bajada hacia el río. Los márgenes estaban altos, y centenares de bolsas de plástico se habían

quedado en los bordes, enganchadas en las ramas; parecía una instalación artística de Christo. En vez de sosegarse, de caminar más despacio, siguieron deprisa, como si esa carrera forzada cogidos de la mano los pudiese ayudar a encontrar un poco de paz. Anna observó que Xavier caminaba cabizbajo, con lágrimas en los ojos. ¿Sería por el frío? ¿Por ellos? Recorrieron tres o cuatro kilómetros y por un momento su mente se apagó, le pareció que no pensaba en nada, que solo sentía su cuerpo sometido al esfuerzo. El sudor ya no lo originaba la tensión, sino el ejercicio. Cuando llegaron al pie de la rampa que los llevaría a las inmediaciones de su barrio, Xavier se detuvo y la inmovilizó en el borde de la calle.

—Te espero si quieres, ¿de acuerdo?

Anna negó con la cabeza y con la voz rota le dijo:

—No puedo, Xavier, no puedo.

—Chisss... —La abrazó; podía sentir su corazón acelerado, el cuello húmedo, el aroma a sándalo. La empujó contra la pared, le abrió la capa, que los envolvió como las paredes de una casa. Hicieron el amor dentro de ese trozo de lana mientras Anna clavaba sus ojos abiertos en aquel paisaje de color óxido y antracita. Xavier le estaba entrando en los huesos.

Subió la escalera despacio, casi arrastrándose. Las persianas estaban bajadas, la luz era débil. Se despojó de los zapatos y del vestido floreado. Se desmaquilló, se quitó el pintalabios con un trozo de algodón y se enjuagó la cara. Había perdido un pendiente. Se puso un jersey largo y, descalza, volvió al cuarto de baño y buscó entre los medicamentos algo para dormir. Quería huir de ese día, de la despedida con Xavier, del malestar profundo que la perseguía. Tan solo encontró Noctamid, pero no se atrevió a tomárselo. No conocía la posología. Entonces sacó la botella de vodka del congelador y se tendió en el sofá, delante de la librería. Después de tres tragos, esa pared llena de recuerdos familiares parecía que se le fuera a caer encima. Se arrastró hasta el dormitorio de Natalia y Gabriele y se tumbó en la pequeña cama, en posición fetal. Olfateó la manta: olía a talco y a aceite Johnson's.

Se volvió hacia el techo y contempló la lámpara de papel de arroz. Se acordó de los dibujos de Gabriele, la cabeza con forma de un sol negro.

Su hijo era una víctima muda de su traición, había soportado los últimos meses y se había tragado la soledad, la separación: era en él en quien debía pensar, en Natalia; la nostalgia ya desaparecería. Se necesita tiempo, todo pasa.

Fue hasta la cocina y se comió unos cacahuetes mezclados con otros frutos secos, pisando el suelo helado con los pies descalzos. La noche iba cayendo, el cielo se desvanecía en la oscuridad. Puso agua a calentar para prepararse un té y fue a la habitación a coger un par de calcetines, su móvil sonaba en el bolso. Estaba en silencio, pero oyó la vibración que parecía el rumor del viento. La llamada era de un número desconocido. Se sentó en la cama con las piernas cruzadas y contestó.

—¿Diga?

—Soy yo. —Era una voz de mujer, estridente como un si agudo.

—¿Quién habla? —Anna apartó el móvil de la oreja.

—Soy yo.

—¿Yo, quién?

—Ah, sí, claro... Yo para ti no existo, ¿verdad?

—¿Quién habla? —repitió exasperada. Miró el número en el teléfono, pero no tenía ni idea de quién era.

—¡Soy yo, joder! —La voz sonaba alterada y ronca.

—¿Maria Sole? —Anna se sintió molesta, pensó que se disponía a quejarse por el despido, el asunto de la clínica se le estaba viniendo encima como una avalancha.

—¡YA BASTA!

—¿Basta de qué?

—Basta de qué, ñe, ñe, ñe... —repitió, mofándose—. Pues acabo de empezar. ¿Quién le ha ido a Guido con el cuento de que tenía una aventura con Attilio?

—Oiga, Maria Sole...

—No, ahora vas a ser tú quien me escuche a mí, ¡ya no puedo más!

—Solo quiero decir...

—¡Silencio! Ahora mismo te lo explico todo, ¿te queda claro?

—Baja la voz, no hace falta...

—Sí que hace falta... Maldita gilipollas, con ese aire de santurrón. Te lo has vuelto a quedar, ¿verdad? ¿Estás contenta?

—Eh, pero ¿de qué hablas?

—¡De Guido! ¡DE GUIDO! —Estaba caminando: tenía la respiración entrecortada y en sus pasos se percibía un sonido que Anna no acababa de descifrar, un ruido sordo y mullido—. Si tú no le hubieras ido con el cuento de Attilio, a lo mejor no me habría dejado nunca...

—...

«Dejado».

—Vosotros os pensáis que es todo vuestro, ¿verdad?

—¿Vosotros, quiénes?

—Los Martani... Cómo defendía sus cosas, ¿eh?

—¿Qué cosas? —No lograba seguirla.

—¡Solo me contrató para que se la chupara!

—...

—Attilio... Cómo le gustaba. Pero nunca tenía suficiente, ¿sabes?

—Mira, si tuviste algo con mi padre, no quiero saberlo, estas cosas me revuelven el estómago...

—Oh, claro, la princesa no habla de mamadas. Porque tú no las haces, ¿verdad? ¡Tú te quedas en tu castillo de los cojones y ni siquiera follas, por eso tu marido vino a buscarme a mí!

Anna miró fuera, el viento hacía oscilar las farolas de la calle.

—Cuando empecé con Guido y le dije a Attilio que quería cortar con él, tu padre no me lo permitió, me dijo que me echaría de la clínica. Que me arruinaría la vida. Que mencionaría mi nombre si el asunto de las prótesis salía a la luz. Y yo me cagué encima...

—...

—¿Sabes qué? Yo le era útil... Me utilizaba para ese jueguito del seguro... Le venía bien que fuera yo la que propusiera el chanchullo. ¿Dónde iba a encontrar a otra como yo?

Anna oyó un llanto pequeño y lejano, no era suyo. Le dio vueltas la cabeza, la habitación giraba.

—¿Cuándo comenzó la historia con Guido?

—Cuando te quedaste embarazada de Natalia. Fue él. A mí ni se me había pasado por la cabeza acercarme a él, Attilio me atormentaba. El problema es que me enamoré... —Maria Sole se echó a llorar, parecía que estuviera ladrando. Tardó un poco antes de recuperar la voz—. Me quedé embarazada enseguida... Enseguida...

—¿Cómo?! —Anna no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Una niña... Guido me dijo que necesitaba tiempo, que tú acababas de dar a luz, que si te dejaba lo estropearíamos todo. Si Attilio descubría que teníamos una aventura... No podíamos decir nada. Entonces me inventé el curso de Londres y me marché.

—¿Una niña? —Anna seguía con la vista fija en un punto.

—¡Murió! Tuve un parto prematuro al final del sexto mes... Estuvo viva al menos durante diez segundos, pero no lo logró... Adele, mi niña... —Lloraba como si alguien la estuviese apuñalando.

«Adele».

Así había llamado a Natalia aquel día en la clínica.

—Regresé y Guido era tan bueno, tan atento... Me llevaba a la montaña casi todos los fines de semana. Pero tu padre... ¡tu padre no paraba de atormentarme!

Los vio delante del colegio, ella gesticulando, Attilio intentando acariciarla. Quería rememorar el rostro de su padre, pero se le desdibujaba, no conseguía recordar sus ojos. Solo veía su boca sin dientes.

—Fue Guido quien me dijo que le propusiera el asunto del seguro a la hija de la señora Borgogna, fue él quien decidió implantarle las prótesis caducadas... Y encima estaban defectuosas. No había duda de que le provocarían una infección y de que Marina se vengaría de Attilio, lo odiaba, después de todo lo que le había hecho pasar. Pero, en vez de eso, ella la tomó con Guido y todo se vino abajo... Si hubiese denunciado a Attilio, si lo hubiesen investigado a él, Guido habría tomado el timón... —La voz era un silbido, hablaba de corrido, sin respirar. Y luego estaba ese ruido constante y mecánico que se superponía—. ¡Calla, estate callada! —Maria Sole levantó la voz.

Anna no la entendió, no había dicho nada.

—Todo iba bien, él iba a dejarte, nosotros dos volveríamos a empezar... y entonces Attilio... ¡Attilio murió!

—...

—¡Y esa puta la tomó con Guido!

—Oye...

—Ahora dice que me odia, que ya no me quiere. Ni siquiera ha tenido cojones para despedirme, ha hecho que me llame Gigliola. Dice que me arrastrará en la mierda. Me está tratando como a un perro..., como hizo tu padre. Pero yo no soy una estúpida, no soy una idiota. Quiere hacerme creer que está disgustado conmigo, pero yo ya sé lo que le pasa, ha vuelto contigo..., por la clínica, él solo piensa en la clínica. Lo vi la otra mañana, habíais dormido juntos, lo sabía... Por eso vine. ¡No me habla desde el día del funeral! ¡DESDE EL DÍA DEL FUNERAL! —La voz, en ocasiones, se hacía más débil y después subía—. Attilio no le ha dejado una mierda, ¿verdad?

Las lágrimas acudieron a los ojos de Anna, que, con un hilo de voz, dijo:

—Dios mío...

Oyó de nuevo aquella voz tenue. Lejana, indistinguible.

—¿Qué Dios? —Se echó a reír—. ¡Cállate, te he dicho! —Tosió—. Tú no tienes ni la más remota idea de lo que he sufrido. No sabes lo que me han hecho. Te das cuenta de lo que me pasó, ¿verdad? Estaba sola en Londres, sola... ¿Entiendes lo que eso significa? Tú también eres una mujer, ¿no?

La voz de Maria Sole, por un instante, la conmovió.

—¡Usa la cabeza, joder!

Anna volvió a oír ese extraño ruido, un sonido que no conseguía identificar, como si fuera una máquina, un tractor que se impuso por encima de la voz de Maria Sole, que continuaba hablando en un delirio obsesivo, insultándola.

—¿Lo has entendido?! —le gritó.

—No te oigo bien...

—No sabes cómo me trata ahora, ni siquiera me mira a los ojos. Ha dicho que me va a arruinar, que me denunciará, que descargará todas las culpas sobre mí... ¿Ves lo que me está haciendo? ¡Dime que lo entiendes! Ha venido aquí porque no quería verme, quería escapar. Es lo que hace, desaparece durante un par de días y se cree que así todo se arregla... ¿No te habrás creído de verdad que quería pasar un fin de semana con los niños?

—Pero ¿dónde estás? —dijo Anna. Le costaba seguir sus palabras.

—¿Sabes qué dice Guido de ti? Que eres una madre de mierda, siempre pensando en tus asuntos. En el hotel nadie se ha extrañado, todos están convencidos de que la madre soy yo.

—¿Qué has dicho?

—Lo has oído perfectamente...

—¿Estás en la montaña?

—Ni siquiera me ha permitido hablar, no he podido decir nada, sigue repitiendo que yo estaba con Attilio, que estaba con Attilio...

—¿Dónde están los niños?

—Me los he llevado. Hemos ido a dar un paseo. Un poco de aire fresco nos sentará bien... El frío tonifica, tu padre también lo decía.

Anna se levantó.

—Maria Sole, escúchame...

—Cállate, por favor...

—Me callo, está bien. Habla tú. Dime exactamente dónde estás.

—¡No te lo estoy diciendo a ti! ¡Estoy harta de tu hija, no deja de llorar!

Anna se puso los vaqueros, las bailarinas y la capa, cogió las llaves del coche, pero se quedó quieta donde estaba; por la escalera se cortaría la llamada. Intentó relajar la voz, pero en vez de eso las palabras le salieron en un tono distorsionado:

—No te muevas, Maria Sole... ¿Dónde estás?

—¡En el infierno! —le respondió con la voz rota por la desesperación.

Y colgó.

Eran las dos de la madrugada cuando un *carabiniere* anunció por el walkie-talkie que habían encontrado a una mujer, desmayada y aterida, a unos cuatro kilómetros de un refugio, al este de las pistas. No había rastro de los niños. Anna estaba sentada en el furgón, Guido había subido a una quitanieves. Les habían dicho a ambos que no se movieran, que se quedasen en el jeep de los *carabinieri*, en la parte baja de la montaña. Les habían dado forros polares, gorros y mantas isotérmicas. Aguantar el frío no era fácil, era una lucha con el cuerpo, una sumisión a la resistencia.

A Anna le castañeteaban los dientes mientras una mujer de uniforme le explicaba que cuando encontraran a los niños su presencia sería fundamental; no debía cansarse. Se llamaba Rosalba, era una policía de baja estatura, con facciones duras, las mejillas lozanas y dos ojos de terciopelo negro que no se apartaban de ella. Llevaba puesto el uniforme, una cazadora reflectante y un gorro de lana forrado de un tejido impermeable. Enseguida la trató de tú; fue ella quien le contó cómo habían ido las cosas.

Cuando la había visto llegar, Guido había ido a su encuentro y la había abrazado con fuerza, susurrándole al oído:

—Los encontraremos, esto no puede pasarnos a nosotros.

«A nosotros».

Anna no pronunció ni una palabra.

Después él había salido corriendo detrás de un *carabiniere* y no había vuelto a verlo.

Rosalba hizo que Anna le relatarla la llamada, qué había dicho exactamente Maria Sole y lo que había oído. Suponían que el ruido que Anna había percibido era del telesquí. Rosalba le contó que Maria Sole se había llevado a los niños de la guardería de las pistas. La chica que trabajaba como animadora no había dudado ni un segundo, no era la primera vez que veía a la mujer en el hotel. Se había presentado como la madre de los niños y ellos no

habían protestado, habían ido a su encuentro contentos de verla, sobre todo Natalia. Luego se habían dirigido a los remotes. Guido estaba descansando en la habitación. Abajo solo había un telesquí, la llamada la había hecho desde allí. Más tarde Maria Sole había alquilado dos trineos, uno para Gabriele y otro para Natalia, y desapareció enseguida. Encontraron su móvil cerca del remonte. Lo había abandonado justo después de hablar con Anna. Presumiblemente.

Todo el pueblo se había movilizado, además de las fuerzas del orden; un helicóptero sobrevolaba la zona desde hacía unas siete horas, volaba bajo sobre la montaña iluminando los bosques, que eran como agujeros negros. Decenas de hombres habían subido por la nieve en busca de la mujer y los niños. Poco a poco, se fueron acordando de Maria Sole: primero la mujer de recepción, luego la animadora, el chico que le había alquilado los trineos y otro que les había entregado a ella, a Natalia y a Gabriele las pulseras para poder coger el remonte. Los habían visto subir una sola vez. Después se esfumaron. Hacia las siete había empezado a nevar, unos copos estrellados y potentes comenzaron a caer sobre la montaña borrando las posibles huellas de los tres desaparecidos y entorpeciendo la búsqueda; la nieve fresca ya llegaba a los treinta centímetros de altura.

Rosalba era optimista. No utilizaba ningún «si» ni ningún «pero», seguía hablando a Anna de manera reconfortante: volvería a abrazar a sus niños. Se refería exclusivamente a ellos, en ningún caso a la mujer. Más de una vez le cogió el rostro cuando los ojos de Anna se perdían entre la luna y la montaña, abstrayéndose en esas formas elementales; le frotaba los hombros, le ponía las manos entre las suyas, siempre la llamaba por su nombre. Nadie le hizo preguntas sobre su relación con Guido. Nadie, al hablar de Maria Sole, usó expresiones como «la amiga», «la tata» o «la amante». Al menos no en presencia de Anna. Ella no había dicho nada; lo único que le había preguntado a Rosalba era a cuántos grados estaban. Se lo preguntaba a espacios de tiempo regulares, cada cuarto de hora. «A menos dos», contestaba ella. «A menos uno».

Paralizada en su asiento, agitaba las piernas, se desentumecía el cuello, hacía crujir los dedos. Se imaginaba a sus niños abandonados en la nieve, blancos como el mármol, con las venas azules superficiales dibujando la muerte en sus caras. Y sentía que el cuerpo la abandonaba. Rosalba lo notaba, era como si supiera a la perfección lo que le pasaba por la cabeza. Entonces la tocaba y le decía: «Anna, ¿me oyes? Va todo bien, los encontraremos».

Rosalba debía de tener información: cuando el *carabiniere* le dijo que acababan de encontrar el cuerpo de una mujer, ella no se inmutó, se aproximó para reunir la mayor información posible y después volvió a mirar a Anna, seria y concentrada.

—¿Lo has oído? La han encontrado...

—Pregunta cómo está —dijo Anna, que solo accedía a hablar con Rosalba. El mundo se había convertido en el enemigo, ya no se fiaba de nadie.

Con la noticia del hallazgo, la sangre se le había agolpado en la cabeza, de repente tenía calor. Ya no pensaba en los niños, el odio la dominaba.

Rosalba bajó del jeep y regresó al cabo de dos minutos; había dejado las puertas abiertas, la luz amarilla de la ambulancia giraba y cruzaba a intervalos el rostro de la mujer.

—Todavía no se sabe nada —le dijo.

—¿Y si los ha matado? Quién sabe dónde los habrá abandonado...

Rosalba subió de nuevo al vehículo y cerró las puertas, se sentó a su lado y sin mirarla le dijo en voz baja:

—Anna, no debemos perder la esperanza.

—¿Por qué? —preguntó ella, y con un movimiento de cadera se levantó, empujó la puerta y en un instante estuvo fuera del coche. El frío le cortó la respiración, estaba entumecida, sentía un hormigueo en los dedos de los pies.

Centenares de personas estaban esperando. Sobre todo mujeres y chavales, parados detrás de una valla con los teléfonos enfocando. A Anna le pareció que no le costaría distinguir entre los que estaban allí por piedad y los que querían robar una foto. Se sentía lúcida, consciente de los hechos. Era la única que sabía lo que había ocurrido realmente, y esa percepción la ayudaba a mantener el control. Encerrada en su silencio, estaba a la espera del veredicto.

Rosalba se acercó a ella, daba saltitos y no le quitaba los ojos de encima. La temperatura era tan baja que el aliento se condensaba al instante. Guido estaba sentado al lado del conductor de la quitanieves. Le dirigió una mirada, bajó y fue directo a Protección Civil. Anna lo vio hablar acaloradamente, gesticulando, se pasó varias veces los guantes por la cabeza para calarse el gorro. Al cabo de un rato se reunió con Anna y Rosalba y solo dijo:

—Voy a ir.

—¿Adónde? —Anna tenía una voz cavernosa.

—La van a llevar a un par de kilómetros de aquí, donde puede aterrizar el helicóptero.

—Voy contigo —añadió Anna.

—No es necesario, es mejor que te quedes aquí, por si acaso...

—Voy contigo —repitió brusca.

Guido no contestó y Rosalba la cogió por debajo del brazo, sosteniéndola. Subieron a un jeep blindado, allí dentro la temperatura era casi apacible. El jeep arrancó despacio. Por la ventanilla pequeña y tintada Anna vio los rostros de la gente que los seguía. El *carabiniere* sentado al lado de Guido tenía un bigote fino y acento del sur.

—La han encontrado al este —dijo—, a diez kilómetros de la ladera del pueblo. Tiene hipotermia. —Guido se quitó los guantes, se pasó los dedos por los ojos, se secó las lágrimas—. Por desgracia, en este momento no está consciente, de modo que todavía no tenemos información sobre los niños...

Rosalba preguntó:

—¿No habéis encontrado nada alrededor?

—No, y la nevada no ayuda: en poco tiempo todos los indicios quedan cubiertos. Pero somos optimistas, la zona no es tan amplia, y con la llegada de más hombres de Protección Civil deberíamos cubrirla toda. —Se dirigió a Anna—. Seguro que los encontramos, señora.

—¿Vivos? —Tenía los ojos cerrados cuando lo dijo.

Rosalba, Guido y el *carabiniere*, ante esa pregunta, dieron un pequeño respingo, como si retrocedieran a la vez.

Guido se inclinó hacia Anna.

—No digas eso...

Ella se recostó y se cruzó de brazos.

—No te atrevas a tocarme...

Perdió el equilibrio, el jeep se había subido a algo. Por el walkie-talkie una voz metálica anunció:

—Ya estamos ahí.

El *carabiniere* se aproximó al conductor, que contestó:

—Un minuto.

—Un minuto —repitió el hombre en el aparato.

Rosalba se abrochó la chaqueta hasta la boca, su cara desapareció, pero los ojos no se apartaban nunca de Anna. El jeep se detuvo, bajaron y caminaron en fila. Los pinos altísimos y delgados, que a contraluz parecían todavía más pegados los unos a los otros, se erguían sobre ellos. Si los niños se encontraban realmente en esa verde espesura, sería imposible localizarlos. Había dejado de nevar, el aire era seco, cortante, y la luz de la luna caía a plomo. El helicóptero estaba a cincuenta metros, las aspas giraban

provocando un estruendo; había una decena de hombres y cuatro chicas de la Cruz Roja.

Anna tardó un poco en localizarla; en cambio, Guido la vio enseguida: la habían tumbado en una camilla de nieve, una especie de trineo más largo sostenido por unas ruedecitas; solo se le veía la cabeza, que sobresalía de una manta plateada. Anna aceleró el paso para adelantarse a Guido, pero él corrió más deprisa gracias a las botas. Lo vio acercarse a la camilla y tocar la frente de Maria Sole. Era del mismo color que la nieve, tenía la cabeza inclinada a la izquierda, los ojos cerrados, la boca tan pálida que parecía la de una muerta; pero respiraba. La enfermera, tras un par de gafas negras graduadas, dijo:

—Ha vuelto un momento en sí cuando la hemos subido, después ha perdido el sentido de nuevo. Ha abierto los ojos dos veces.

Guido era la viva imagen del terror.

—¿Qué ha dicho?

—Frases sin sentido, está en un estado de confusión.

—¿No ha dicho nada de los niños? —preguntó Anna.

Rosalba se había colocado entre ellos.

—No lo hemos podido entender —informó la chica—. Ha dicho cosas inconexas.

Guido tenía la palma de la mano en su frente.

—Tiene fiebre alta —dijo.

—Sí, treinta y nueve con dos —confirmó la enfermera—. Debemos irnos.

Guido se acercó a la chica y murmuró:

—Me dijo que estaba embarazada...

La enfermera asintió y Rosalba se volvió hacia Anna. La chica, instintivamente, también le dirigió la mirada. Fueron esas miradas lo que la hicieron enloquecer, ese muro de solidaridad femenina y la idea de que esa confesión lo decía todo. Dio un salto hacia delante y cogió a Maria Sole por el cuello, le clavó las uñas en la piel; la mujer se contrajo en una mueca de dolor, movió la cabeza. Fue Guido quien la detuvo, la agarró por las muñecas y se plantó entre ella y la camilla.

—¿Qué haces, te has vuelto loca?

Anna se llevó las manos a la cabeza como si quisiera arrancarse el pelo y emitió un grito desgarrador que se impuso al ruido de las aspas; su voz retumbó en el valle como el quejido de un animal. Los dos sanitarios cogieron la camilla y se pusieron en marcha, seguidos por la enfermera, hacia el helicóptero.

Guido retrocedió unos metros y levantó los brazos en señal de rendición, mientras ella, agachada de rodillas, lloraba fuera de sí. Rosalba se había quedado a su lado, la vio desesperada, abatida sobre los talones. Entonces con mucha cautela se agachó y, con voz controlada, dijo:

—Anna, escúchame, tienes que levantarte. Ya sé que estás destrozada, que tienes miedo, pero debes aguantar. Volvamos al jeep. Vayamos a donde estábamos antes, es el mejor sitio para moverse. Si los encuentran, desde allí...

Anna se acercó más a ella. Tenía los ojos rojos y estaba completamente afónica.

—Tú no lo entiendes. Me aterroriza que los haya matado...

Rosalba la sujetó por los hombros.

—Anna, ven aquí, levántate. —Estaba concentrada en ella, parecía que no hubiese nadie más a su alrededor salvo ellas dos.

Anna seguía llorando y sacudiendo la cabeza.

Rosalba se volvió hacia Guido, que estaba de pie con los ojos mirando al norte.

—Tenemos que irnos —indicó él.

—Un momento —contestó ella en un tono duro.

El *carabiniere* que los había acompañado se aproximó a ellas.

—Señora... —dijo. Cuando Anna oyó esa voz, se incorporó. El hombre temblaba de frío—. Han encontrado un guante de niño —anunció—. Una manopla roja con una estrella de Navidad.

—¡Es de Gabriele! —confirmó Anna.

—¿Dónde estaba? —preguntó Guido—. ¿Cerca de donde han encontrado a Maria Sole?

—No, señor, a seis kilómetros de los remotes...

Anna y Rosalba se miraron a los ojos.

—Estamos cerca. —El *carabiniere* suspiró—. Son pequeños, no pueden haber ido muy lejos.

Esa afirmación les heló la sangre. Podía significar cualquier cosa.

Rosalba insistió en que comiera algo. Pararon delante de un hotel a un kilómetro de las pistas, y el *carabiniere* también se apeó. La voz que procedía del walkie-talkie repetía a intervalos regulares que «todavía» no habían encontrado nada.

Los recibió una camarera con acento del este, polaca o tal vez rumana. Los condujo a la sala del restaurante con luces de neón, un comedor con las mesas ya dispuestas para el servicio de desayuno y las tazas bocabajo encima de manteles sintéticos de color mostaza. Unas amplias ventanas daban al valle. Había dejado de nevar y el cielo empezaba a clarear en el horizonte. La directora del hotel bajó por la escalera envuelta en una bata y calzada con un par de zapatillas Ugg de andar por casa. Se acercó a Anna y le dijo:

—Señora, ¿quiere una habitación? Quizá necesite tenderse unos minutos. Si podemos hacer algo por usted, lo que sea...

—Gracias —susurró Anna.

—¿Podríamos tomar algo caliente, un café o un té, tal vez unos dulces? —Rosalba levantó la voz—: Sante, ¿quieres un café?

El *carabiniere* se había quedado de pie en la puerta de la sala.

—Pues sí, gracias.

Guido había ido al baño y, cuando regresó, saludó a la directora con una de sus típicas sonrisas de circunstancias.

—¿Puedo ofrecerle algo, doctor Bernabei?

—Algo salado, lo que sea... Gracias, señora.

—¡Danuta! —llamó. Pero la muchacha no apareció—. Disculpen —dijo la directora, y se fue hacia la cocina renqueando.

Se habían sentado a una de las mesas del rincón, cerca de la ventana. Anna se quitó las botas y puso los pies encima del radiador.

—¿Me buscas una manta? A ver si se me seca también el chaquetón —le dijo a Rosalba.

—Claro.

Anna la vio alejarse. Pensó que esa mujer, en un momento, se había vuelto familiar, le daba sensación de estabilidad y, sin embargo, nunca la había visto sin el gorro. Se volvió hacia Guido, que trasteaba con el móvil.

—Aquí hay cobertura —le dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anna.

Guido levantó los ojos del teléfono con una expresión interrogante y se quitó el guante izquierdo. La camarera llevó té, queso, unas pastas y una botella de agua mineral. Anna apartó las tazas para dejarle espacio.

Rosalba regresó con la manta, la ayudó a quitarse el chaquetón y, tapándola, dijo:

—Estaré allí con Sante, por si necesitas algo...

Guido se abalanzó sobre el queso, un pedazo grueso con corteza, y le dio dos bocados seguidos, sin masticar. Anna se llevó el té a los labios; estaba hirviendo.

—Me das asco —le dijo después de que el calor se le expandiera en el estómago—. Dime qué ha ocurrido... —Lo tanteó con disgusto.

A Guido le costó tragar, cogió la servilleta, se limpió la boca y volvió a dejarla sobre sus piernas.

—Vino hasta aquí. No sé cómo se enteró de que nos habíamos ido de fin de semana. Perdió la cabeza cuando Gigliola la despidió —contestó después de unos instantes, bajando la mirada.

Anna vio a Rosalba en la parte opuesta de la sala tomándose el café sin quitarle los ojos de encima.

—Me pegó, estaba fuera de sí. Deliraba. Me dijo que estaba embarazada... —añadió él.

Anna apretó los puños; eso no lo sabía. Luego, con la voz fría, comentó:

—Y no es la primera vez. La dejaste embarazada antes de que naciese Natalia, y encima la metiste en la clínica... Has hecho las cosas muy bien, esperaste a convertirte en jefe de servicio para después dejarme... —Clavó el dedo en la mesa.

Guido estaba aturdido, distante. Hablaba, pero sin dirigirse a ella:

—No creo que esté embarazada, solo lo ha dicho porque está asustada... Porque ha comprendido que ya no quiero estar con ella.

—¿Y por qué ya no quieres estar con ella?

—Porque nosotros dos nos hemos reencontrado. Pensaba que la conocía... —La miró—. Esa historia con tu padre..., ¿no lo entiendes? ¿Y si el niño fuera suyo?

Anna, azorada, soltó:

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco?

—¡Se estaba tirando a Attilio, Anna, me lo ha contado todo!

—No me lo puedo creer, Guido —le dijo en voz baja—. Y por encima de todo no me cabe en la cabeza que no hayas pensado en los niños...

Él miró hacia fuera por la ventana. Luego se volvió y con un hilo de voz le contestó:

—No, ni por un instante. Temía que pudiera hacerse daño a ella misma, eso sí, pero a los niños... No se me ocurrió, la verdad...

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Tenías miedo de que se suicidara y la dejaste marchar.

—No te haces una idea de por lo que he pasado. Llevo meses sin vivir, metido en esta historia... Ya no puedo más.

—¿Con qué? —Se le había llenado la boca de saliva, habría querido escupir en el suelo.

—Con las denuncias, con las amenazas, hace casi dos meses que estoy sometido a esta presión...

Guido se inclinó hacia delante y clavó los codos en las rodillas, con la vista fija en el suelo.

—Comprendo que en este momento resulte difícil entender en qué situación me encontraba, pero...

—No tengo palabras, eres un monstruo... Un falso, un mentiroso, una víbora... Y, encima, ingenuo. Te has dejado embaucar por completo, no has entendido nada de ella...

Guido cambió de expresión.

—¿Sabes qué me dijo Maria Sole la primera vez que te vio? En la fiesta, en la clínica...

Ella lo cortó para corregirlo:

—No era la primera vez. Meses antes me había seguido hasta el parque.

—La primera vez que te vio, me comentó: «Tu mujer tiene una aventura... Ni siquiera te mira, ¿no te has dado cuenta?».

—¿En serio? —Anna sonrió con indiferencia.

—¿Te crees que soy idiota? Hace dos meses que hago que te sigan. Follas con ese chaval francés delante del colegio. Hasta Gabriele te ha visto. Fuisteis a hacer un pícnic, ¿no es cierto?, lo invitas a cenar... ¿También le pasas dinero? Por cierto, que sepas que ese tipo deja que su mujer lo mantenga.

—Pero ¿qué dices?

—¿Que qué digo? ¿Y tú, Anna? No te hagas la santa conmigo. Lo tengo todo: fotos, mensajes de WhatsApp... Ni siquiera rechistaste cuando te dejé, no levantaste un dedo... ¿A quién quieres dar lecciones de moral, eh?

Anna puso los ojos en blanco. La había estado espiando, claro. Por eso le estaba revisando el móvil aquel día. Apretó los puños sobre la mesa, llena de rabia. Le habría gustado abalanzarse sobre él.

—De acuerdo, no soy perfecta, no soy la virtud personificada, pero yo no he puesto en peligro a mis hijos. No he mentido deliberadamente. No he pensado en formar una familia con otro... Solo tengo una aventura, ¿y sabes por qué empezó? ¡Porque tú no estabas nunca!

—Mira, Anna, ya sé que ahora todo suena poco creíble, incluso a mí... Pero también era solo una aventura. Sí, es cierto, ella se quedó embarazada, y yo estaba aterrorizado. Ella ni se planteó abortar, y cuando perdió el niño me sentí aliviado. No podía quitármela de encima y tu padre no quería saber nada de despedirla.

—Llevas dos años tirándotela...

Sante y Rosalba se volvieron.

—¡Baja la voz, joder!

Anna se puso de pie de repente y cogió la mesa, la levantó y la volcó. Las dos tazas cayeron al suelo y la botella de agua se derramó encima de Guido, que se echó hacia atrás con la silla. Anna volvió a coger la mesa y a volcarla.

—¡Basta, joder, basta! —gritó.

Rosalba salió disparada, cruzó la sala y se acercó a Guido, que respiraba con dificultad.

—Está bien, vamos a calmarnos. Ahora tenemos que pensar solo en los niños. No sirve de nada discutir.

—Pensaba que se iba a suicidar. —Lo apuntó con el dedo—. ¡Ni siquiera se le pasó ni remotamente por la cabeza que pudiera coger a nuestros hijos!

—Pero ¿por qué iba a pensar algo así? Siempre ha sido buena con ellos, siempre ha sido...

—¡Esa mujer está enferma, está enferma! Fue ella la que le quitó los ojos a *Lucilla*... Y yo... yo...

Rosalba la sujetó por los hombros y se acercó a ella.

—Anna, tranquilízate... Tranquila.

—Yo no me di cuenta de nada. De nada... —Se dirigía solo a Rosalba—. ¿Dónde estaba yo?

Sante se reunió con ellos y le ofreció una servilleta, estaba mojada.

—Señora, ¿nos vamos?

—¿Adónde? —preguntó Anna con lágrimas en los ojos.

—Abajo, a los remotes. Debería identificar el guante.

—Pues vamos.

Rosalba le tendió la chaqueta a Anna y salieron de la sala. La directora apareció detrás del mostrador de la entrada. Rosalba levantó el brazo.

—Muchísimas gracias, Paola.

—Suerte, de corazón. —Observó a Anna apretando un pañuelo contra el pecho.

Fuera el frío parecía haberse vuelto más áspero. El cielo se había aclarado, la montaña había adquirido otro aspecto, ya no era un triángulo negro, sino un paisaje variado: nieve, bosques y rocas. Subieron al jeep y en pocos minutos estuvieron en la barrera. Ya había menos gente, muchos se habían refugiado en los coches. Habían llegado dos ambulancias. Anna sintió que las piernas se le aflojaban. Rosalba le explicó:

—Están aquí por seguridad.

En cuanto se percataron de su presencia, dos hombres corpulentos, ataviados con chaquetas oscuras con una raya reflectante en el medio, se acercaron. Llevaban el guante. Guido no dijo nada, Anna asintió.

—Sí, es de Gabriele.

—También hemos encontrado esto —anunció el más alto de los dos: era un botón de plástico blanco, un botón como muchos.

Anna se encogió de hombros y las lágrimas se le helaron en las mejillas; Guido le puso una mano en el hombro y ella no tuvo fuerzas para protestar. Permanecieron el uno al lado del otro a la sombra de esa silueta inmensa que tenía prisioneros a sus hijos. El sol estaba saliendo, la nieve relucía. Ese manto blanco los había sepultado.

De la segunda ambulancia salió un chico con el pelo rizado, vestido de naranja, que hablaba por el walkie-talkie; aceleró el paso y se acercó a ellos.

—Tengo en línea al médico que se ha ocupado de la mujer. Hay novedades.

Rosalba cogió el aparato.

—¿Cómo se llama? —preguntó al joven.

—Anselmi —dijo el enfermero.

La mujer apretó el botón lateral.

—Doctor Anselmi, soy Rosalba Aimone, Cuerpo de Rescate de Montaña. Estoy aquí con los señores Bernabei, ¿me oye?

—Sí, alto y claro.

—Bien. Le escuchamos —apuntó.

—La señora se encuentra en estado de confusión. Tiene un discurso fragmentario, dice que, con el permiso del señor Bernabei, llevó a los niños a dar un paseo.

Anna abrió mucho los ojos y Guido negó con la cabeza, mirando al suelo.

—Asegura que salió de la pista para seguir a la niña mayor, que resbaló hacia un lateral con el trineo.

Anna se apresuró a decir:

—¡Natalia no es la mayor, es la pequeña!

—Chisss. —Rosalba se llevó el índice a la boca—. Le escucho, doctor, prosiga.

—Se desorientó, intentó arrastrar a los niños con el trineo, pero se rompió la cuerda y tuvieron que seguir a pie. —La línea hacía ruidos. Rosalba apretó dos veces el botón lateral—. No sabe decir con precisión cuánto tiempo pasó —prosiguió el médico—, tampoco es capaz de indicar una posición. Dice que atravesó un bosquecillo que hacía bajada y que salió de él. Cree que aproximadamente una hora después, cuando oscureció, decidió continuar sola. Los niños ya no podían caminar más, así que los dejó debajo de una peña...

—¿Una peña? —preguntó Rosalba.

—Una peña, una roca saliente. Les dijo que no se movieran, que permanecieran abrazados, que volvería. Siguió las luces hacia el pueblo durante una media hora, pero cuando lo cuenta se contradice en varias ocasiones. Asegura que se cayó, tal vez perdió el sentido la primera vez. Consiguió levantarse y continuar, pero después ya no recuerda nada...

—¿Qué veía mientras bajaba? ¿Iba fuera de pista por el lado derecho o por el izquierdo? ¿Ha visto otros tramos de bosque? ¿Había solo nieve? ¿Qué ha dicho?

—Nada más de lo que le he contado. Se encuentra en estado de shock. Le hemos dado un calmante, un antipirético y un analgésico. Tiene una costilla fisurada. También le ha subido la presión. La mantenemos abrigada, deberemos esperar un poco para mantener una conversación más clara y fiable.

Rosalba intercambió una mirada con Anna y Guido, él alargó el brazo y ella le pasó el walkie-talkie.

—Doctor Anselmi, buenas noches, soy el doctor Bernabei.

—Hola, doctor.

—¿Cree que podría hablar con ella?

—En este momento no. Quiero esperar a que se calme, tiene la mínima a ciento diez.

Guido miró a Anna y después a Rosalba. Apretó el botón y dijo:

—¿Le han dicho que la mujer está encinta? ¿Me puede dar alguna noticia sobre el bebé?

—Doctor, hemos hecho una ecografía...

—¿El latido es regular?

—Doctor, la mujer no está embarazada.

—¿Lo ha perdido? —Se le abrieron los ojos, y se encontraron con los de Anna.

—No, no hay embrión, el endometrio está perfecto. Está ovulando.

—Anselmi... —Le temblaba la voz.

—Doctor, cuando venga le mostraré la ecografía. La mujer no está embarazada, puedo asegurárselo.

Guido soltó el pulsador y Rosalba cogió el walkie-talkie de nuevo y se alejó. Él buscó a Anna con los ojos, pero ella lo ignoró: paseó la mirada por los bordes de la montaña, hizo amago de volverse de golpe, pero al final se quedó como estaba y sorbió por la nariz.

—Lo sabía... —Tenía la mirada de un niño.

Anna lo dejó allí y se acercó a Rosalba, que junto con Sante y los otros hombres de Protección Civil estudiaba un mapa de la zona. Ya casi había amanecido.

—Hay dos zonas rocosas importantes —explicó Rosalba—, es presumible que la que nos interese sea esta. —Señaló un punto en el mapa—. Está precedida de una masa boscosa, es la más cercana a los remontes. ¿Cuánto pueden haber caminado dos niños tan pequeños?

—Miente. —Anna suspiró—. Trata de despistarnos.

—Debemos intentarlo —contestó Rosalba.

Le devolvió el mapa a Sante, la cogió del brazo y la condujo hacia el jeep. Guido estaba inmóvil, con los brazos caídos a los costados. Cuatro hombres de Protección Civil salieron con las motos de nieve.

—Ya sé qué es lo que te asusta, pero no puede haberlos matado. —Rosalba parpadeó dos veces.

—¿Por qué?

—Porque no habría dado tantos detalles. Es lista, mucho más lista de lo que crees...

—Me amenazó...

—¿Dijo que les haría daño a tus hijos?

—No —repuso Anna suspirando.

—No los ha tocado.

—Ella me llamó, Rosalba...

—Estoy segura de que lo que me has contado se corresponde con la realidad, pero recuerda que se trata de tu versión de los hechos.

—¿Qué quieres decir?

—Que es su palabra contra la tuya, y contra la de tu marido. Ya lo has oído: dice que él estaba al corriente de que iba a llevarlos a dar una vuelta.

—Eso no puede ser cierto. Es lo único de lo que estoy segura.

Rosalba suspiró.

—Está despierta, sabe exactamente lo que está haciendo. Finge que se los llevó a dar un paseo, Guido estaba de acuerdo. No los tocó, solo los ha perdido... Fue a pedir socorro, ¿lo entiendes? Su versión tiene lógica.

—¡No es verdad! —Se echó a llorar.

—Claro que no es verdad. Pero esta versión es la prueba de un hecho: ¡no les ha puesto un dedo encima!

Anna negó con la cabeza. Rosalba sacó una chocolatina del bolsillo, la desenvolvió con la ayuda de los dientes y se la acercó a la boca. Anna abrió los labios. Estaba dura como una piedra y no sabía a nada.

—Debes tener confianza.

—Han pasado más de dieciséis horas.

—Los niños tienen una temperatura corporal más alta que la nuestra.

—Ha nevado toda la noche.

—Mira, yo me he criado en la montaña, estoy familiarizada con el frío más que con otra cosa en el mundo, y conozco la resistencia y los recursos del cuerpo humano. Morir no es fácil. —Le sonrió y se reunió de nuevo con Sante.

Anna se dio cuenta de que el helicóptero había desaparecido. La última vez que lo vio fue en el hotel. Solo lo habían usado de noche.

Tenía que ir al baño, ya no podía aguantarse. Una gota de orina le mojó las bragas, estaba hirviendo. Se apresuró. Al adelantarse vio que Rosalba hablaba de manera excitada con algunos *carabinieri* que acababan de llegar al lugar. Había dos personas esperando para entrar en el baño portátil. Una mujer de unos sesenta años le preguntó:

—¿Es usted la mamá de los niños?

—Sí...

—Por favor, señora, pase. Quiero decir cuando esté libre.

—Gracias —contestó Anna, hundiendo la nariz en la bufanda.

—No es la primera vez que se pierde alguno, ¿sabe? —La mujer tenía la frente marcada con una arruga horizontal, profunda y oscura—. Es una

montaña pequeña, pero las pistas no están señalizadas como deberían. Debería presentar una denuncia contra Protección Civil... o, en fin, contra quien se ocupe de estas cosas. —Tosió de una manera cavernosa.

Anna asintió.

—Una niña de ocho años, en 2010, pobrecilla... —La mujer se llevó un pañuelo a la boca y se limpió—. Disculpe, no debería haber dicho nada. Estoy segura de que encontrarán a sus hijos sanos y salvos.

—Pero ¿por qué está usted aquí? —Anna quería agredirla, no podía creer que le hubiese dicho algo así, su rabia era tan grande que se habría dado contra una pared.

—Trabajo en el funicular.

La puerta del baño se abrió y Anna se metió dentro. Olía fatal, la nieve teñida de gris parecía haber absorbido ese hedor nauseabundo. Anna orinó y sintió arcadas. Cuando salió, la mujer le sonrió.

Anna sintió un odio inhumano. Odio que se añadía a la angustia. Era como una matrioska, había un módulo cada vez más pequeño y duro dentro de cada miedo.

Echó un vistazo a su alrededor y tuvo la sensación de que estaba ocurriendo algo. Los *carabinieri*, la policía, los de Protección Civil..., nadie estaba quieto en su puesto, todos desentumecían las piernas y se quitaban el frío, todos se movían, los walkie-talkies graznaban, las palabras subían y bajaban por la montaña. Rápidas y precisas.

Se acercó al coche y abrió la puerta: Guido estaba en el asiento lateral, con los codos en las rodillas y la cabeza gacha, y lloraba sin coger aire, sacudiendo la espalda y moviendo los pies frenéticamente. Nunca lo había visto en ese estado. Su cuerpo estaba agarrotado por los espasmos. Pronunciaba palabras incomprensibles, casi como ladridos.

—Eh, respira —le dijo Anna.

Entonces, de repente, oyó las sirenas de las ambulancias, se asomó y vio que también habían encendido las luces de emergencia. La reverberación lo llenaba todo, el cerco se ensanchaba. Buscó a Rosalba con los ojos y la vio correr hacia ella, con el walkie-talkie balanceándose en su cinturón. Se había quitado el gorro, llevaba el pelo muy corto; Anna reconoció su nueva fisonomía. Rosalba se llevó la mano al pecho antes de hablar, jadeando.

—Los han localizado —declaró sin expresión.

Anna alzó los ojos a la montaña. El sol estaba alto. Era una jornada perfecta. «Morir no es fácil».

Rosalba le comunicó que subirían con las quitanieves. Los niños estaban a nueve kilómetros, en un bosquecillo. Debían darse prisa. Fueron al vehículo militar, lo conducía un hombre con un casco de plástico azul y la piel curtida por el frío, que agarraba con fuerza el alto cambio de marchas que vibraba con el motor. No dijo nada, solo esperó a que la puerta se cerrara.

Partieron levantando placas de nieve. Rebotaron en el asiento y Anna se agarró al tirador de la puerta; no sentía la punta de los dedos y notaba un dolor tremendo en el cuello, no podía girarlo. Guido miraba hacia delante como el hombre que iba al volante; parecían halcones atentos. El sol estaba alto y daba de pleno sobre la pendiente de nieve inmaculada, que semejaba una tarta nupcial; atravesarla fue fácil. La mente le jugó una mala pasada porque se dijo que era una suerte haberlos encontrado de día, e inmediatamente después pensó en la noche, en esos bosques densos y oscuros que había visto a las primeras luces del alba, lápidas verdes de troncos largos. Observó las motos de nieve subiendo en fila india, formaban una serpentina imaginaria. En lo alto, a la derecha, vio el bosque. Era escarpado, empinado; alrededor, la nieve era abundante. Se volvió hacia Guido, él intentó tocarla, pero ella se apartó.

—Ya estamos —anunció el hombre, deteniendo la quitanieves en una pendiente. Abrió la puerta y bajó.

Guido hizo lo mismo y aterrizó en la nieve, que le llegaba hasta las rodillas. Rosalba ya había llegado, con Sante y los demás hombres de Protección Civil, a la entrada del bosque; un helicóptero de la Cruz Roja, ágil y ligero, estaba aterrizando a unos centenares de metros. El silencio de la montaña lo rompía un concierto de sonidos que contrastaban: las aspas, los gritos, el ladrido persistente de dos terranovas controlados por un oficial de los *carabinieri*. Estaban desplegados como un ejército en la ladera de la

montaña. A Anna le daban un miedo atroz los perros. En cuanto los vio, susurró:

—Dios mío, los perros no...

—Los han debido de encontrar ellos, son fundamentales —la tranquilizó Guido.

Anna sintió que la nieve la estaba devorando, tenían el frío tan adentro que permanecer inmóviles significaba congelarse. Los perros estaban tumbados al lado del hombre, uno era negro con el pelo largo y brillante y el otro leonado; olisqueaban la nieve, hundían el hocico como si allí debajo hubiera enterradas arterias de olores, pistas descifrables.

Guido le tendió la mano de nuevo y esa vez ella se la cogió.

—Venga, Anna, vamos...

Todavía estaba entero, pero su mirada parecía apagada. Era el mismo tipo de mirada que había teñido el rostro de Gabriele durante los últimos meses. Esos ojos mustios con los que dejaba que se marchara cada mañana después de llevarlo al colegio. Anna recordó cómo lo había tranquilizado antes de partir hacia la montaña. «Cariño, te lo pasarás muy bien». Se lo había repetido hasta la saciedad, con tal de quedar libre para ver a Xavier. Pensó en todas las mentiras que le había contado, mentiras inocuas que eran la base de esa educación sentimental que hacía callar a los niños, como si no existieran. No se paró a pensar un solo instante ante esos ojos cargados de melancolía, sino que priorizó sus necesidades y deseos. No le prestó atención. Tenía una clara sensación de haber estado huyendo constantemente de sus propios hijos, como si cada jornada fuera un compromiso ineludible, y por la noche le bastaba saber que estaban en sus camas, seguros y dormidos, mudos, sin preguntas.

—Anna, vamos...

Ella puso un pie delante del otro, y Guido la condujo hasta el lugar en que Rosalba se reunió con ellos con las manos desnudas y la respiración entrecortada.

—Han encontrado a Natalia, la están subiendo. Sigue sin haber rastro de Gabriele.

—Habías dicho que los habían localizado a los dos...

En el rostro de Rosalba apareció una sonrisa inconsistente.

—Eso habían dicho, sí, pero evidentemente...

—¿Qué? —insistió Anna.

Guido la sostenía.

—Pronto lo encontrarán...

Con un gesto brusco, Anna se zafó de él.

—¿Pronto, cuándo?

El terranova negro aplastó el hocico contra el suelo y avanzó hacia ella, siguió un semicírculo alrededor de sus pies y, a continuación, se tumbó junto a sus botas, con la lengua colgándole de la boca como una fruta madura. Anna era incapaz de mover un solo miembro. Le parecía un castigo: tener que buscar a su hijo junto al ser que más miedo le daba del mundo. Un perro; un perro negro con ojos de lava.

—Déjalo olfatear el guante —propuso Rosalba.

Anna mantenía los brazos ligeramente levantados en señal de rendición, mientras el perro permanecía sentado y esperaba paciente. Rosalba le ofreció la palma abierta, pero Anna se sacó el guante del bolsillo y se lo tendió al perro. Cerró los ojos cuando el terranova olisqueó con su nariz mojada como una esponja el guante de Gabriele. Anna sentía el contacto de la respiración del animal, apretó las mandíbulas y se imaginó que la devoraba. El perro levantó el hocico, luego volvió a dirigirlo a la nieve y empezó a tirar de la correa; quería bajar hacia el bosque.

—Yo también voy —dijo Rosalba.

—Te acompaño —replicó Anna.

—Están subiendo a Natalia, tal vez sea mejor que esperes aquí.

—Te acompaño —repitió. Ella tenía que ir con Gabriele: él era el hijo débil, el niño triste y silencioso, el perdido—. Que Guido se quede a esperar a Natalia... —Le dirigió una mirada y él asintió. La suma de los errores, las culpas, la responsabilidad habían cambiado los papeles: Anna tenía más derechos.

—Está bien —convino Rosalba—, vamos.

Las siguieron dos hombres, uno de los cuales sujetaba al perro negro por la correa. Llevaba el gorro, el pasamontañas y las gafas, era una figura en movimiento sin facciones. Otro grupo estaba bajando en dirección opuesta con el perro leonado. Rosalba le dio dos raquetas a Anna, y tanto ella como los hombres llevaban cuerdas atadas a la cintura con mosquetones. Siguieron al terranova, que avanzaba despacio y decidido.

La nieve crujía bajo sus pasos, era un crepitar de piedrecitas heladas que brillaban bajo los rayos rubios del sol de primera hora de la mañana. Hasta que empezaron a descender por el bosque: allí estaba oscuro, la luz se detenía a diez metros de altura, no podía seguir su camino por culpa de los árboles, tan densos. Ramas secas y nudosas, una pendiente increíblemente escarpada. Anna se imaginó a Maria Sole arrastrándolos hasta allí y abandonándolos en

ese laberinto perfecto para morir. Recordó el beso que había estampado en los labios de su hija.

Rosalba caminaba y clavaba las raquetas en el suelo, la nieve fresca escondía piedras y grietas. Avanzaron decididos unos cincuenta metros. El perro resbaló dos veces, gimiendo y recuperándose, y después retrocedió y empezó a dar vueltas por una zona más escarpada, hasta que al final metió el hocico bajo una roca y aulló. Movía las patas delanteras en un punto concreto. Rosalba clavó las raquetas, miró a Anna y dijo:

—Tenemos que excavar.

«¿Excavar?»

Anna sintió que las piernas le cedían y cayó de rodillas, junto al terranova que exhalaba vaho y apestaba a humedad. Metió las manos en la nieve, ni siquiera podía llorar. Rosalba la sujetó.

—Anna, apártate...

El hombre del pasamontañas sacó de la mochila unas palas cortas, redondas y anchas y se las pasó a los demás. Se arrodillaron y empezaron a cavar. Rosalba levantó a Anna.

—Ven —le sugirió.

—¿Adónde?

La cogió por los hombros y le hizo dar la vuelta, con la cara hacia el monte y la espalda al valle.

—¡Mira! —le dijo con la voz rota.

—¿El qué? —Anna solo distinguió el brazo levantado de Rosalba. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se imaginó que sería solo una estúpida estratagema para mantenerla alejada del hallazgo del cuerpo de su hijo. Igual que se hace con los niños. «¡Mira, mira, un pajarito!» Un recurso para hacer que dejen de llorar. Otra mentira.

Permanecieron así, erguidas. El walkie-talkie se reavivó, era la voz de Sante.

—¿Me recibís?

—Sí —contestó Rosalba, observando a Anna que, inmóvil, temblaba como una hoja.

—Tenemos buenas noticias: ¡la niña está bien!

Anna miraba la cima de la montaña y notó que se le contraía el intestino. El dolor se extendió y las piernas se le ablandaron. Tenía un sudor frío.

Le llegó la voz de Guido de repente:

—Cariño, ha llegado sana y salva... Tal vez tenga un tobillo roto, ¡pero está bien, está bien! ¿Quieres hablar con ella?

«Cariño».

Anna asintió, tenía el llanto en la garganta. Oía a los hombres trabajar detrás de ella, el ruido de las palas hundiéndose en la nieve, la respiración del terranova que descansaba después del esfuerzo, le parecía que su vaho le llegaba al corazón.

—Mamá... —La voz era infantil y cansada, y aun así firme. La sacudió como un proyectil.

Cogió el receptor de las manos de Rosalba con un ímpetu que no creía tener.

—Tesoro, estoy aquí. Aquí me tienes. Hola, amor mío, ahora voy...

—Mamá —repitió Natalia. Ella se echó a llorar también. No podía decir más que «mamá», no encontraba las palabras. No lo recordaría. Anna no recordaba nada. Solo sabía que tenía una cicatriz en el corazón.

—Nati, todo va bien, tengo muchas ganas de abrazarte, amor mío, te quiero cubrir de besos... ¡Cuánto te he echado de menos!

—Mamá, mamá...

Rosalba se pasó la muñeca por los ojos; por primera vez parecía que no sabía mantener la compostura. Anna leyó pesadumbre en su mirada y luego la vio girar la cabeza, superada por la emoción.

—Vamos a bajarla con el helicóptero —informó Guido—. Está congelada... ¿Qué ocurre por ahí?

—Por ahora, nada —se limitó a contestar Rosalba—. Seguimos adelante.

—Bien —dijo Guido—. Bien.

Anna lo imaginó abrazando a Natalia. Notaba el entusiasmo en su voz, el vigor, ese ímpetu de optimismo con el que encaraba el futuro y que en ese momento Anna detestaba. Ella estaba en el bosque y lo primero que se le pasó por la cabeza fue que, si Gabriele estaba muerto, ella tendría que continuar viviendo. Por Natalia.

Se volvió y vio que el terranova olfateaba el suelo al lado del hombre del pasamontañas, que, agachado de rodillas, intentaba hacer que se retirara. Se incorporó y apartó al perro con un brazo, lo alejó con fuerza y después se sentó sobre los talones. Una Moon Boot roja apareció en la nieve, medía como un palmo. Era de Gabriele. Rosalba la sujetó por los hombros cuando intentó abalanzarse sobre la bota. El hombre la miró y el perro volvió a gemir, sacudiendo el hocico a derecha e izquierda. Entonces fue más rápido que el hombre y cogió la bota con la boca. Se despegó del suelo en un segundo, era ligera y estaba empapada. Fue una sorpresa para todos. Gabriele no estaba ahí debajo, lo único que había era la bota. El perro estaba listo para seguir

adelante, pero los hombres continuaron cavando, para asegurarse de que no había nada más.

—No está.

—No... —Anna tenía la certeza de que no estaba allí sepultado. Hay ciertas cosas que una madre las siente.

—Venga, vamos —insistió Rosalba. Volvió a poner esa cara de soldado que Anna había registrado doce horas antes, durante la noche, cuando su determinación estaba intacta.

Dejaron libre al perro, que avanzaba como una bala hacia el despeñadero con la bota en la boca, y se pusieron en camino con los bastones siguiendo las huellas del terranova. Se había quedado parado encima de una roca, con la cola baja, esperándolos. Anna se sentía agotada, le pisaba los talones a Rosalba con la cabeza gacha. Cuando levantó los ojos, vio brillar la luz entre la espesura; ya era media mañana. Pensó en su niño descalzo, aguzó los oídos, oyó de nuevo el sonido de la voz de Natalia. Y entonces se paró y gritó:

—¡Gabriiii!

Todos se volvieron para mirarla.

—¡Gabriiii! —gritó con todas sus fuerzas, mientras el perro ladraba. Su grito y los ladridos cayeron en el vacío, se alejaron propagándose por las laderas de la montaña.

Permanecieron a la espera de una señal, pero no advirtieron nada, solo los movimientos del bosque: un cúmulo de nieve que caía, el vuelo rasante y violento de un pájaro lejano. Emprendieron otra vez la marcha y llegaron hasta el perro, que movía la cola. Desde allí no se veía nada nuevo, solo árboles, nieve y pedazos de tierra de color carbón. El terranova bajó más rápidamente y con mayor agilidad, sin levantar el hocico en ningún momento. En ninguno. Describió tres curvas y se paró, después siguió recto y, de repente, desapareció. Se había despeñado. Oyeron un golpe seco y nada más.

—¡Joder! —masculló el hombre.

Se miraron sin decir nada y avanzaron con cautela, clavando los bastones en el suelo para tantear su consistencia. Al llegar al punto donde el perro había desaparecido echaron un vistazo al fondo de una ancha e increíblemente profunda sima. Tumbado de costado, inmóvil, con la boca abierta, estaba el terranova. El hombre se quitó las gafas y las tiró al suelo, se descubrió la boca, era un chico joven y corpulento, con una nariz perfecta y pequeña y el vello color ceniza; recordaba a James Spader.

—¡Greta! —exclamó. Tenía los ojos azules abiertos como platos.

Anna no había pensado ni por un momento que el perro pudiera ser una hembra.

—No la voy a dejar aquí —sentenció el joven sacudiendo la cabeza.

—Ha muerto —le dijo Rosalba. No mostraba ninguna expresión, parecía imperturbable.

—¡No la voy a dejar aquí!

—Hay un niño perdido en este bosque...

El chico negó con la cabeza.

Rosalba le tiró de un brazo.

—Vendremos a recogerla luego...

—¡No!

«Morir no es fácil».

Por un instante Anna vio al perro en el muchacho, tenían los mismos ojos caídos, bonachones y redondos. Él también era un sabueso.

—Estamos trabajando, Alessandro, te recuerdo que...

—No me marcharé, id avanzando sin mí. —Tenía los brazos a ambos costados y los puños apretados, los ojos fijos en el precipicio.

Anna la cogió de un brazo.

—Déjalo.

—No tiene sentido que se quede aquí, debemos continuar. Y, además, ¿cómo coño la va a coger?

Anna miró al perro en el fondo de la cavidad, el esqueleto inmóvil, la vida deslizándose de su cuerpo, el rigor de la muerte. Cómo todo pierde sentido en un instante.

—Venga, nos vamos, seguimos adelante. —Rosalba hablaba sin dar énfasis a sus palabras, empezaba a flaquear.

Anna clavó los bastones al suelo y comenzó a bajar, pero no como antes, apenas los apoyaba. Quería correr, acabar de una vez.

—¡Anna! —gritó Rosalba.

Avanzó rápidamente deslizándose por la nieve, no notaba el frío. Moverse era tan fatigoso que el cuerpo se sobrecalentaba enseguida.

Se cayó la última vez que oyó la voz de Rosalba. No hacía más que pensar en Gabriele, en el hecho de que iba descalzo, en que dieciocho horas en esas condiciones era demasiado tiempo para cualquiera.

«Morir no es fácil».

Rosalba la alcanzó y la levantó, iba sola. No dijo nada. Ambas jadeaban. Miraron a su alrededor, a la derecha el bosque lindaba con la nieve fresca y la luz. Anna dijo:

—Voy por allí... —Se puso a caminar de nuevo—. ¡Gabri! —vociferaba—. ¡Gabri! —Los gritos la aniquilaban, le quitaban las pocas fuerzas que creía tener aún.

Enfiló hacia el sol y, cuando estuvo cerca de donde empezaba la nieve, vio el cuerpo de Gabriele. Su silueta de costado, la cabeza reclinada sobre el hielo, los brazos abandonados, las piernas separadas, solo una Moon Boot.

Avanzó desesperada, pero al llegar a dos metros de él se detuvo. Se volvió hacia atrás, hacia Rosalba, que estaba arriba, lejos, y le hizo un gesto amplio con el brazo, que ella le devolvió. Después fue hasta Gabriele, buscó un movimiento del cuerpo, comprobó la respiración. El tórax se movía. Lo primero que hizo fue levantarle una pierna, después le quitó el calcetín y le frotó el pie con las manos. Tenía los dedos negros. Se abrió instintivamente la chaqueta y metió el piececito debajo del jersey, contra su tripa, el punto más caliente de su cuerpo. Una estalactita en la barriga. Le cogió la cabeza, estaba segura de que respiraba, aunque de manera lenta y débil. Le tiró el aliento en el cuello, le besó las mejillas y la frente, lo estrechó en sus brazos. Le susurró al oído:

—Cariño, estoy aquí, perdóname, abre los ojos...

Tenía la boca cerrada, abandonada, estaba debilitado, pero vivo. Todavía estaba vivo.

—Gabri, escúchame, estoy aquí, soy yo... ¿Me oyes? Abre los ojos, abre los ojos...

Vio que Rosalba se acercaba cuesta abajo, deprisa, en perpendicular.

Puso su boca sobre la de Gabriele, y luego otra vez. Le echó vaho en la cara fría, en el cuello, en las orejas. Le pasó las manos por todas partes, por los brazos, el pecho, las caderas, como si quisiera encender un fuego. El pie de Gabriele aún estaba en su vientre. Le apretó el rostro con delicadeza, apoyando la nariz en la suya. Las lágrimas resbalaban por su cara, sentía que la saliva se le caía de la boca. Volvió a repetírselo en la oreja izquierda. Su voz era cauta, desesperada y cálida.

—Gabri, te lo suplico, abre los ojos.

Y él lo hizo. Los abrió.

La luz nítida, el aire fresco de las ocho menos cuarto. Anna sujetaba el manillar firmemente, Natalia iba entre sus brazos, Gabriele le rodeaba la cintura bien agarrado detrás. Era uno de los momentos que más le gustaban, el paseo matutino en bici, cuando cruzaban el centro de esa pequeña ciudad termal que tenía el tamaño de un pueblo. Recorría el paseo marítimo vacío — sin tráfico, sin contaminación— a un ritmo suave, con el murmullo del mar de fondo que lamía las playas peinadas a las que se asomaban pequeños balnearios, blancos y azul marino, blancos y azul claro, blancos y turquesa. La gente sonreía al ver pasar a esa mujer joven que llevaba a sus hijos a primera hora de la mañana en una bicicleta plateada; las personas de ese lugar no cotilleaban sobre ellos, ningún murmullo seguía su paso, ninguna conjetura.

Anna detuvo la bici, sacó el caballete e hizo bajar a Natalia. Después cogió a Gabriele en brazos. Subió los tres escalones y cruzó las puertas giratorias, en el complejo el aire era caliente y se respiraba un aroma químico a cedro.

—Buenos días, Anna.

Flavia fue a su encuentro como cada mañana. Era una chica de apenas treinta años, con el pelo color ceniza recogido en una coleta alta y las cejas tupidas y gruesas. Fueron juntos al vestuario; a esa hora todavía estaba desierto. Natalia se le pegaba como una sombra, solo la dejaba libre cuando se ocupaba de su hermano.

—Gabri, hoy trabajaremos en la piscina, ¿estás contento? —Flavia sonrió.

—Mmm...

Le quitó la zapatilla de deporte, la izquierda, le cogió el tobillo y le masajeó la zona donde faltaban el cuarto y el quinto dedo. Flavia los había llamado «mielín» y «pesín»; Anna ignoraba esos nombres, antes del incidente estaba convencida de que los dedos de los pies tenían el mismo nombre que los de la mano.

Natalia observaba el pie de su hermano con una expresión neutral, parecía que la amputación no le daba miedo; ni siquiera cuando aún estaba inflamado,

con las arterias oscurecidas subiendo hacia el metatarso como telarañas, había parecido asustada.

Flavia masajeó la extremidad, que se había vuelto rosada, y Gabriele giró la cabeza hacia los baños: él, en cambio, nunca miraba su pie.

—¿Te ha picado esta noche?

—No.

—Hicimos compresas calientes con las toallas antes de ir a la cama —dijo Anna.

—Bien, muy bien —asintió Flavia mientras se quitaba el albornoz de tela que llevaba como si fuera una bata.

Natalia sonrió, le gustaba la fisioterapeuta y se le notaba en los ojos: la observaba durante horas mientras trabajaba con su hermano, en silencio. A veces se cogía el pie con las manos y se lo masajeaba como hacía ella con el de Gabriele, empezando por el centro y después hacia los dedos, y entonces los contaba. En silencio. Interiormente. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y con la mirada interrogaba a su madre, estupefacta. Ella todavía tenía cinco dedos, ¿cómo era posible?

Flavia llevó la silla de ruedas y Anna ayudó a Gabriele a sentarse. En fila india, se dirigieron hacia la piscina. El primer carril ya estaba ocupado por unas cuantas mujeres mayores que hacían ejercicio suave, con movimientos concretos que estimulaban la circulación y reforzaban la musculatura. Gabriele era el único menor del centro de rehabilitación, y habían tenido cuidado de no mezclarlo con pacientes graves. Había cuatro mujeres: una llevaba un gorro verde con margaritas naranja, y las otras, bañadores negros de competición. Nadaban estilo rana con la cabeza fuera del agua, con movimientos lentos pero elegantes, a una distancia de un metro y medio la una de la otra. También había un hombre, en otro carril, de unos noventa años, tan delgado que parecía una figurilla de madera, con el rostro huesudo y un gorro blanco: no nadaba, se agarraba a un andador; tenía una larga cicatriz en el fémur izquierdo, gruesa y dentada por los puntos en relieve. Avanzaba despacio.

La temperatura rozaba los veintiséis grados, el agua era de un azul cristalino casi transparente; para observar mejor el trabajo que hacían las extremidades, le había explicado Flavia.

Anna le quitó el albornoz a Gabriele y lo ayudó a sentarse en el borde. Un chico moreno, con un bañador negro de poliéster, entró con paso rápido. Tenía los cuádriceps de un gladiador, los hombros anchos, los músculos de acero. Pasó delante del viejo, recogió unos balones medicinales y le dijo:

—¡Giovanni, ve despacio!

El hombre ni siquiera levantó la vista, avanzaba con meticulosidad, aislado en su esfuerzo.

Gabriele se sostuvo en el borde y se deslizó al agua, sus pequeños brazos se habían vuelto increíblemente fuertes en un puñado de meses.

—¿Puedes tú solo, Gabri?

—Sí, mamá.

Siempre se dirigía a ella diciendo «mamá». «No, mamá». «Tengo hambre, mamá». «Espera, mamá». No solo se le habían reforzado los brazos, el lenguaje también se había adueñado de muchos términos nuevos, sorprendentes para un niño de su edad.

Esa palabra, «mamá», repetida después de cada aseveración, pregunta, deseo o berrinche, era su modo de confirmar la presencia de su madre; se lo había explicado la psicoterapeuta que lo estaba tratando: «Quiere sentir que usted está ahí».

Mientras que Natalia seguía habitando en un mundo silencioso y buscándola con la proximidad, Gabriele tenía una necesidad desesperada de confirmar su presencia y la de su padre.

Guido. Era la parte más delicada del asunto.

—Debe procurar reprimir cualquier forma de agresividad —le había dicho la psicoterapeuta la primera vez que se vieron—. Nunca hable mal del padre, acuda regularmente a las visitas, mantenga el equilibrio. La idea de mudarse para la rehabilitación ha sido excelente, eso nos permite justificar la ausencia de su marido, ganar tiempo. Pero debe tener cuidado de no hablar mal de él, de no dañar la figura paterna.

Era una mujer físicamente imponente, toda ella emanaba un aura antigua (las perlas en los lóbulos, el jersey de cuello vuelto, la falda hasta la rodilla; le recordaba a su profesora del instituto), era asertiva, miraba a Anna a los ojos sin dejarle escapatoria y, si ella apartaba la vista, repiqueteaba con las puntas de las uñas sobre la mesa, como haciendo una escala en el piano, para llamar su atención. «¿Me sigue, Anna?»

La sentencia que recayó sobre la clínica dictaminó en primer lugar una pena de tres años de arresto domiciliario para Guido, más una multa de ciento veinte mil euros. Maria Sole, en cambio, tendría que cumplir cinco años. Ambos habían sido acusados de estafa por el asunto de las prótesis. La condena de ella se había visto agravada por el tema de los seguros: hacía años que cobraba comisiones y defraudaba a los clientes (había empezado en una pequeña clínica concertada, en el norte). En ese momento estaba cumpliendo

la pena en un sanatorio. Los dos juicios habían acabado solapándose. Por una parte, el de la clínica, por otra, la acusación de sustracción de menores y omisión del deber de socorro.

—Anna, ¿en qué está pensando?

—En lo que dijo el abogado defensor de Maria Sole.

«No podemos dejar de considerar la concatenación de una serie de experiencias traumáticas. El aborto terapéutico, la relación con Attilio Martani y con Guido Bernabei, el despido... Es evidente que la señora Meli muestra una incapacidad de controlar las emociones. Además, el psicólogo que la trató en el periodo 2014-2015 declara que la señora sufría un grave trastorno alimentario y bruscos cambios de humor: episodios de omnipotencia seguidos de largas fases depresivas. El informe psiquiátrico la declara mentalmente incompetente».

Anna estaba segura de que cuando Maria Sole la había llamado por teléfono sabía a la perfección lo que estaba haciendo. Nadie podía quitarle de la cabeza la idea de que, de manera consciente, quería robarle a sus hijos y matarlos.

—No logro comprender cómo pueden juzgar y condenar a una mujer por estafar a los pacientes y, al mismo tiempo, considerarla incapacitada mentalmente cuando se la acusa de raptar a dos niños.

—Anna, escuche, ya hemos hablado de ello: nosotros nos ocupamos del bienestar de sus hijos y del suyo. Por lo que respecta a la señora Meli y a su marido, están pagando por lo que hicieron, para eso está la justicia. Planteémoslo así: es agua pasada. Tenemos que concentrarnos en el presente, y es necesario que entienda que la amputación de los dedos también tiene un significado simbólico profundo... No permitamos que Gabriele piense que además de una parte de su pie también ha perdido a su padre. Acabaría culpabilizándose. Trabajemos la autoestima. Convirtamos esta terrible experiencia en una oportunidad para renacer. También es un punto de partida para usted.

—Perdone si insisto, pero usted se da cuenta, ¿verdad?, de que si una mujer tuvo la astucia de organizar una estafa como esa, no es posible que...

—Anna, ¿no fue usted quien me contó que al principio de su relación con Xavier sentía dos impulsos opuestos? Por una parte, el de quedarse con su familia, y por otra, el de... ¿Cómo lo dijo? Eclipsarse, perderse... olvidándose de todo y de todos. Es posible que estados de ánimo distintos convivan en una misma persona.

—No irá a comparar mis sentimientos con los de...

—No, claro... claro que no. Solo quiero que considere la idea de que las contradicciones existen, al igual que los errores, los estados de ánimo discordantes, los miedos inmotivados. Usted pasa de culpabilizarse a sí misma, por considerar que no estuvo lo bastante atenta, a acusar de manera feroz a la señora Meli... Y parece que dentro de usted hay una persecución incesante de la culpa, como si fuera un balón que está en una mitad del campo o en la otra. Y eso puede crear confusión.

—Es cierto... Estoy enfadada conmigo misma porque si hubiera tenido los ojos abiertos, todo esto no habría pasado.

—Yo creo que usted pasó de ser hija a ser madre de repente. La historia con Xavier debió de ponerla en contacto con una parte que había quedado enterrada y por la que usted simplemente se dejó llevar.

—En detrimento de mis hijos...

—Además, no podemos olvidar que la muerte de su padre pudo actuar como detonante en esta situación.

—Mi padre... —Y dejó la frase en suspenso.

—¿Qué?

—También estoy enfadada con él... Y, aun así, lo echo de menos.

—En efecto. ¿Ve como me da la razón? Son sentimientos encontrados y, sin embargo, coexistentes. La vida no es blanca o negra, las personas no son buenas o malas, las sensaciones no son cristalinas, más bien imperfectas...

—...

—¿Por qué sonrío?

—Mi marido llamaba... llama a las mujeres a las que opera «las imperfectas». Mi padre decía que todas las mujeres son imperfectas, pero lo decía en sentido positivo, como si en el sentimiento de la imperfección hubiese una búsqueda de la mejora...

—Bueno, diré algo un poco obvio, pero estos enfoques, aunque sean novedosos, me parecen muy masculinos... y también un poco misóginos. No son las mujeres las que son imperfectas, sino las personas, los seres humanos... Y usted debería ser más clemente consigo misma, aceptar sus imperfecciones en vez de demonizarlas.

—¿De verdad?

—Anna, ha llegado el momento de que se zambulla en la realidad. Es un esfuerzo enorme, lo comprendo. Controlar la agresividad, mirar al interior, no huir a los brazos de Xavier. Ahora solo usted representa una posibilidad de equilibrio para sus hijos. Esto es lo que estamos buscando, y para lograrlo debemos despejar el terreno. Volver a empezar desde aquí.

El equilibrio.

El carril de Gabriele, separado de los otros, hacía pendiente: en la parte más honda la profundidad llegaba a los ochenta centímetros. Su hijo la recorría dejándose sujetar por Flavia, despacio, pero siempre terminaba parándose un poco antes del final, donde el nivel del agua marcaba cuarenta centímetros. No había manera de pasar de ese punto, al cual habían llegado con un ejercicio lento y continuado. Flavia insistía en que Gabriele podría conseguirlo incluso sin la pequeña prótesis de silicona que le ponían durante el día. Ella, como psicoterapeuta, quería «reconstituir» un cuerpo firme.

—Vamos, Gabri —dijo la chica.

El niño buscó los ojos de su madre. Anna, sentada junto a la cristalera al lado de Natalia, apretó los puños, esos progresos en el agua también eran suyos. Y sonrió mientras sentía el esfuerzo de su hijo ladrarle en el corazón. Gabriele se cayó, Flavia lo sostuvo.

Él se puso a llorar. Sin quejarse, observaba a su madre con las lágrimas cayendo. Incluso el viejo se volvió para mirarlo, desde abajo, con sus enormes cejas blancas que le recordaban a Attilio: tenía los mismos ojos severos.

—Gabri, mira hacia delante, mírame a mí —le pidió Flavia.

Él se quedó dudando. Se sorbía los mocos mientras contemplaba a su madre.

—No —gruñó.

—Venga, sí...

Gabriele retrocedió y regresó al punto donde el agua le permitía estar de pie él solo. Le llegaba por debajo de las axilas. Anna conocía esa sensación, era la misma que sentía ella ante un perro. Se levantó con cierta energía, se aproximó al borde y atrajo la atención de Flavia con un gesto. La chica se acercó a ella.

—Deja que me meta en el agua, déjame probar.

La fisioterapeuta lo pensó un instante y luego dijo:

—En el vestuario hay una bolsa roja Adidas, encontrarás un bañador negro sin usar y un gorro.

Anna asintió con la cabeza. Se enderezó como un soldado y se puso firme. Levantó la voz hacia su hija:

—Cariño, ¿me esperas aquí? Vuelvo en un momento.

Pero la niña enseguida se colocó detrás de ella con su pequeña silueta. Anna la empujó hacia delante y llegaron al vestuario rápidamente. La idea de ayudar a Gabriele le dio un pequeño impulso de alegría.

Encontró la bolsa de Flavia y el bañador; se desnudó deprisa, se quitó la camiseta y el jersey de una vez, abrió el bolso para coger una goma y miró la hora en el móvil. Todavía tenía veinticinco minutos para trabajar con su hijo. En el teléfono había un mensaje de Xavier —«Buenos días»— acompañado de un corazón; se lo enviaba cada dos horas, y por la noche, cuando los niños estaban en la cama, se permitían llamarse por teléfono. Su italiano mejoraba, a pesar de que había regresado a París para no separarse de Galy. La distancia los había acercado. Separados, ocupados en la recuperación de sus hijos, habían empezado a hablar, a encontrarse en las palabras. Al principio solo había sido una aventura de cuerpos. Primero el sexo y después conocerse. La necesidad de contarse cosas. Una relación al revés.

También había un mensaje de Rosalba. Desde aquella noche no la había abandonado. Había cuidado de Natalia durante la terapia intensiva de Gabriele; había prestado declaración en el juicio; había sido ella la que le habló del centro de rehabilitación. Presente y estable. «Un recurso, un premio, un regalo. Si Rosalba fuera una carta del tarot, representaría la confianza»: esas habían sido las palabras de la psicoterapeuta. Y había añadido: «La confianza, Anna, lo es todo si sabemos a quién concedérsela».

Anna le envió una cara sonriente. Se levantó el pelo y se dispuso a recogerse, pero entonces se detuvo. Cogió la goma y se la ató alrededor de los dedos del pie, los que le faltaban a Gabriele; no le restaba equilibrio, claro, solo le molestaba. Le recordaba su ausencia. Natalia señaló la goma y se rio.

Cuando volvió a la piscina, las mujeres estaban agrupadas a la derecha, donde la profundidad del agua era menor: la piel les colgaba de los brazos, sus ojos eran opacos como si estuviesen cubiertos por un velo, tenían la espalda curvada, los vientres blandos y abundantes; el viejo continuaba apoyado en el andador, siguió a Anna con la mirada mientras entraba en la piscina y por un instante perdió el equilibrio.

—¡Cuidado! —lo reprendió Flavia.

En cuanto puso un pie en el agua, Anna sintió que la piel le escocía por el cloro.

—¿Qué le pasó? —le preguntó a la chica, susurrando.

—Se cayó él solo y se rompió el fémur, un clásico. Pero luego tuvo un problema con la prótesis, tuvieron que operarlo de nuevo, pobrecillo. Aun así no abandona, ¿eh?

Anna se estremeció al oír su historia. Se imaginó al hombre en una habitación de la casa de su padre, en el *office*, una estancia a la que no iban nunca, velada por el pasado; lo vio levantarse de la pequeña mesa de madera

oval, volverse hacia la ventana y derrumbarse en el suelo. Tenía el rostro de Attilio mientras se caía. Sacudió la cabeza para alejar esa imagen y vio que Natalia estaba dibujando al lado de la ventana.

—Cógele las manos —le pidió Flavia.

Anna se colocó frente a su hijo, con los brazos tendidos. Entre ellos había un pequeño lago de distancia que Gabriele intentó recorrer enseguida dejándose caer hacia ella.

—No, Gabri, camina —lo apremió la chica.

—Vamos. —Anna lo ayudó a levantarse.

—Mamá... —dijo él lloriqueando.

Ambos irguieron el torso, como dos bailarines de vals. Anna lo sujetó mientras Gabriele avanzaba con los ojos bajos.

—Mírame... Concéntrate.

El niño apretó los labios y dio dos pasos decididos hacia ella. Demasiado decididos. Anna miró al fondo de la piscina, se había empujado con el talón.

—Apoya la planta, Gabri... Todo el pie. ¡Yo te sostengo, no te soltaré!

Empezó a caminar, un paso, dos. Anna fue aflojando la presión de las manos y él se aferró de nuevo a ellas. Bajó los ojos.

—Mírame.

Su hijo seguía teniendo «esa mirada»; era lo que más le dolía del mundo: le recordaba a las mañanas en que lo dejaba en el colegio con el sentimiento de querer librarse de él, con esa urgencia por irse, por correr a los brazos de Xavier. Era más penosa esa mirada que la visión de su pie.

Se volvió y se fijó en el anciano: parecía que estuviese esperando su mirada porque, muy lentamente, soltó el andador y se abandonó, deslizándose hacia atrás, sobre la espalda. Un gesto cauto, calibrado. Su cuerpo afloró a la superficie sin ningún esfuerzo, con las piernas y los brazos abiertos. Era altísimo, ligero, con la boca abierta en una dulce rendición.

Entonces Anna abrió la palma de la mano detrás de la espalda de su hijo.

—Tumbate —le sugirió.

Gabriele no se lo hizo repetir, abandonó el cuerpo en manos de su madre y se quedó flotando, sin peso ni gravedad, sus cabellos se mecían en el agua, y su cara de pronto parecía distinta, se le veía tranquilo. Lo fue llevando hacia donde el agua era más profunda, y él miraba a su alrededor sin volver la cabeza. Anna notó los latidos de su corazón entre las pequeñas escápulas. En ocasiones, el recuerdo de lo sucedido la asaltaba como una alucinación; sus hijos aún estaban con ella, la vida se mostraba llena de luminosas esperanzas. Lo hizo girar moviéndose despacio, avanzando lentamente, y luego, con la

ayuda de ese pequeño impulso, alejó la mano de la espalda; Gabriele siguió flotando. Anna tuvo la sensación de que ni siquiera se había dado cuenta.

El hombre nadaba de espaldas por su carril, como un viejo delfín supino, los pies esqueléticos golpeaban el agua, un gesto mínimo que le permitía avanzar. Lento, inexorable. En ese momento, las piernas de Gabriele se fueron hacia abajo y él se puso de pie, con un movimiento natural y fluido. Anna respiró hondo, con una inspiración amplia, que procedía del diafragma. También Gabriele lo intentó, pero acabó reteniendo el aire. La miró aguantando la respiración. Uno, dos, tres pasos.

—¡Muy bien! —le dijo. Tenía un tono suave y ligero. El mismo que usaba Rosalba cada vez que la veía vacilar.

El viejo casi había llegado al final del carril. Se golpeó la cabeza contra la orilla y se volvió un poco desorientado. Luego se agarró al borde, con cuidado de no caerse. Se tocó la cabeza, aturdido; había perdido el gorro. Era calvo. Se dio la vuelta un par de veces y se ubicó. Al mirar al fondo de la piscina susurró algo para sí mismo, abrió los hombros y con los dedos temblorosos, despacio, dejó el borde. Estaba de pie. Sonrió él solo.

Mientras Gabriele lo observaba, sin darse cuenta separó los dedos medio centímetro de los de Anna. Expulsó el aire e intentó poner un pie delante del otro, con un paso imperfecto y confiado hacia su madre, que lo estaba esperando.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a la editorial por la gran oportunidad que me ha brindado y al jurado del Premio DeA Planeta: Pietro Boroli, Claudio Giunta, Rosaria Renna, Simona Sparaco y Manuela Stefanelli.

Gracias, Giulia, por el título.

A Paolo Gasperoni, cirujano plástico de la clínica Quisisana de Roma, por haberme ilustrado en los aspectos relativos a las prótesis mamarias que se abordan en el libro.

A Valentina, por un gran consejo; a Francesca, un valioso hombre que reflexionó conmigo sobre las innumerables versiones de esta novela.

A Lucrezia, amor sagrado.

A mi padre y a mi hermano Roberto por las lecturas y las sugerencias.

A Gaia Light, con quien aguardé el resultado del premio: Roma-Miami; gracias por haber estado conmigo, por los mapas astrales y sobre todo por la carta número dos.

Le doy las gracias a Leïla Slimani, que con su novela *Ninna nanna* despertó en mí el deseo de afrontar ciertos temas. Este libro ha sido pensado y escrito gracias a la ayuda de Massimiliano Catoni, a quien va mi devoción por haberme aguantado durante la escritura y mi gratitud por escucharme y por la tenacidad con la que me planta cara.

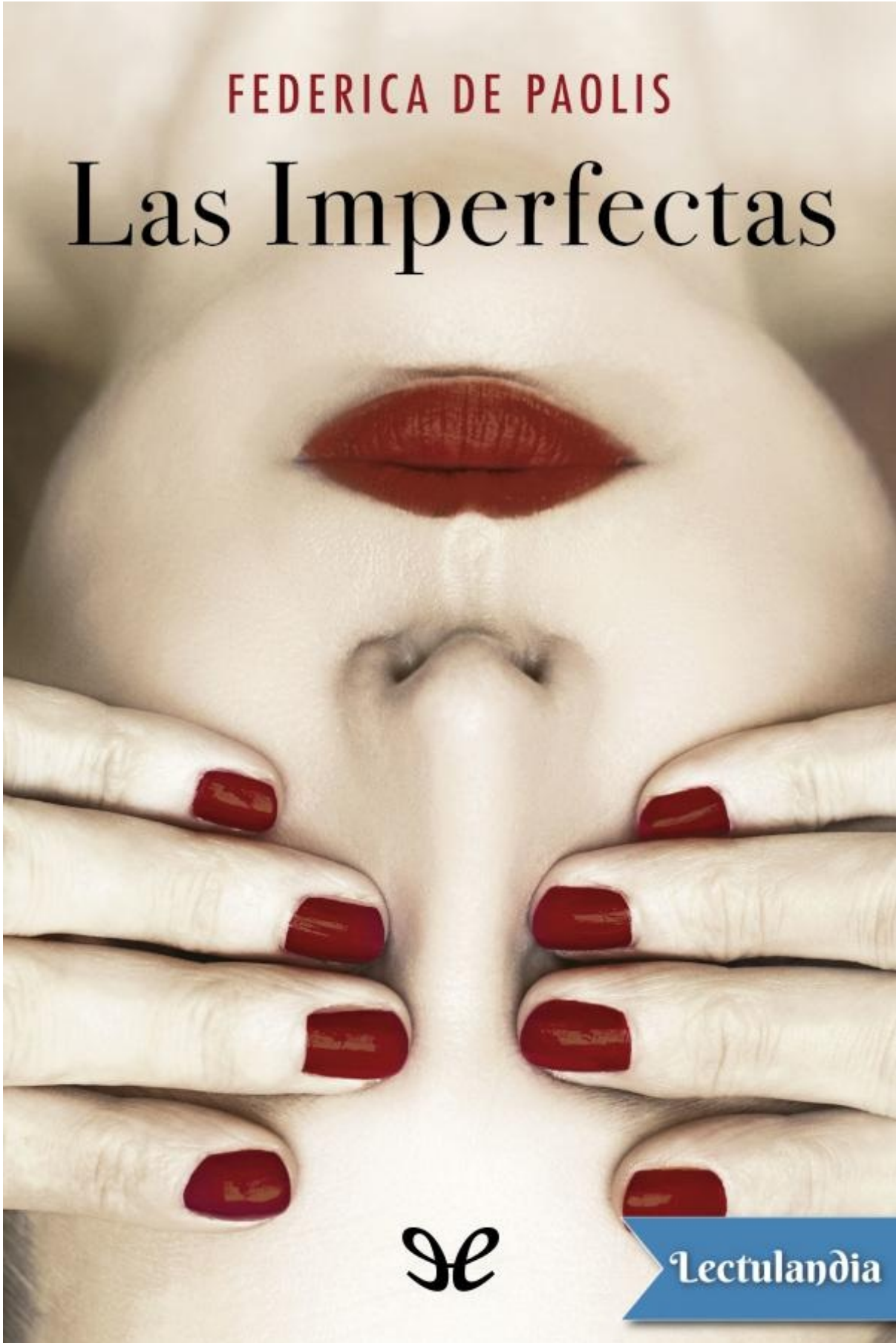
A Stefano Izzo, que me ayudó en la recta final.

A Olivia y Diego, que comparten conmigo los días de las ideas, los de la escritura y los de las esperas. Y a mi Luiji, que se encarga de todo con su mirada luminosa.

Gracias a los bulliciosos chicos de la agencia, sin los que nada de todo esto habría sido posible: Renata Petrusheva, Claudio Ripamonti, Simone Marchi y sobre todo a la fantasmagórica Monica Malatesta.



FEDERICA de PAOLIS (Roma, 1971), tras haber escrito sobre cine para revistas especializadas y diálogos para el doblaje de películas, comenzó en 2008 a enseñar escenografía en el Istituto Europeo di Design, y colabora además con el suplemento dominical del *Liberazione*. Su novela *Te escucho* ha sido traducida a cinco idiomas.



FEDERICA DE PAOLIS

Las Imperfectas



Lectulandia